

CRÍTICA y EMANCIPACIÓN

Revista latinoamericana de ciencias sociales

ISSN 1999-8104 - Año IV N° 8

Segundo semestre 2012

América Latina y la crisis económica mundial

Aldo Ferrer

Oscar Ugarteche

Carlos Eduardo Martins

Diálogos

Héctor Díaz-Polanco

Por qué no Habermas: del engaño liberal a la democracia radical

Ricardo Sanín Restrepo

Revistas de Nuestra América *Coyoacán*

Lecturas críticas

Lucio Magri

El sastre de Ulm

Agustín Santella

Tras las huellas de un fantasma

La actualidad de Karl Marx



CLACSO

8





CRÍTICA y EMANCIPACIÓN

Crítica y Emancipación

Año IV Nº 8 / Publicación semestral / Segundo semestre de 2012

Directores

Emir S. Sader, Secretario Ejecutivo de CLACSO

Pablo A.A. Gentili, Secretario Ejecutivo Adjunto de CLACSO

Editor

Carlos Abel Suárez

Colectivo Editorial

Alejandro Grimson (Argentina)

Emir Sader (Brasil)

Guillermo Almeyra (Argentina/México)

Carlos Abel Suárez (Argentina)

Ingrid Sarti (Brasil)

Jorge Rovira Mas (Costa Rica)

Luciano Concheiro (México)

Pablo Gentili (Argentina/Brasil)

Víctor Vich (Perú)

Víctor Manuel Moncayo (Colombia)

Secretarios de Redacción

Sabrina González y Lucas Sablich

Comité Directivo de CLACSO

Julio César Gambina (FISyP, Argentina)

Luis Tapia (CIDES-UMSA, Bolivia)

José Vicente Tavares (IFCH-UFRGS, Brasil)

Carmen Caamaño Morúa (IIS-UCR, Costa Rica)

Jesús Redondo Rojo (DP-FACSO, Chile)

Gabriel Misas Arango (IEPRI-UNAL, Colombia)

Suzy Castor Pierre-Charles (CRESFED, Haití)

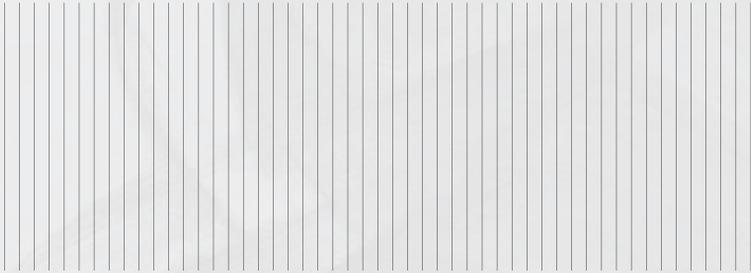
Francisco Luciano Concheiro Borquez (DCSH-UAM-X, México)

Domicilio de la publicación

Estados Unidos 1168, C1101AAX, Ciudad de Buenos Aires, Argentina

Teléfono: [54 11] 4304-4302

www.clacso.org



CRÍTICA y EMANCIPACIÓN

Revista latinoamericana de ciencias sociales

Año IV N° 8
Segundo semestre 2012



CLACSO

Área de Producción Editorial y Contenidos Web de CLACSO

Responsable editorial

Lucas Sablich

Director de arte

Marcelo Giardino

Diseño Editorial

Santángelo Diseño

Arte de Tapa

Detalle de *Liberación o La humanidad se libera de la miseria, 1960-1963*,
de Jorge González Camarera.

Impresión

Gráfica Laf SRL

Propietario Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - CLACSO

ISSN: 1999-8104 - Impreso en Argentina - Septiembre de 2012

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Patrocinado por la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional



Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.
Dirección Nacional del Derecho de Autor: Expediente en trámite.

Se autoriza la reproducción de los artículos en cualquier medio a condición de la mención de la fuente y previa comunicación al director.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

Sumario

9 Neoliberalismo, deuda y crisis
en la Unión Europea
Aldo Ferrer

23 Hasta dónde hay resiliencia a
la crisis global en América Latina
(y cómo termina)
Oscar Ugarteche

39 Tendências da economia mundial e
perspectivas da América Latina
Carlos Eduardo Martins

Diálogos latinoamericanos

49 Entrevista a
Héctor Díaz-Polanco

Perspectivas

67 Por qué no Habermas: del engaño liberal a la democracia radical
Ricardo Sanín Restrepo

91 Postfacio a *Lenin*
Georg Lukács

Revistas de Nuestra América

111 *Coyoacán: una revista inusual*
Alejandro Gálvez Cansino

Lecturas críticas

131 Ideas, combate y legado
Sobre *El sastre de Ulm. El comunismo del siglo XX*, de Lucio Magri
Massimo Modonesi

137 Lucio Magri y el comunismo del siglo XX
A propósito de *El sastre de Ulm*
Guillermo Almeyra

147 Sobre *Tras las huellas de un fantasma. La actualidad de Karl Marx*, de Marcello Musto
Agustín Santella

Neoliberalismo, deuda y crisis en la Unión Europea

Aldo Ferrer

Resumen

El autor explica las características de la actual crisis económica mundial, similitudes y diferencias con la Gran Crisis de los años treinta. Advierte sobre las dificultades que afectan a la Unión Europea, en tanto se persista en las políticas neoliberales de salvataje de las finanzas con fondos públicos y ajuste fiscal con elevado costo social. Subordinar el sector financiero a la economía real, restablecer la autonomía de las políticas públicas frente a los mercados financieros, profundizar las normas comunitarias y la solidaridad entre los Estados miembros constituyen según Ferrer requisitos fundamentales para la recuperación de Europa. Al comparar las experiencias del MERCOSUR con la UE,

Abstract

The author explains the features of the current global economic crisis, similarities and differences with the Great Depression of the 30s. Warns of the difficulties affecting the European Union, while it persists in the neoliberal policies of financial bailout with public funds and fiscal adjustment with high social costs. Subordinate the financial sector to the real economy, restore the autonomy of public policies against financial markets, deepening Community rules and solidarity among Member States, as Ferrer requirements are fundamental for the recovery of Europe. By comparing the experiences of MERCOSUR with the EU notes the contrast between the two regional bloc, both by the uneven development of its members as the

CyE

Año IV
Nº 8
Segundo
Semestre
2012

señala los contrastes entre uno y otro bloque regional, tanto por el desigual desarrollo de sus miembros como por la diferencia entre los contextos políticos en que estás inmersos.

difference between the political contexts in which you are immersed.

Aldo Ferrer

Profesor Emérito de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Economista. PhD en Ciencias Económicas por la UBA. Embajador en Francia. Coordinador de la Comisión Organizadora del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (1965-1967) y Secretario Ejecutivo de CLACSO (1967-1970).

Professor Emeritus at the University of Buenos Aires. Economist. PhD in Economics from the University of Buenos Aires (UBA). Ambassador to France. Coordinator of the Organizing Committee of the Latin American Council of Social Sciences (1965-1967) and Executive Secretary of CLACSO (1967-1970).

Palabras clave

1| Crisis 2| Deuda 3| Neoliberalismo 4| Globalización 5| Estado-nación
6| Financiarización

Keywords

1| Crisis 2| Debt 3| Neoliberalism 4| Globalization 5| Nation-State 6| Financialization

Cómo citar este artículo [Norma ISO 690]

FERRER, Aldo. Neoliberalismo, deuda y crisis en la Unión Europea. *Crítica y Emancipación*, (8): 9-21, segundo semestre de 2012.

Neoliberalismo, deuda y crisis en la Unión Europea

CyE
Año IV
Nº 8
Segundo
Semestre
2012

A Europa y al mundo les conviene que la Unión Europea (UE) se consolide y juegue el papel que le corresponde –entre otras cosas, con el formidable aporte de su cultura– en la construcción de un orden mundial pacífico, seguro, con oportunidades para todos. Para tales fines, la UE confronta tres desafíos principales y concurrentes. Primero, subordinar el sector financiero a la economía real y recuperar la autonomía necesaria de las políticas públicas frente a los criterios de los mercados especulativos. Este es también un requisito de la recuperación de la economía mundial. Segundo, profundizar las normas comunitarias abarcando los lineamientos básicos de las políticas fiscales de los países miembros. Tercero, ahondar la solidaridad aceptando que, como en un Estado nacional, los problemas de sus partes componentes son problemas de todos y, en particular, que las coberturas sociales deben tener respaldo comunitario.

Este ensayo aborda varias cuestiones que se encuentran presentes en el actual escenario europeo, comenzando por las razones que explican la insistencia en las políticas neoliberales que originaron la crisis y que, en la actualidad, impiden resolverla. Y concluye con algunas reflexiones comparativas de la UE y el MERCOSUR.

Fracaso y sobrevivencia del relato neoliberal

Los interminables problemas en que se debate actualmente la UE y sus repercusiones sobre el sistema global confirman la incapacidad del paradigma neoliberal de interpretar la realidad y promover el crecimiento de los países y la economía mundial. Todo el cuerpo teórico elaborado para exaltar las virtudes de la desregulación de la economía y la subordinación del Estado a las decisiones del mercado se ha despedido ante las evidencias de la realidad.

Sin embargo, el relato neoliberal y el Estado neoliberal continúan imperando en el antiguo núcleo hegemónico de la economía mundial.

La crisis actual es reconocida como la más profunda desde la debacle de la década del treinta del siglo XX. En aquel entonces, se

derrumbó la organización de la economía mundial y colapsó el paradigma ortodoxo. En la actualidad, no sucede una cosa ni la otra. ¿Por qué? Por un conjunto de razones, que incluyen los diferentes alcances de la crisis en ambas épocas y la mayor gravitación de los intereses transnacionales dentro de la economía contemporánea.

Alcances de la crisis

En la década del treinta, los gobiernos de las mayores economías siguieron políticas de “sálvese quien pueda”, abandonaron el patrón oro y el régimen multilateral de comercio y pagos, cerraron sus mercados y entraron en cesación de pagos o reestructuraron sus deudas. Simultáneamente, el paradigma ortodoxo fue sustituido por el planteo de Keynes y la responsabilidad de las políticas públicas para administrar los mercados y sostener la producción y el empleo.

La Segunda Guerra Mundial amplió la intervención del Estado. A su término y hasta principios de la década del setenta, bajo la hegemonía norteamericana se estableció el nuevo régimen económico mundial, en torno de las instituciones de Bretton Woods y el GATT. En ese escenario tuvo lugar el “período dorado de la posguerra”, en el cual el Estado y las políticas públicas conservaron una presencia decisiva en la evolución de la demanda agregada, la producción, el empleo y la distribución del ingreso.

En la actualidad, el orden mundial no se ha derrumbado ni, presumiblemente, lo hará, pese a la magnitud y prolongación de los desequilibrios y el deterioro económico y social, por tres razones principales. La primera, porque el Estado en las economías avanzadas del Atlántico Norte, aun bajo la hegemonía de un régimen neoliberal, conserva una participación elevada en la formación de la demanda agregada y está dispuesto a rescatar a las entidades financieras “muy grandes para quebrar”. Es la paradoja de que el neoliberalismo sobrevive precisamente por la presencia de su enemigo público número uno, el Estado.

La segunda razón radica en la profundidad de la interdependencia de las mayores economías del mundo, incluyendo las grandes naciones emergentes de Asia, inexistente en la década del treinta. Hoy son inconcebibles las políticas de “sálvese quien pueda”. Todos los principales protagonistas del orden mundial quieren evitar su derrumbe.

La tercera se halla en la dispersión del poder. En los años treinta, las antiguas economías industriales del Atlántico Norte representaban dos tercios de la economía mundial y eran el centro organizador del sistema. En la actualidad, China y otras naciones emergentes de Asia y del resto del mundo han ganado peso relativo en el sistema

global. Representan alrededor del 50% del PBI mundial y son las economías de más rápido crecimiento y ritmo de transformación. En consecuencia, los problemas del viejo centro no arrastran al conjunto del sistema, y su impotencia para organizar el orden global es reemplazada por la autonomía de los Estados nacionales de las naciones emergentes.

En resumen, en la actualidad, la crisis tiene un piso, determinado por la presencia del Estado, la interdependencia y la dispersión del poder, que evitan el derrumbe y la desorganización del sistema, y contribuyen a la sobrevivencia del neoliberalismo y el Estado neoliberal en el Atlántico Norte y en países periféricos del resto del mundo.

En la actualidad la crisis tiene un piso, determinado por la presencia del Estado, la interdependencia y la dispersión del poder, que evitan el derrumbe y la desorganización del sistema.

Intereses transnacionales

Actualmente, la globalización es mucho más profunda que en la década del treinta. Dentro de las antiguas economías industriales, el comercio exterior, la actividad financiera y las inversiones en el exterior de sus mayores corporaciones poseen una importancia relativa mucho mayor que en el pasado. El proceso de acumulación y distribución de la riqueza y el ingreso está estrechamente asociado a las cadenas transnacionales de valor y a la especulación financiera. Este proceso tiene lugar en el marco de la revolución de las técnicas de la información y la comunicación, que conforman un sistema de alcance planetario. En este escenario, en el interior de las sociedades y la política de las antiguas economías industriales, los intereses transnacionales han ganado una influencia decisiva, sostienen el paradigma neoliberal y configuran el Estado neoliberal.

En consecuencia, en el plano de las ideas, prevalece la visión fundamentalista de la globalización, según la cual, lo primordial sucede en la esfera transnacional y los Estados nacionales han quedado reducidos a la impotencia para administrar los mercados. Por lo tanto, como sólo podrían ser efectivas las medidas globales supranacionales y, de hecho, como lo revela, por ejemplo, la actuación del G-20, no existe una gobernanza global y se debe aceptar que los Estados nacionales son impotentes y que el poder decisorio radica en los mercados.

De este modo, desde fines de la década del setenta, la desregulación y la reducción de las políticas públicas destinadas a transmitir “señales amistosas” a los operadores privados delegaron en los mercados la administración del sistema. Cuando estalló la crisis, a finales de la década pasada, el Estado concurrió masivamente a rescatar al sistema financiero. Actualmente, la respuesta a las consecuencias de la crisis es el ajuste y la austeridad. Este es el comportamiento del Estado neoliberal.

El conjunto de circunstancias mencionadas, vale decir, los distintos alcances de la crisis en la década del treinta y en la actualidad, y la mayor influencia relativa de los intereses transnacionales respecto de la de aquel entonces explican esta extraordinaria sobrevivencia del neoliberalismo.

La crisis de deuda

En la UE, el sometimiento al paradigma neoliberal impide resolver el problema de deuda, en el cual se debaten varios de sus países miembros.

Las crisis de deuda revelan que los países se han endeudado más allá de su capacidad de generar excedentes de ahorro interno y divisas para su cumplimiento. Una vez que los mercados perciben el riesgo, suspenden el crédito y se desencadena la crisis. El problema puede surgir de un cambio drástico de las condiciones internacionales, como sucedió, por ejemplo, en la década del treinta. En ese entonces, la contundente caída del comercio internacional y la baja de los precios de los productos primarios provocaron la crisis y el *default* de varios países latinoamericanos. Pero aun cuando el detonante sea de origen externo, siempre preexiste una situación subyacente de exceso de deuda.

En las condiciones contemporáneas, el problema se plantea cuando se configuran tres situaciones. A saber: imprudencia de las políticas del deudor, especulación del acreedor y ausencia de marcos regulatorios globales. En el primer caso, por malas políticas que generan desequilibrios en las finanzas públicas y en los pagos internacionales. En el segundo, por la búsqueda de altos rendimientos desatendiendo el riesgo. En el tercero, por la subordinación de las políticas de los países centrales, que regulan el sistema global, a la especulación financiera.

En la resolución de la crisis financiera internacional iniciada en 2007 con el problema de las hipotecas *subprime* norteamericanas, predominó el interés de los acreedores. Lo mismo sucede en el tratamiento de la actual crisis de deuda soberana de varios países de la UE. Para recuperar la confianza de los mercados y cumplir las obligaciones en sus términos originales, los deudores están embarcados en un severo programa de ajuste y de “reformas estructurales” de inspiración neoliberal, con apoyo externo. Los acreedores están, hasta ahora,

preservando el valor de sus activos y advirtiendo las calamidades que se producirían por una quita de la deuda. La UE está en el dilema de seguir sosteniendo el salvataje de los acreedores con fondos públicos e impulsar el ajuste de los deudores a un alto costo económico y social, por una parte, o reestructurar la deuda y repartir sus costos para aliviar el ajuste y reducir el aporte externo, por la otra.

Una vez resuelta la crisis financiera global, con el apoyo masivo de los contribuyentes de las mayores economías industriales, la expansión de la liquidez de los bancos centrales y el retorno a la “normalidad” de las extraordinarias retribuciones de los gerentes de las entidades “muy grandes para quebrar”, los problemas de la UE replantean nuevamente la urgencia de la reforma de los marcos regulatorios del sistema financiero.

El Estado nación y el Estado supranacional en la Unión Europea

En las políticas de los países miembros de la UE prevalece la hegemonía de la actividad financiera sobre la producción, el trabajo y la inversión. El rescate de las entidades comprometidas en las burbujas de financiamiento público, la actividad inmobiliaria y el apalancamiento de la especulación demandó gigantescos recursos fiscales, aumentó el déficit y generó incertidumbre en los mercados. Como resultado, se encareció el financiamiento de la deuda de los países vulnerables. La respuesta de los gobiernos es preservar los intereses de los operadores financieros y recuperar su confianza, rechazando la reestructuración de deudas soberanas en situación crítica y aplicando severas políticas de ajuste para reducir el déficit fiscal. Esta estrategia prolonga el estancamiento, la inestabilidad de los mercados y las altas tasas de desempleo, y agrava la conflictividad política. Por lo tanto, como en el resto del mundo, el Estado neoliberal está en crisis en los países de la UE.

Como la UE es un espacio de integración multinacional, el Estado nación de cada uno de sus países miembros delega soberanía, en diversos campos, a los órganos comunitarios. Para los países adheridos al euro, esa transferencia incluye, nada menos, que la moneda. La figura del Estado incorpora, entonces, una dimensión transnacional. Sin embargo, sigue siendo válida la diferenciación de su naturaleza, conforme el contenido de sus acciones. Si las políticas comunitarias están decisivamente influenciadas por el mundo del dinero, se configura un Estado supranacional neoliberal. En sentido contrario, si esas políticas conservan autonomía decisoria para promover el crecimiento, el empleo, la equidad y la integración, existe un Estado supranacional comunitario.

Las políticas de la UE también reflejan la hegemonía financiera. Frente a la crisis de deuda soberana en varios países, las decisiones de los órganos de la Unión procuran, prioritariamente, preservar los intereses de los acreedores. Por ejemplo, el Banco Central Europeo privilegia la defensa de sus propias tenencias de deuda soberana y las de los bancos privados europeos.

De este modo, la crisis del régimen neoliberal, derivada de la hegemonía financiera, abarca, simultáneamente, a los países y a la misma Unión, es decir, el Estado supranacional. Esta convergencia es lo que complica tanto la situación europea. En efecto, es preciso atender, paralelamente, los aspectos nacionales de la deuda soberana y las reglas comunitarias. Estas últimas implican que los países adheridos al euro carecen de la posibilidad de modificar el tipo de cambio, ejecutar una política monetaria autónoma y realizar una propuesta propia de reestructuración de la deuda.

Al mismo tiempo, en un Estado supranacional, la ausencia de suficiente solidaridad entre sus socios determina que la población de cada uno de los países miembros se hace cargo de sus propios problemas e, incluso, de los resultantes del cumplimiento de las normas comunitarias. Así ocurre en la UE, en donde se advierte la resistencia de buena parte de la opinión pública y de los gobiernos de los países aportantes a contribuir, en medida suficiente, al salvataje de los países vulnerables para aliviar el costo del ajuste. En cambio, en un Estado nación, la totalidad de su población en su espacio territorial asume las consecuencias de sus políticas. En resumen, los países vulnerables de la UE conviven con el peor de los mundos posibles. Las consecuencias negativas resultantes de sus propias políticas son multiplicadas por las restricciones adicionales, impuestas por el régimen comunitario y agravadas por la insuficiencia de la solidaridad.

Las políticas de los Estados de los países miembros y las del Estado supranacional de la UE hacen aparecer como insolubles los problemas de deuda soberana en Grecia y otros países, y, además, de algunos mercados, como el inmobiliario en España. La vulnerabilidad del sistema se refleja en el hecho de que el problema financiero de un país como Grecia, de gigantesca influencia en la cultura occidental, pero cuya economía es una ínfima parte de las de la UE y el mundo, pueda provocar semejante perturbación. Es la consecuencia inevitable de colocar los intereses del sector financiero por encima de los de la economía real y el bienestar de los pueblos europeos.

La UE confronta una crisis de vasto alcance, la más profunda desde el Tratado de Roma y los acuerdos de Maastricht, y enfrenta el desafío mayúsculo de reconstruir el Estado supranacional

comunitario, que constituye la visión fundadora de las dirigencias políticas que pusieron en marcha la integración europea. La resolución de la crisis es fundamental para el futuro de Europa y su papel en la organización del orden mundial.

La Unión no logra encontrar una respuesta realista a la crisis de deuda de varios países, problema que, ahora, abarca la totalidad de la región. Atrapada en la lógica del Estado neoliberal y el predominio de los intereses de la financiarización, la UE se niega a admitir que el núcleo del problema es la excesiva magnitud de la actividad financiera respecto de la economía real, la consecuente existencia de

Los países vulnerables de la UE conviven con el peor de los mundos posibles. Las consecuencias negativas resultantes de sus propias políticas son multiplicadas por las restricciones adicionales, impuestas por el régimen comunitario y agravadas por la insuficiencia de la solidaridad.

un gigantesco mercado especulativo y, como contrapartida, un nivel de deuda pública y privada incumplible; deuda focalizada en varios países, sectores (principalmente el inmobiliario) y entidades excesivamente apalancadas. El problema del endeudamiento excesivo es agravado por la insuficiencia de las normas y la solidaridad de las reglas comunitarias de la UE.

Como el problema es sistémico y no coyuntural, las medidas adoptadas hasta ahora no logran restablecer la estabilidad de los mercados ni el crecimiento. Las perspectivas son malas y el malestar social en varios países va en aumento. Mientras se mantenga el mismo curso de acción, es previsible el agravamiento de los problemas actuales.

Si no se produce un cambio radical de estrategia de la UE, cabe esperar el empeoramiento de las tensiones sociales. La UE está en el dilema de, por una parte, seguir sosteniendo el salvataje de los acreedores con fondos públicos e impulsar el ajuste de los deudores a un alto costo económico y social o, por la otra, recuperar el comando de las políticas públicas, respaldar la reestructuración de las deudas impagables e impulsar la demanda agregada para recuperar la producción y el empleo.

En este complejo escenario se debate, en la UE, la necesidad de armonizar las políticas fiscales de sus miembros para evitar

desvíos que culminan en problemas como los actuales. Es, sin duda, indispensable profundizar las reglas comunitarias y armonizar la totalidad de las decisiones macroeconómicas, incluyendo la política fiscal. Pero ¿qué política fiscal? Frente a la crisis global desatada en 2008, la aplicación de masivos fondos públicos para rescatar a los agentes financieros. Ahora, el ajuste a rajatabla para enfrentar los déficits y deuda, acrecentados por ese salvataje. De allí que, en vez de recuperar el comando de las políticas públicas frente a los intereses de la financiarización y las calificaciones de las agencias evaluadoras de riesgo, el objetivo predominante de la política fiscal sea actualmente la “regla de oro”. Vale decir, reducir el déficit y la deuda para recuperar la confianza de los mercados. De este modo, la armonización de la política fiscal en la UE consiste en disciplinar a los países con severas políticas de ajuste, incluyendo la reducción de las prestaciones sociales.

No es esta la armonización de las políticas fiscales que necesita la UE. Por esta vía no pueden resolverse los problemas de deuda ni la insuficiencia de la demanda agregada, el estancamiento económico, el aumento del desempleo y el malestar social. Tampoco el problema fundacional de las asimetrías en los niveles de desarrollo y bienestar de los países miembros.

El ajuste, fuera del contexto de una estrategia global de fortalecimiento de la gobernabilidad y recuperación de la actividad y el empleo, termina aumentando el déficit, porque el ingreso fiscal cae más que el gasto y, en el límite, implica la extinción del Estado y del orden social. También es difícil estimular la solidaridad de los países más solventes cuando los fondos de rescate no se destinan a reactivar la producción y el empleo, sino a preservar el valor de las acreencias de los prestamistas.

La necesaria armonización de la política fiscal no radica en el ajuste para recuperar la confianza de los mercados, sino en reestructurar las deudas excesivas y repartir los costos entre las tres partes responsables: deudores, acreedores y gobiernos que promovieron la desregulación de la financiarización. Este saneamiento de base es la plataforma para las reformas, sin duda necesarias, para equilibrar las finanzas públicas y ponerlas al servicio del crecimiento y del empleo. Los problemas actuales no tienen solución mientras prevalezca en los países el Estado neoliberal y, en el marco de la UE, el Estado supranacional neoliberal. Dentro del marco de delegación de soberanía que implica la existencia de la UE, los Estados miembros deben recuperar las funciones propias del Estado nacional para privilegiar el interés social por encima de los de la especulación financiera.

Como sucedió en la Argentina durante el predominio del “pensamiento único”, las decisiones radicales necesarias para resolver

un problema de exceso de deuda y, consecuentemente, recuperar la gobernabilidad son siempre descartadas por supuestos efectos de contagio y restricción del crédito a las empresas y las familias. Esto sucede también ahora en el debate dentro de la UE. La participación de los acreedores en el costo de la restructuración es también descartada o reducida, por el supuesto riesgo de contagio al conjunto del sistema y de reducción del crédito para la economía real.

En realidad, el contagio radica en la recesión y el aumento del desempleo, agravados por la estrategia neoliberal. Respecto del crédito, el problema actual no es de falta del mismo, sino de insuficiencia

Los problemas actuales no tienen solución mientras prevalezca en los países el Estado neoliberal y, en el marco de la UE, el Estado supranacional neoliberal.

de la demanda agregada. En todo caso, los fondos públicos destinados para el salvataje de los especuladores podrían aplicarse al sostenimiento del crédito. Conforme lo revela la experiencia histórica, las políticas públicas pueden enfrentar la insuficiencia de la demanda agregada y subordinar las finanzas a los intereses de la economía real.

La armonización de las políticas fiscales, en el marco de las reglas de la financiarización y el Estado supranacional neoliberal, no resolverá los problemas actuales de la Unión y agravará las asimetrías y la insuficiencia de la solidaridad.

La Unión Europea y el MERCOSUR

La comparación del MERCOSUR con la UE frecuentemente ha llevado a la conclusión de que aquel es un fracaso, vista la pobreza de sus logros respecto de los de la integración europea. En tal sentido, se destaca, entre otras diferencias, el menor peso relativo del intercambio intrarregional respecto del comercio exterior de los países, la ausencia de órganos supranacionales (entre ellos, la Comisión de la UE) en los cuales los miembros delegan buena parte de la soberanía y la falta de una moneda común (el euro).

En realidad, la UE nunca fue un referente adecuado para el MERCOSUR por múltiples razones. Entre ellas, que el núcleo de la UE

abarca economías industriales avanzadas, y el MERCOSUR está integrado por economías en desarrollo. Aun antes del Tratado de Roma, el intercambio intrarregional era ya parte principal del comercio exterior de los países europeos. Además, el peso relativo de Argentina y Brasil dentro del MERCOSUR es mucho mayor que el de Alemania y Francia en el esquema europeo, y, por lo tanto, más difícil delegar en la esfera transnacional la resolución de los problemas fundamentales.

Estas y otras diferencias de origen de los dos sistemas alcanzaban para inhabilitar la comparación de resultados y la conclusión pesimista sobre los logros y posibilidades del MERCOSUR. Ahora, los problemas de la UE agregan elementos adicionales para demostrar que la Unión no es un buen ejemplo.

En efecto, la experiencia del euro indica que es muy difícil delegar la política monetaria y cambiaria en una moneda común, en ausencia de un Estado nacional y de la coherencia de la totalidad de la política económica, en particular, la fiscal. Revela también que no pueden jugar con las mismas reglas economías tan distintas, como, por ejemplo, las de Alemania y Grecia. Al incorporar en el mismo espacio a países de distinto nivel de desarrollo y capacidad de gestionar la ciencia y la tecnología, es necesario contar con la solidaridad de los más avanzados con los rezagados, tal cual ocurre en un Estado nacional respecto de sus distintas regiones.

Asimismo, la integración es muy difícil cuando prevalecen los intereses especulativos de la financiarización. Los Estados de los países miembros de la UE y las mismas normas del Estado supranacional de la Unión se comportan como regímenes neoliberales, subordinados a las expectativas de los mercados. Es decir, regímenes que han postergado las responsabilidades de protección social, solidaridad, desarrollo y equidad, propias del Estado nacional, y necesarias, también, en el plano transnacional, dentro de un orden comunitario como el de la UE.

En consecuencia, la UE confronta el desafío de avanzar hacia la formación de un Estado federal europeo, en el comando de los instrumentos fundamentales de la política económica, incluyendo la moneda y el presupuesto, o aceptar la fractura del sistema dentro de alguna de las múltiples posibilidades existentes.

En resumen, el MERCOSUR resultó, en las condiciones de nuestra región, mucho más realista y viable que la UE dentro de las existentes en Europa. Es necesario ir paso a paso en la integración, administrando la regionalización, atendiendo a las necesidades y posibilidades de cada país. La integración implica ampliar las fronteras del desarrollo, la transformación productiva y la inclusión social de los

países miembros, en una estrategia solidaria hacia dentro de la región, y de fortalecimiento de la capacidad negociadora con el resto del mundo. El MERCOSUR conserva así la plenitud de sus posibilidades como instrumento de los desarrollos nacionales y de la solidaridad regional.

Cuando se evalúa la experiencia en el contexto de las realidades específicas de la región, se advierte que el MERCOSUR ha conseguido logros importantes. Ha sido y es un proyecto positivo para fortalecer la seguridad interna y externa, la paz y la democracia. Es el ámbito donde se despliega la voluntad política de los Estados miembros en la búsqueda de la convergencia y las respuestas solidarias a los problemas comunes. Se verifica, asimismo, el crecimiento de la participación de los intercambios intrarregionales dentro del comercio exterior de los integrantes del sistema, el estrechamiento de las relaciones en todos los planos, incluyendo la adopción de posiciones conjuntas frente al resto del mundo (como en el caso del ALCA y la OMC), la resolución definitiva de antiguas desinteligencias entre Argentina y Brasil (como, por ejemplo, los objetivos del desarrollo nuclear) y la construcción de una infraestructura de transportes y energética compartida. Los avances son considerables y marcan una diferencia notable con la situación existente en el momento de la firma, a fines de 1985, del Acta de Foz de Iguazú, por los presidentes de Argentina y Brasil, acontecimiento que constituye la auténtica partida de nacimiento del MERCOSUR.

La historia contemporánea y el extraordinario éxito alcanzado por las potencias industriales emergentes en Asia demuestran que es posible zafar de la subordinación y del atraso en plazos históricos relativamente breves. Las circunstancias del orden global nunca han sido más favorables que en la actualidad para el desarrollo de nuestros países y su integración.

En conclusión, en un espacio solidario como el MERCOSUR, conservan plena vigencia la multiplicidad de acciones convergentes y posibles, y la formulación de políticas públicas de alcance comunitario que sean funcionales a los respectivos desarrollos nacionales de nuestros países, atendiendo a las circunstancias reales prevalecientes en cada uno de ellos.

Hasta dónde hay resiliencia a la crisis global en América Latina (y cómo termina)

Oscar Ugarteche

Resumen

La especificidad en la evolución actual de la economía de América Latina en relación con el comportamiento de las economías maduras, es analizada por Ugarteche en este artículo. Distingue en ese contexto el funcionamiento de la región del Caribe, vinculada a Estados Unidos, del de Sudamérica más dependiente de Asia. El autor explica el conjunto de factores que han incidido para amortiguar la crisis global, el papel del mercado interno y el impacto en el crecimiento según sean países que abandonaron las políticas del Consenso de Washington o de aquellos que persisten el rumbo de los años noventa. Advierte, asimismo, que parcialmente el auge de América Latina tiene que ver con movimientos

Abstract

The specificity in the current evolution of the Latin America economy in relation with the behavior of the mature economies, is analyzed by Ugarteche in this article. It distinguishes in this context the functioning of the region of the Caribbean, linked to The United States, from that of South America more dependent of Asia. The author explains the set of factors that have helped to muffle the global crisis, the role of the domestic markets and the impact on the growth of those countries that left the Washington Consensus policies and of those who persist the course of the 90s. He warns likewise, that the surge of Latin America partially has to do with short term capital movements and that the situation can

CyE

Año IV
Nº 8
Segundo
Semestre
2012

de capital de corto plazo, por lo que la situación puede variar frente a un aumento de la tasa de interés en las economías más desarrolladas.

change in face of a rate of interest increase in the mature economies.

Oscar Ugarteche

PhD en Filosofía e Historia por la Universidad de Bergen, MSc por la London Business School, BS en Finanzas por la Fordham University, Nueva York, investigador titular del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM, profesor de la Facultad de Economía de la UNAM, tutor del Posgrado en Economía y Estudios Latinoamericanos de la UNAM, coordinador del Observatorio Económico Latinoamericano, miembro del Sistema Nacional de Investigadores CONACYT.

PhD in Philosophy and History from the University of Bergen, MSc from the London Business School, BS in Finance from Fordham University, New York, senior researcher at the Institute of Economic Research of the UNAM, professor at the Faculty of Economics at UNAM Postgraduate tutor in Economics and Latin American Studies at UNAM, coordinator of the Latin American Economic Observatory, a member of the National System of Researchers CONACYT.

Palabras clave

1| Crisis global 2| Crecimiento 3| Mercado interno 4| Exportaciones 5| Consenso de Washington

Keywords

1| *Global Crisis* 2| *Growth* 3| *Domestic Market* 4| *Exports* 5| *Washington Consensus*

Cómo citar este artículo [Norma ISO 690]

UGARTECHE, Oscar. Hasta dónde hay resiliencia a la crisis global en América Latina (y cómo termina). *Crítica y Emancipación*, (8): 23-37, segundo semestre de 2012.

Hasta dónde hay resiliencia a la crisis global en América Latina (y cómo termina)

CyE
Año IV
Nº 8
Segundo
Semestre
2012

América Latina es una región muy dispar en términos económicos, sociales y políticos, pero existe un rasgo común en Sudamérica: su resiliencia a la crisis global. Un trabajo reciente (Ugarteche y Serrani, 2012) ha mostrado que en realidad hay dos partes claramente diferenciadas en términos de dinámicas: la Cuenca del Caribe y Sudamérica. Igualmente, en Sudamérica se hallan dos costas marcadamente distintas en sus dinámicas. En este encuadre se abre la interrogación sobre cuáles son los reales elementos de la resiliencia sudamericana a la crisis global y cómo, a pesar de la misma, se desplomó el crecimiento en 2009 y se repuso de inmediato. Es decir que la resiliencia no es absoluta, sino parcial. Qué cambió y cómo en los gobiernos progresistas de Sudamérica para permitir el crecimiento económico en un contexto de muy bajo crecimiento en las economías maduras es algo que se presentará. En líneas generales, el argumento que todo se debe a los altos precios de los minerales y del petróleo es insuficiente para explicar lo que ocurre. No obstante, se debe subrayar la analogía con la situación de crisis en las economías maduras de los años setenta, que fueron acompañadas de un auge de precios de materias primas que lideró un crecimiento que culminó cuando la tasa de interés de los Estados Unidos llegó a niveles récord en 1981.

Una mirada de larga duración sobre el crecimiento de América Latina resulta en una apreciación más sobria sobre los éxitos y fracasos de las políticas aplicadas. Sin disminuir el efecto positivo de los auges de las Bolsas de valores sudamericanas en el período largo, esto no implicó ni crecimiento económico sostenido, ni empleo, ni una mejor distribución del ingreso (ver Cuadro 1). Se podría afirmar que en algunos casos ha habido una política de crecimiento desconectada de una política de desarrollo. Sin embargo, en líneas generales, puede decirse que América Latina se divide en dos: los países de la Cuenca del Caribe, que están articulados a Estados Unidos, y los de América del Sur, articulados a Asia. Esta separación permite ver distintos efectos en general en el tiempo. La economía de los países de América del Sur

cayó menos en promedio en los años ochenta que los de la Cuenca del Caribe, y observó una recuperación más rápida en la década del noventa. Esto habla en general de la mayor importancia del mercado interno en Sudamérica que en la Cuenca del Caribe, y del mayor impacto negativo en esta última de su dependencia de la economía estadounidense.

Cuadro 1
Crecimiento medio del PIB per cápita, 1980-2010 (en %)

	1980	1990	2000
Sudamérica promedio	-0,1	1,7	2,6
Cuenca del Caribe promedio	-1,1	1,2	1,6

Fuente: Base de datos OBELA <www.OBELA.org/basededatos>.

Nota: Sudamérica incluye a Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Ecuador, Paraguay, Perú y Uruguay.

Cuenca del Caribe incluye a Costa Rica, Honduras, Jamaica, México, Nicaragua y Venezuela.

Cuando específicamente se contemplan los cuatro años desde el inicio de la crisis global en 2007, se advierte que esta tendencia general se ha hecho aún más evidente (ver Cuadro 2). Los países de América del Sur resintieron con una disminución de su crecimiento en 2009 el *credit crunch* (cierre del crédito interbancario), que comenzó en septiembre de 2008 tras la quiebra de Lehman Brothers y terminó a mediados de 2009. Los países de la Cuenca del Caribe son mucho más dependientes de Estados Unidos que los de América del Sur, y crecieron menos en los años 2007 y 2008, se cayeron más en 2009 y se recuperaron menos en 2010 y 2011, siguiendo el patrón general descrito antes. Los casos más extremos fueron México (-6,1%), quizás el más dependiente de Estados Unidos, seguido de Trinidad y Tobago (-3,5%) y Venezuela (-3,3%).

Cuadro 2
Crecimiento del PIB entre 2007 y 2010 (en %)

	2007	2008	2009	2010
Sudamérica promedio	6,2	6,3	0,4	7,4
Cuenca del Caribe promedio	5,1	2,9	-2,8	2,3

Fuente: CEPAL, tomado de la base de datos OBELA <www.OBELA.org/basededatos>.

La interrogante es la razón de la diferencia de conductas. Los elementos financieros de transmisión de la crisis desde Estados Unidos hacia el

resto del mundo desarrollado no estuvieron presentes en los países de la Cuenca del Caribe, salvo México, porque los mercados de derivados son pequeños o inexistentes, y los fondos de inversión se encuentran restringidos de invertir fuera de sus países. El contagio, por tanto, fue vía comercio de bienes y servicios (turismo) y remesas de migrantes, así como por la reducción en los flujos de capital de largo plazo. En México, existió una falta de aplicación de políticas contracíclicas significativas que contrarrestara la depresión, porque en la visión del secretario de Hacienda, Agustín Carstens Carstens, la pérdida de ingresos de petróleo no aseguraba con qué devolver el dinero tomado prestado¹.

Entre la década del ochenta y la primera del nuevo siglo existe un aumento del peso de las exportaciones en los seis países analizados (Argentina, Brasil, Chile, Colombia, México, Perú).

Venezuela y México, exportadores de petróleo, sufrieron, además del *credit crunch*, una caída brusca en el precio de su principal producto exportado a Estados Unidos (Ugarteche, 2012: 99-113). Al mismo tiempo, México tuvo una epidemia de Gripe A (H1N1) cuyo impacto en el PIB profundizó la crisis y la prolongó.

Bolivia (3,5%) fue la economía que menos resintió el golpe del cierre del crédito comercial y confirma la regla de que la causa de la desaceleración económica fue el crédito comercial, dado que el país tiene convenios fijados de suministro de gas mediante gasoductos a Brasil y Argentina, que son pagados a precios fijos en efectivo regularmente. A Bolivia le siguió Panamá (3,2%), cuya balanza de pagos y fisco se apoyan en los peajes del Canal de Panamá, más los del sector comercial y financiero internacional. Los países cuyos ingresos fiscales no se vieron afectados sintieron menos la crisis y, al ser Panamá una zona financiera libre, no se observaron las pérdidas bancarias de las economías maduras. Ambos países pudieron sostener políticas

¹ Versión estenográfica de la sesión del martes 15 de septiembre de 2009, realizada por la Cámara de Diputados. Comparecencia del secretario de Hacienda y Crédito Público, Agustín Carstens Carstens, disponible en <<http://canaldelcongreso.gob.mx/files/imagenes/695134793VERSION-ESTENOGRAFICA-GLOSA-SHCP.pdf>>.

distributivas directas y asegurar así que los beneficios del comercio exportador de bienes (Bolivia) o servicios (Panamá) se traslade a mejoras en la demanda interna.

Para verificar si es cierto que la región ha podido amortiguar los peores efectos de la crisis global gracias, en parte, al repunte de la demanda de las materias primas y al alza de los precios de los minerales y energéticos, realizamos un ejercicio econométrico con el fin de determinar el tamaño del efecto del crecimiento de las exportaciones en el crecimiento del PIB. Se seleccionaron las economías más grandes –México, Brasil y Argentina– y los exportadores más dinámicos –Chile, Perú y Colombia–, y lo que se encontró es que en los últimos veinte años existe una correlación fuerte entre exportaciones y crecimiento del PIB para Chile y el Perú, lo que se refleja en una alta elasticidad entre una y otra variable. Es decir que por cada 1% de crecimiento de las exportaciones, crece el PIB en 0,5% aproximadamente en ambos países (ver Cuadro 3). Estos serían dos casos de crecimiento exportador minero. En la Argentina, hay una correlación negativa, esto es, su PIB crece por el mercado interno. La baja elasticidad con la baja correlación de Brasil y México reflejan que no crecen tampoco por el lado exportador. Se podría decir que Brasil crece por su mercado interno y que México, en general, se encuentra estancado entre el 1,6% y el 1% de crecimiento del PIB per cápita entre 1990 y 2010, dado que no crece tampoco el mercado interno (Moreno Brid y Ros, 2010).

De hecho, los tres países con más dinámica interna en la muestra, Brasil, Argentina y Colombia, sufrieron menos con el cierre del crédito de 2009, mientras que los más exportadores, como México y Chile, sufrieron más. La Cuenca del Caribe (-2,8%) en agregado sufrió más en 2009 que Sudamérica (0,4%), lo que provoca la pregunta sobre los elementos adicionales en América del Sur. No fueron las materias primas cuyas exportaciones se desplomaron en todas partes en el año 2009.

Cuadro 3**Correlación y elasticidad del PIB y las exportaciones en seis países seleccionados de América Latina, 1990-2009**

R ²	Si las exportaciones aumentan en 1%, el PIB crece en:	Promedio del crecimiento del comercio	Promedio del crecimiento del PIB	
-0,06059	Argentina	-0,05059	6,6	4,0
0,33137	Brasil	0,128251	6,0	2,5
0,72212	Chile	0,497462	7,2	5,0
0,09554	Colombia	0,046944	5,6	3,5
0,25757	México	0,098632	8,1	2,7
0,49064	Perú	0,409756	7,4	4,2

Fuente: Elaborado por Francisco Josué Martínez Cervantes, OBELA, IIEC-UNAM <www.OBELA.org/basededatos>.

Otra evidencia empírica es que las exportaciones y su peso en la economía han crecido en América Latina desde 1990. Entre la década del ochenta y la primera del nuevo siglo existe un aumento del peso de las exportaciones en los seis países analizados. De ninguna manera es homogéneo el peso, como se puede apreciar en la Cuadro 4. En general, creció el peso de las exportaciones en el PIB, pero esto no sugiere crecimiento liderado por las exportaciones. Mientras Argentina y Brasil siguen siendo economías cerradas, con mercados internos importantes, México y Chile han mostrado niveles de apertura en términos del peso de las exportaciones en el PIB muy grandes. Perú y Colombia están en el medio.

Cuadro 4**Promedio por décadas del peso de las exportaciones en el PIB**

	Argentina	Brasil	Chile	Colombia	México	Perú
1980	6,3	6,0	21,6	11,0	11,4	9,0
1990	8,6	8,1	26,9	14,6	19,0	12,6
2000	12,8	12,8	34,4	16,9	32,9	18,5

Fuente: Elaborado por Francisco Josué Martínez, OBELA, IIEC, UNAM a partir de datos de la OECD y Banco Mundial <www.OBELA.org/basededatos>.

Por lo tanto, el argumento de que el crecimiento en general es liderado por las exportaciones es más ideológico (o utilizado por la gran

prensa) que empírico. En la muestra de seis países se observa que, en efecto, unos sí han crecido, y otros no. Todos exportan más, pero eso no implica liderazgo en la dinámica de crecimiento macroeconómico (Francés y García, 1998).

Lo que se ha podido apreciar en la primera década del siglo XXI es un conjunto de países que dejaron de aplicar las políticas de crecimiento exportador promovidas por el Banco Mundial y viraron hacia el mercado interno. Las elasticidades mencionadas antes son el reflejo de esto. Para observar la distribución del ingreso se ha hecho una muestra mayor, de trece países, para analizar aquellos que han tenido gobiernos “progresistas” y contrastarlos con los otros. Desde el ángulo de la distribución del ingreso, se ha visto que entre 1996 y 2009 en Argentina, Brasil, Costa Rica, Panamá, Venezuela y Uruguay existe una mejora en la distribución del ingreso medido como relación entre el ingreso del decil superior e inferior de la economía nacional, y una ampliación del mercado interno. En Ecuador, hay una mejora confirmada en los últimos años; en Bolivia, los datos no lo confirman aún.

El argumento entonces sería que muchos países resistieron la crisis por tener mercados internos dinámicos. Ecuador, que posee una mejora en su distribución del ingreso, sí ha percibido una reducción de la pobreza y es posible que esa ampliación del mercado interno haya compensado el cierre del crédito internacional tras la operación de reducción de deuda de 2009. La relevancia del incremento del mercado interno es que demanda bienes producidos internamente de manera creciente, como alimentos y productos básicos, que en América Latina se producen en prácticamente todos los países, y esa dinámica amortigua las presiones externas. La excepción ha sido México, que tras el TLCAN ha contemplado la importación de alimentos subsidiados, lo que ha sido un desincentivo para la producción local de productos básicos –frijol, trigo, maíz–, hoy traídos de Estados Unidos más baratos. A cambio, exporta algunos productos agrícolas de boutique hacia Estados Unidos, como espárragos y variedades de tomates. El ingreso familiar rural en México se ha deteriorado por la caída de los salarios en el PIB y por la falta de ingresos en el campo (Jönsson, 2009). Estos han sido sustituidos por remesas de tal forma que, cuando la crisis de Estados Unidos golpeó el empleo de los migrantes tanto legales como indocumentados, afectó igualmente el ingreso de las familias en el campo mexicano, cuyo consumo se contrajo, acentuándose así la caída del PIB².

|||||

2 “Mexico sees record drop in remittances”, disponible en <www.cbsnews.com/2100-202_162-6148649.html>.

Cuadro 5
Relación del 10% superior e inferior del ingreso nacional
(en cantidad de veces)

	1996	2006	2009
Argentina	s/i	30,1	22,4
Bolivia	13,8	45,4	s/i
Brasil	73,3	39,9	35,4
Colombia	30,4	51,3	s/i
Chile	32,9	26,1	28,3
Costa Rica	28,4	24,1	23,2
Ecuador	16,3	36,1	23,9
Honduras	27,9	60,3	73,0
México	24,5	21,1	27,6
Panamá	84,4	51,8	31,2
Perú	18,1	25,3	25,6
Venezuela	30,5	17,4	17,4
Uruguay	s/i	20,5	14,3

Fuente: World Development Indicators (WDI), del Banco Mundial
<<http://data.worldbank.org/data-catalog/world-development-indicators>> y Banco Mundial (1996).

El peso de las migraciones a Estados Unidos es un factor que impacta sobre la volatilidad de la economía mexicana y centroamericana de forma distinta a lo que ocurre en Sudamérica, donde la producción de alimentos básicos se ha mantenido y ampliado, y las remesas no poseen la significación que tienen en los países de la Cuenca del Caribe, salvo, en su momento, Ecuador (Magaña, 2010).

Desde el año 2000 se ha podido apreciar un auge de inversiones mineras y petroleras. Las nuevas inversiones en minería están basadas en las alzas de los precios de los minerales y del petróleo, que hacen rentables yacimientos que a menores precios no lo serían. El *commodity price index*, desde ese año, ha seguido una tendencia ascendente que ha convertido a los gobiernos en “patos sentados” sobre recursos naturales que dejan explotar cuando entienden que permiten levantar las restricciones de balanza de pagos al crecimiento interno por esta

vía. El problema estructural latinoamericano ha sido el límite del crecimiento del mercado interno por la falta de ingresos exportadores dinámicos (Prebisch, 1962: 1-22). Ahora, aunque no los lideren, son vitales para permitir la continuación del alto crecimiento que se viene observando desde el abandono de las políticas del Consenso de Washington. Las únicas dos excepciones sudamericanas son Chile y el Perú, que continúan las políticas de crecimiento liderado por las exportaciones y que, siendo países mineros, apuestan a esto como el eje del futuro. Ecuador y Bolivia parecen estar entrando en esta pista igualmente; el primero con minas de oro y el segundo con yacimientos de litio, si bien éste con proyectos industriales de baterías, según dijo el vicepresidente de Bolivia, Álvaro García Linera, en su presentación en el Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM el 7 de febrero de 2012.

Desde México hasta Argentina, todos los países han abierto las puertas a los inversionistas mineros y energéticos, esencialmente canadienses, estadounidenses, brasileños, o chilenos asociados a canadienses, para explotar yacimientos de minerales metálicos y petrolíferos, y más recientemente, a capitales del gobierno de la China para explorar y explotar yacimientos diversos. Existe una política oficial del gobierno de China sobre esto³. “*Resources and energy cooperation: the Chinese side wishes to expand and deepen mutually beneficial cooperation with Latin American and Caribbean countries in resources and energy within bilateral cooperation frameworks*” (Ibid.).

Este impulso inversionista está generando nuevos escenarios de conflicto social, mientras que al mismo tiempo, le dan espacio al crecimiento de los mercados internos sudamericanos, lo que pone a los gobiernos en un dilema. En Argentina, en parte ha sido el alza de los precios de los granos lo que llevó a un impuesto a la sobreganancia agrícola, que benefició al fisco y le permitió alimentar su altísima tasa de crecimiento (7,6% entre 2003 y 2010) arrastrada por efectos redistributivos y aumento de la demanda interna (Garriga y Rosales, 2008).

Otra lectura de este auge de precios es que en realidad refleja en parte la debilidad del dólar. Si se mide en euros, se percibe una mejora de precios pero no es tan significativa, y si se mide en DEG (Derechos Especiales de Giro), resulta menos significativa aún. Medida en las monedas nacionales sudamericanas, se debe descontar el 40% al valor del índice de precios de los *commodities*, lo que deja una mejora tendencial pero no extraordinaria. Esto debe de llamar la atención al

3 “China’s Policy Paper on Latin America and the Caribbean (2009)”, disponible en <http://english.gov.cn/official/2008-11/05/content_1140347.htm>.

problema de medir el mercado internacional de *commodities* en dólares y no en una canasta de monedas como propone Ocampo (2012).

De otra parte, la demanda de minerales ya no es esencialmente de las economías maduras, sino de las emergentes, que en su proceso de industrialización y ampliación de mercados están invirtiendo en infraestructura productiva. El fortalecimiento de los mercados internos de los BRICS, Asia y de Sudamérica están demandando más minerales, al mismo tiempo que existe un proceso especulativo intenso que define los altos precios en el mercado de derivados (UNCTAD, 2011). Esos precios, siguiendo la teoría moderna de portafolio, están

Las políticas aplicadas por gobiernos “progresistas”, alejadas de las políticas exportadoras del Consenso de Washington, son de crecimiento económico interno inducido por los salarios crecientes.

inversamente relacionados con las tasas de interés cercanas a cero en términos reales, existentes en las principales plazas financieras del mundo (ver Cuadro 6) (Elton et al., 2009).

Cuadro 6
Tasas de interés reales de largo plazo

	2009	2010	2011
Gran Bretaña	1,45	0,31	-1,38
Estados Unidos	3,66	1,61	-0,41
OCDE-Europa	2,83	1,39	1,11

Fuente: “Consumer prices and long term interest rates”, de OECD StatsExtracts <<http://stats.oecd.org/index.aspx?querytype=view&queryname=86>>.

Muchos países con recursos mineros han alentado la inversión en minería en los tres últimos años; o han acentuado el patrón inversionista. Pero ahora se advierten cambios en países que no eran sujetos de inversión minera y que, dados los precios, se han vuelto apetecibles, como Panamá. El Salvador, Argentina, Cuba y países sin petróleo se han convertido en exploradores ávidos.

Existen casos excepcionales donde, lo primario extractivo sirve para paliar la crisis directamente. La referencia más clara es Ecuador, que realizó tres operaciones de venta de petróleo a futuro a China entre el 2009 y el 2011 por el 54% de sus exportaciones totales anuales por ocho años⁴. Igualmente en el caso de Ecuador, ha decidido entrar a operar en minería en gran escala, con un efecto ambiental y social muy grande en diversas reservas ecológicas (Sacher y Acosta, 2012).

Finalmente, no puede dejar de revisarse el impacto interno en las economías de América Latina de las bajas tasas de interés en Estados Unidos y Europa. Primero, dadas las altas tasas de interés reales de América Latina (ver Cuadro 7), frente a las mostradas en el Cuadro 6, lo que se desprende es que las diferenciales de tasas de interés producen desplazamientos de capitales de las economías con bajas tasas a economías con altas tasas. El impacto de este desplazamiento se observa en la apreciación de los tipos de cambio y aumentos adicionales de los niveles de reservas internacionales, como esperaría H. Johnson (1972). Este desplazamiento por diferenciales en la tasa de interés, en un segundo momento, se convierte en una demanda incrementada del mercado de bienes raíces, lo que empuja los precios de estos por encima de la tasa de crecimiento del PIB y de la demanda interna de vivienda en las economías con crecimiento. En segundo lugar, aquellos fondos que ingresan del exterior a la banca también pasan a la Bolsa de valores, lo que empuja los índices de precios de las Bolsas de todo el mundo emergente por encima de los niveles de los índices de las economías maduras.

Cuadro 7
Tasas de interés reales de países selectos de América Latina

	2000	2006	2007	2008	2009	2010
Argentina	9,9	-4,2	-2,8	0,3	5,2	-4,2
Chile	9,8	-3,9	3,1	13,0	4,3	-4,2
Brasil	47,7	42,1	35,8	35,9	36,8	30,4
Perú	25,4	15,6	20,5	22,8	18,5	13,9

4 Ver "China aprueba préstamo por US\$2.000M a Ecuador", 28 de junio de 2011 <www.americaeconomia.com/economia-mercados/finanzas/china-aprueba-prestamo-por-us2000m-ecuador>. También "El 54% de las exportaciones de petróleo de Ecuador van a China", 20 de octubre de 2011 <www.eluniverso.com/2011/10/20/1/1356/54-exportaciones-petroleo-ecuador-van-china.html>.

	2000	2006	2007	2008	2009	2010
Colombia	-10,3	6,7	9,8	8,7	8,5	6,1
México	4,3	0,8	1,8	2,4	2,8	0,9

Fuente: WDI en www.OBELA.org/basededatos.

Inclusive, se podría concluir, parafraseando a Johnson en su clásico de 1972, que la expansión del crédito interno de las economías que poseen las monedas de reserva y crecen a tasas bajas se traslada a las reservas internacionales de las economías de mayor crecimiento si el incremento del crédito interno en estas es menor que el promedio mundial. Esto parece estar ocurriendo, y tiene como límite el alza de las tasas de interés en las economías maduras o la retracción de su crédito interno, ampliado desde el año 2009 como parte de las políticas de rescate bancario y de prevención de la depresión con deflación, tanto en Estados Unidos como en Europa y Japón. En el momento en que se retraiga el crédito interno en las economías con monedas de reserva o que suban sus tasas de interés, o ambas cosas, se pincharán las burbujas inmobiliaria, cambiaria y de Bolsa de valores, y la crisis se globalizará.

En suma, América Latina y el Caribe poseen históricamente dos grandes partes con dinámicas distintas: la Cuenca del Caribe y Sudamérica. Lo que las diferencia es su dependencia mayor o menor de Estados Unidos. El impacto en el período 2007-2011 de la crisis fue previsiblemente diferenciado, marcándose más en la Cuenca del Caribe que en Sudamérica, y por lo tanto, existe más resistencia allí que en la Cuenca del Caribe a las crisis estadounidenses contagiadas. El mayor impacto en la Cuenca del Caribe estuvo alimentado, entre otros, por la caída brusca del precio del petróleo en julio de 2008, cosa que no ocurrió con los minerales, lo que afectó a México, Colombia y Venezuela sobremanera. El impacto de la crisis puede analizarse desde dos ópticas, al menos: una es por el mercado principal de destino y la otra es por el grado de apertura económica.

La división geográfica incluso incide sobre migraciones y remesas, siendo que la Cuenca del Caribe siente por la vía de las remesas más el problema del desempleo, por la crisis en Estados Unidos, que Sudamérica, lo que acentúa el problema.

Como ya se dijo, si se hace un ejercicio econométrico para ver la elasticidad entre el crecimiento de las exportaciones y el crecimiento del PIB en el período 1990-2010, se observa que existen economías exportadoras intensivas en minerales, como Chile y el Perú, cuyo crecimiento depende de eso en un 50%. Brasil, Colombia y Argentina parecen crecer más por la dinámica del mercado interno, siendo el

último de los tres el que más crece por esta razón. México tiene un bajísimo crecimiento y muy poca relación entre las exportaciones y el crecimiento del PIB, pero el mercado interno tampoco está creciendo, lo que explica su falta general de dinamismo desde antes de la crisis.

En todos los países revisados, hay más peso de las exportaciones en el PIB, señalando que las economías están más abiertas, pero unas están más abiertas que otras, notablemente Chile y México. Eso hace que el impacto de la crisis se sienta más allí que en las economías más cerradas como Brasil y Argentina.

Las políticas aplicadas por gobiernos “progresistas”, alejadas de las políticas exportadoras del Consenso de Washington, son de crecimiento económico interno inducido por los salarios crecientes. Los que no se han alejado de las políticas del Consenso de Washington tienen igual o más concentración del ingreso, como Honduras, México, Perú, que antes de la primera década del siglo XXI.

El auge de los precios de los minerales desde el año 2004 ha servido para abultar las exportaciones, y éstas, aunque no arrastren el crecimiento, se han utilizado para acumular reservas o para acolchar la demanda de divisas generadas por la actividad económica interna. Esto es más cierto en Argentina, Brasil y Colombia que en los demás países.

Los altos precios de los *commodities* fruto de la securitización desregulada han llevado a hacer rentables proyectos mineros que en otro momento hubieran sido imposibles de realizar. Los gobiernos son, en este contexto, “patos sentados” sobre reservas de minerales a la espera de inversionistas que muestren interés en ingresar a explotarlos.

La interrogante es cuánto tiempo durarán los precios altos. Existen varios ángulos sobre la definición de precios. Uno se relaciona con la unidad de cuentas utilizada para determinar el precio: si el precio se determinase en monedas sudamericanas o en euros, los precios serían 40% menores de lo que son en dólares, y las fluctuaciones, por lo tanto, mucho menores. Por otro lado, la nueva demanda de minerales proviene de las economías emergentes y, consecuentemente, se puede anticipar que seguirá un curso de crecimiento estable. Tercero, la securitización de los precios ha hecho que estén en relación inversa con las tasas de interés de Estados Unidos y Europa, con lo que, cuando dichas tasas salgan del vecindario de los niveles cercanos a 0% en que se encuentran desde el año 2009, los precios bajarán, porque en este momento, los instrumentos financieros relacionados con los *commodities* son instrumentos de reserva de valor.

Finalmente, una parte del auge de América Latina se vincula con movimientos de capital de corto plazo derivado de las políticas de expansión crediticias en las economías con moneda de reserva, lo que ha

ayudado a inflar los mercados cambiarios, de bienes raíces y de valores dentro de las economías del hemisferio. Ese aspecto transitorio cambiará de polo cuando cambien las políticas en las economías maduras con el efecto de generalizar la crisis global. Esto estará en el espíritu de la generalización de la crisis en 1981 tras la década de los años setenta de auge en las economías en desarrollo por el crecimiento de los precios de los *commodities* entonces acompañado por créditos crecientes.

Bibliografía

- Banco Mundial 1996 *From plan to market. World Development Report 1996* (Washington DC: Banco Mundial/Oxford University Press).
- Elton, Edwin J. et al. 2009 *Modern portfolio theory and investment analysis* (Nueva York: John Wiley & Sons).
- Francés, Antonio y García, Josefina 1998 *Éxito exportador: el inicio de empresas líderes* (Barcelona: Ediciones IESA).
- Garriga, Marcelo y Rosales, Walter 2008 “Efectos asignativos, distributivos y fiscales de las retenciones a las exportaciones”, Documento de Trabajo N° 75, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Ciencias Económicas, agosto.
- Johnson, Harry G. 1972 “The Early Economics of Keynes” en *The American Economic Review*, Vol. LXII, N° 2, mayo.
- Jönsson, Malin 2009 “The Neoliberal reforms and the crisis on the Mexican countryside: an analysis from food sovereignty and dependency”, Tesis de Maestría en Estudios Globales, University of Gothenburg, Gothenburg.
- Magaña, Aline 2010 “La migración internacional de la fuerza de trabajo antes y después del ajuste estructural”, Tesis de Maestría en Estudios Latinoamericanos, UNAM.
- Moreno Brid, Juan Carlos y Ros, Jaime 2010 *Desarrollo y crecimiento en la economía mexicana* (México DF: FCE).
- Ocampo, José Antonio 2012 “Los derechos especiales de giro y el sistema mundial de reservas” en Ugarteche, Oscar y Dembinski, Paul *Más allá de Bretton Woods. La economía transnacional en busca de nuevas instituciones* (Saarbrücken: EAE).
- Prebisch, R. 1962 “The Economic development of Latin America and its Principal problems” en *Economic Bulletin for Latin America*, Vol. VII, N° 1, febrero.
- Sacher, William y Acosta, Alberto 2012 *La minería a gran escala en Ecuador. Análisis y datos estadísticos sobre la minería industrial en el Ecuador* (Quito: Abya Yala).
- Ugarteche, Oscar 2012 “México: tan lejos de Dios, tan cerca de la crisis. Mecanismos de contagio económico en América del Norte” en *Nueva Sociedad* (Buenos Aires) N° 237, enero-febrero.
- Ugarteche, Oscar y Serrani, Esteban 2012 “El nuevo modelo de crecimiento exportador. Una revisión desde Prebisch”, IIEC-UNAM/UBA, mimeo.
- UNCTAD 2011 “Price formation in Financialized commodity markets: the role of information” (Ginebra: United Nations Conference on Trade and Development) junio.

Tendências da economia mundial e perspectivas da América Latina

Carlos Eduardo Martins

Resumen

En el período de crecimiento de largo plazo, iniciado en 1994, se produjeron ciertas modificaciones en el mundo contemporáneo: el desplazamiento del eje económico a Asia del Este y las potencias regionales, el predominio de la multipolaridad, la crisis del neoliberalismo y de la división del trabajo del colonialismo y la intervención del Estado en la economía. En ese marco, se abren oportunidades para las fuerzas sociales latinoamericanas y dos opciones gubernamentales: un nacionalismo revolucionario y un enfoque gradualista. El autor hace un balance de este proceso y plantea qué medidas políticas son necesarias para la integración regional, en puja por redefinir la inserción subcontinental en el mercado mundial.

Abstract

In the long-term period of growth, initiated in 1994, certain changes occurred in the contemporary world: the displacement of the economic axis to East Asia and the Regional Powers, the predominance of multi-polarity, the crisis of Neoliberalism and the division of labour of colonialism and the intervention of the State in economy. In this context, opportunities for the Latin American social forces and two governmental options are opened: a revolutionary nationalism and a gradualist approach. The author does a balance of this process and specifies what political measurements are necessary for the regional integration, in a bid to redefine the Sub-continental insertion in the world market.

CvE

Año IV
Nº 8
Segundo
Semestre
2012

Carlos Eduardo Martins

Doctor en Sociología (USP). Maestría en Administración Pública (FGU/ EBAPE), investigador del Laboratorio de Políticas Públicas (LPP) y de la Cátedra y Red UNESCO-UNU sobre Globalización y Desarrollo sustentable (REGGEN). Miembro de los Grupos de Trabajo Estudios sobre Estados Unidos y Globalización; Economía Mundial y Economías Nacionales de CLACSO, profesor de Relaciones Internacionales de la Universidad Estación de Sá (UNESA-Río de Janeiro).

PhD in Sociology (USP). Magister in Public Administration (FGU/EBAPE), researcher at the Public Policies Lab (LPP), and at the Global Economy and Sustainable Development (REGGEN), programme and network course of the United Nations University-UNESCO. Member of the working groups: Studies on United States and Globalization; Global Economy and National Economies at CLACSO; professor of International Relations at the Estación de Sá University (UNESA-Río de Janeiro).

Palabras clave

1| Economía mundial 2| Integración regional 3| Neoliberalismo 4| Desarrollismo
5| Nacionalismo revolucionario

Keywords

1| *World economy* 2| *Regional integration* 3| *Neoliberalism* 4| *Developmentalism*
5| *Revolutionary nationalism*

Cómo citar este artículo [Norma ISO 690]

MARTINS, Carlos Eduardo. Tendências da economia mundial e perspectivas da América Latina. *Crítica y Emancipación*, (8): 39-46, segundo semestre de 2012.

Tendências da economia mundial e perspectivas da América Latina

CyE
Año IV
Nº 8
Segundo
Semestre
2012

Ao contrário do que colocam muitos analistas, a economia mundial vem vivenciando um período de crescimento de longo prazo desde 1994, pontuado por crises curtas, mas profundas e importantes, como as de 1998, 2001 e principalmente a de 2008-2009. Entretanto, este período de crescimento traz profundas modificações que lentamente vão se estabelecendo no mundo contemporâneo:

- a| O deslocamento do eixo de crescimento econômico do capitalismo anglo-saxão, da Europa Ocidental e das potências marítimas para o Leste asiático e para os *hinterlands*, potências territoriais de dimensão continental/regional. Entre os *hinterlands*, destaca-se a China, como o maior e mais antigo da história da humanidade.
- b| O deslocamento da unipolaridade para multipolaridade como tendência mais dinâmica das relações internacionais contemporâneas, o que abre o espaço para o regionalismo como um dos fundamentos da reorganização multipolar da economia mundial e de sua divisão internacional do trabalho. Torna-se cada vez mais evidente a falácia que foi a pretensão de organizar a economia mundial, desde 1980, sob a unipolaridade do poder estadunidense, pautada no uso de seu Estado para o controle dos fluxos de capitais e dissuasão de conflitos internacionais e autonomias nacionais. O resultado deste projeto tem sido o brutal endividamento público e a escalada dos déficits comerciais e em conta corrente dos Estados Unidos. O aprofundamento estrutural desta dívida e destes déficits a cada década, isto é, de seu peso relativo no PIB estadunidense, limita a autonomia financeira e militar deste país, debilitando seu poder independente de coerção e o dólar como moeda mundial.

- c| A crise do neoliberalismo como fundamento ideológico da hegemonia estadunidense e das velhas potências ocidentais. O neoliberalismo teve por objetivo central desmontar a economia política do pleno emprego e sua pressão negativa sobre a taxa de lucro a partir do fim dos anos 1960. Isto ganhou ainda mais importância com as mudanças no perfil da força de trabalho e do emprego trazidas com a mundialização da revolução científico-técnica, que lhes vem agregando dimensões cada vez mais intensivas em conhecimento, impulsionando para acima o valor da força de trabalho. Trata-se de não pagar parte do valor da força de trabalho em ascensão e para isso retira-se parte do investimento do ciclo produtivo do capital deslocando-o para o setor financeiro. Cria-se um mercado financeiro lastreado em títulos da dívida pública ou, em títulos privados, respaldados em última instância pelo monopólio da violência estatal que lhes absorve os créditos podres, pretendendo-lhes conferir liquidez, em função de supostos riscos sistêmicos. O resultado tem sido altos níveis de desemprego estrutural –particularmente entre os jovens–, superexploração do trabalho, aumento da desigualdade, baixas taxas de investimento, queda nas taxas de crescimento econômico, parasitismo e perda de dinamismo produtivo internacional.
- d| A crise da divisão internacional do trabalho estabelecida pelo capitalismo histórico em seus 500 anos de existência. A financeirização é insuficiente para responder ao desenvolvimento da revolução científico-técnica e coloca em cheque a apropriação e hierarquização internacional de novas etapas das forças produtivas pelas potências ocidentais e os Estados Unidos. A pressão competitiva leva à busca de força de trabalho qualificada e barata, abrindo o espaço para o deslocamento de parte do capital que não retorna ao ciclo produtivo nos países centrais, aos países da periferia que são capazes de oferecê-la. Mas para isto, estes devem romper com as relações de dependência e a superexploração de trabalho que lhe corresponde, o que lhes impede o aumento do valor da força de trabalho –principal fundamento da produtividade da economia contemporânea– a níveis internacionalmente competitivos.
- e| O crescimento da intervenção do Estado que vai se tornando século XXI o principal ator da economia mundial,

tendendo a representar mais da metade do PIB mundial. Este crescimento se faz, nos polos decadentes da economia mundial, para atender ao deslocamento estrutural do capital do circuito produtivo ao financeiro; ou para resgatar a predominância do circuito produtivo sobre o financeiro da acumulação, mediante forte atuação e expansão das empresas públicas, nos polos emergentes da mesma. O Estado ainda é pressionado a expandir seus gastos pelas demandas sociais emanadas da reivindicação ao direito público à saúde, educação, seguridade e lazer. Nos polos decadentes

A partir da crise econômica que se inicia na região em 1998 e se prolonga até 2003 surgem novas forças sociais na região que buscam enfrentar o legado neoliberal de duas formas: radicalmente ou gradualmente.

da economia mundial, as altas somas comprometidas com a expansão da dívida pública ou com o pagamento de juros restringem os gastos sociais e buscam financiá-los pelo aumento da tributação incidente sobre seus beneficiários; nos polos emergentes da economia mundial abre-se o espaço para articulação virtuosa entre expansão do Estado, gasto social e crescimento econômico.

Surge, portanto, uma janela de oportunidade para a América Latina, mas o seu aproveitamento exige o enfrentamento do legado neoliberal. Os efeitos do projeto neoliberal na América Latina foram drásticos: desnacionalização, desindustrialização, aprofundamento da condição periférica, aumento da pobreza e da precarização do trabalho, autoritarismo e instabilidade política, crise cambial e do balanço de pagamentos. A partir da crise econômica que se inicia na região em 1998 e se prolonga até 2003 surgem novas forças sociais na região que buscam enfrentar o legado neoliberal de duas formas: radicalmente ou gradualmente. Isto deu lugar, no primeiro caso, ao ressurgimento do nacionalismo revolucionário que assume a integração regional como parte central de seu projeto e que tem diversos matizes conforme a relação e o grau de autonomia entre os seus dirigentes políticos, a burocracia

estatal e os movimentos populares. Este projeto tem sua manifestação mais radical na Venezuela de Chavez, na Bolívia de Evo Morales, no Equador de Rafael Correa, mas também se expressa de forma mais moderada na Argentina dos Kirchner e alcançou sua dimensão mais tímida e frágil no Paraguai de Lugo.

Trata-se de restabelecer o papel do Estado na organização de economia por meio da nacionalização dos recursos naturais estratégicos ou do aumento significativo da renda mineira ou da terra e sua apropriação pública, reduzindo os lucros do grande capital estrangeiro ou privado; da nacionalização ou forte presença reguladora em serviços essenciais como eletricidade, água, telecomunicações e infra-estrutura; da criação de uma arquitetura financeira e empresarial e de políticas públicas voltada para o estabelecimento de altas taxas de investimento direcionadas à expansão do mercado interno, à redução de assimetrias, desigualdade e pobreza e à elevação do valor da força de trabalho, mediante o aumento do salário direto e indireto (educação, saúde, seguridade, transporte e infra-estrutura públicos). Isto requer altas escalas produtivas, utilização de recursos públicos, criação de banco e fundo regionais, forte atuação das empresas estatais e criação de mecanismos de democracia participativa. Tais processos se afirmam na organização da ALBA; na proposição de uma UNASUL solidária e cooperativa; num Banco do Sul que utilize recursos públicos proporcionais ao peso econômico de cada Estado e opere de forma distinta que os bancos privados para concessão de créditos e financiamentos a dimensões deprimidas dos mercados regionais; na regulação democrática dos meios de comunicação de massa; e nos processos constituintes populares que têm permitido avanços constitucionais e nas formas de governo em Venezuela, Bolívia e Equador.

No segundo caso, se impõe um enfoque gradualista que conserva parte da economia política neoliberal, ainda que busque matizá-la através de políticas sociais e da política externa. O principal caso na região é o Brasil de Lula e Dilma. Mantém taxas de juros acima do crescimento do PIB, ainda que as tenha diminuído lentamente, utilizando para isso o enfoque macroeconômico anticíclico nos períodos de crise; mantém uma política fiscal restritiva que gera significativos superávits primários e transfere seus excedentes ao setor financeiro, restringindo o alcance das políticas sociais ou de desenvolvimento, resultando em conflitos com setores expressivos dos funcionalismos públicos; e mantém ainda taxas de câmbio flutuantes que levam à sobrevalorização do real nos períodos de ingresso de capitais estrangeiros no país, debilitando a indústria e as cadeias produtivas de maior valor agregado. No plano internacional, joga um papel

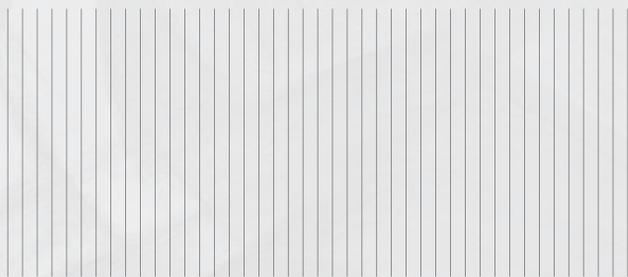
centrista no que tange à região, buscando atuar como intermediário entre o alinhamento aos Estados Unidos, praticado pelos neoliberais –expresso no México panista, na Colômbia de Santos e no Chile de Piñeda– e o anti-imperialismo do nacionalismo revolucionário. Abre espaços ainda para a multipolaridade diversificando o comércio exterior e somando-se aos BRIC, que lentamente vai aprofundando seu nível de articulação institucional e ensaiando alternativas financeiras por dentro e por fora dos organismos internacionais controlados pelas potências ocidentais –como FMI e Banco Mundial– e ao padrão monetário ancorado no dólar.

A política externa constitui o elemento mais progressista do Estado brasileiro e se contrapõe às tendências subimperialistas, ancoradas principalmente no BNDES e nas grandes empresas e banco estatais, ou neoliberais, assentadas no Banco Central e no comando das políticas monetária e cambial. Por diversas vezes impôs derrotas às resistências de segmentos da burocracia estatal às demandas dos governos nacionalistas, como nos casos da nacionalização e renegociação dos preços do gás boliviano e da revisão dos termos do Tratado de Assunção. Todavia, sua força no governo brasileiro é insuficiente para impulsionar uma aproximação maior ao projeto de integração regional oriundo do nacionalismo radical. Um caso típico é o do Banco do Sul, onde as pressões brasileiras limitam sua atuação como banco capaz de operar para reduzir assimetrias e desigualdades. Se o Brasil, aceita o sistema de um país um voto, o qualifica –exigindo o apoio de 70% do capital subscrito para aprovar empreendimentos de maior porte, isto é, acima de US\$ 70 milhões–, e por outro lado contribui para a sua capitalização com recursos proporcionalmente muito inferiores ao de países vizinhos, além de exigir que o banco funcione segundo os critérios de rentabilidade dos bancos privados, captando recursos no mercado financeiro. Tal postura debilita enormemente a possibilidade de construção de uma arquitetura financeira solidária que priorize o desenvolvimento do mercado regional como instrumento indispensável para a construção de um dos centros de acumulação sustentável num mundo com fortes tendências estruturais para a multipolaridade.

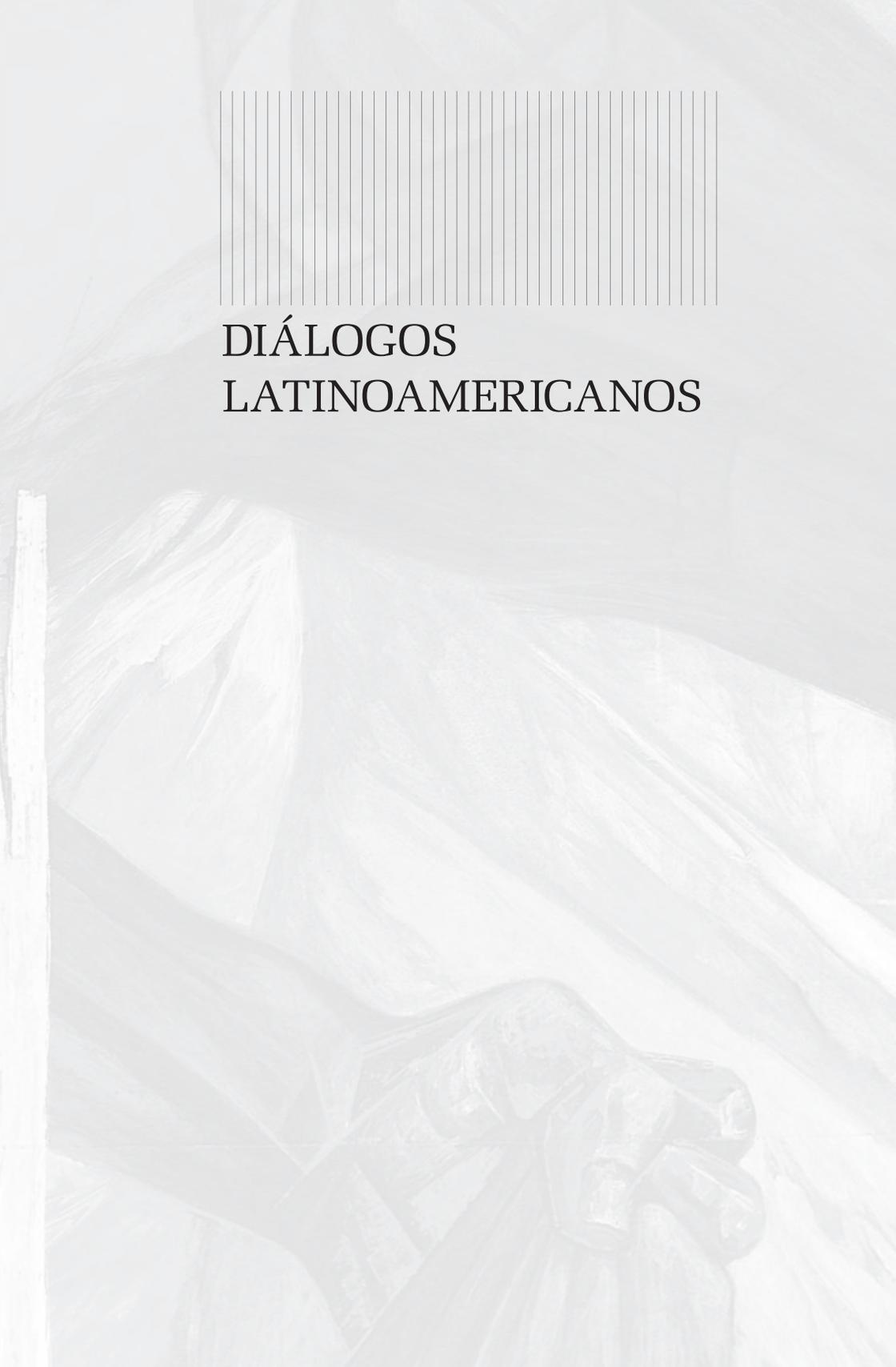
A construção de um processo de integração regional capaz de impulsionar a inserção internacional soberana da região exige:

- a) A elevação das taxas de investimento da região e a sua orientação para infraestrutura, saúde, educação, habitação, ciência e tecnologia, lazer, erradicação da pobreza e diminuição dos níveis dos altos níveis de desigualdade social;

- b| a organização de um arranjo produtivo e financeiro centrado na forte participação das empresas e bancos estatais. As empresas estatais são historicamente as grandes investidoras em infraestrutura da região e podem ser um potente instrumento contra os processos de financeirização do capital, investindo os excedentes econômicos no setor produtivo. São ainda chaves para a construção de um poderoso sistema de inovação da região, uma vez que as empresas multinacionais concentram quase 90% de seus investimentos em P&D em suas matrizes. Para isso devem se articular em nível continental potencializando suas escalas produtivas;
- c| a nacionalização dos recursos nacionais estratégicos como instrumento de elevação da renda mineira para incrementar os ingressos obtidos no mercado internacional, reverter a deterioração dos termos das trocas e promover recursos para o desenvolvimento social, ciência e tecnologia. Tal processo constitui elemento crucial para evitar um processo de desenvolvimento extrativista e fortemente deletério para o meio ambiente; e
- d| a elaboração de uma nova arquitetura financeira regional baseada em bancos públicos de desenvolvimento, com critérios de alocação de recursos solidários e distintos à rentabilidade privada; num fundo regional de estabilização de nossas economias que propiciem uma alternativa aos organismos internacionais tradicionais; e no estabelecimento de uma moeda regional de transações que configure uma alternativa ao dólar e esteja baseada numa cesta de moedas nacionais que não retire destes estados sua autonomia na política cambial.



DIÁLOGOS
LATINOAMERICANOS



Entrevista a Héctor Díaz-Polanco

Guillermo Almeyra

Resumen

En esta entrevista, Héctor Díaz-Polanco, importante antropólogo dominicano, recuerda su formación personal y política y nos dice cómo forjó una concepción de la autonomía de los pueblos indígenas ajena al indigenismo paternalista y al liberalismo neokantiano, pero también opuesta al esencialismo mítico de ciertos grupos indígenas.

Abstract

In this interview, Héctor Díaz-Polanco, an important Dominican anthropologist, recalls his personal and political formation and tells us how he forged a conception of the autonomy of indigenous peoples far from the paternalistic indigenism and to the neo-Kantian liberalism, but also opposite to the mythical essentialism of certain indigenous groups.

CyE

Año IV
Nº 8
Segundo
Semestre
2012

Guillermo Almeyra

Historiador y politólogo, ex profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y del Posgrado en Desarrollo Rural de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), unidad Xochimilco, México DF.

Historian and political scientist, former professor of the Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) and of the Postgraduate course in Rural Development of the Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), Unidad Xochimilco, Mexico DF.

Palabras clave

1| Antropología 2| Historia 3| Campesinado 4| Teología de la Liberación
5| Indigenismo 6| Zapatismo

Keywords

1| Anthropology 2| History 3| Peasantry 4| Theology of Liberation 5| Indigenism
6| Zapatism

Cómo citar este artículo [Norma ISO 690]

ALMEYRA, Guillermo. Entrevista a Héctor Díaz-Polanco. *Crítica y Emancipación*, (8): 49-63, segundo semestre de 2012.

Entrevista a Héctor Díaz-Polanco

CyE
Año IV
Nº 8
Segundo
Semestre
2012

Héctor Díaz-Polanco, nacido en la República Dominicana, es ciudadano latinoamericano por voluntad y vocación. Maestro en Antropología por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y doctor en Sociología por El Colegio de México, es actualmente profesor-investigador del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) y miembro del máximo nivel (nivel III) del Sistema Nacional de Investigadores de México. Ha escrito 21 libros y publicado otros sesenta en coautoría con diversos autores, entre los cuales se destacan Noam Chomsky y Pablo González Casanova. Sus obras más recientes son *El laberinto de la identidad* (UNAM, 2006), *Elogio de la diversidad. Globalización, multiculturalismo y etnofagia* (Siglo XXI, 2006), con el cual ganó en 2006 el Premio Internacional de Ensayo convocado por dicha editorial más la UNAM y la Universidad de Sinaloa, así como el premio Ezequiel Martínez Estrada concedido en 2008 por la cubana Casa de las Américas, además de *La diversidad cultural y la autonomía en México* (Nostra, 2009), *Ensayos sobre identidad. Visiones desde México* (Ferilibro, 2010) y *La cocina del diablo. El fraude de 2006 y los intelectuales* (Planeta, 2012).

Entre 1976 y 1988 codirigió la revista *Nueva Antropología*; desde 1980 participa en la edición del *Boletín de Antropología Americana* del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, y desde 1976 en la de *Convergencia Socialista*. Al mismo tiempo, dirige la prestigiosa revista mexicana *Memoria, Revista de Política y Cultura*, y desde 1994 es miembro del Consejo de Redacción de las revistas *Latin American Perspectives*, editada en California, Estados Unidos, y *Dialéctica*, de Puebla, México.

Desde 1984 hasta 1987 colaboró en el diseño del régimen de autonomía de la Costa Atlántica de Nicaragua, asesorando a la Comisión Nacional de Autonomía en Managua. Entre 1993 y 1995 fue además consultor sobre temas indígenas de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) y asesor del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en las

negociaciones con el gobierno mexicano sobre derechos y cultura indígenas, que desembocaron en los Acuerdos de San Andrés, firmados y posteriormente desconocidos por el gobierno mexicano. Se desempeñó igualmente como miembro de la Presidencia de la fracasada pero importante Convención Nacional Democrática de 1994 promovida por el EZLN, organización a la que continúa apoyando sin abandonar su pensamiento crítico, plasmado en su libro *El zapatismo y la autonomía* (Siglo XXI, 1997).

Asesoró igualmente a organizaciones campesinas e indígenas de Bolivia y fue consultor en las Comisiones de Autonomía y de Reestructuración del Estado de la Asamblea Constituyente boliviana. Es también miembro del Grupo Sur, que reúne a muchos de los principales académicos e intelectuales de México. En 2011, participó en la elaboración del “Nuevo Proyecto de Nación”, que sirve de plataforma política al Movimiento de Regeneración Nacional (MORENA), de cuyo Consejo Consultivo es miembro desde esa fecha.

Guillermo Almeyra lo entrevistó en nombre de *Crítica y Emancipación* el 21 de enero de 2012, en la casa que el antropólogo habita en Tlalpan, en la Ciudad de México.

Guillermo Almeyra (GA): Háblanos de tu formación familiar, escolar y política.

Héctor Díaz-Polanco (DP): Nací en 1944, en el municipio de Los Llanos, provincia de San Pedro de Macorís en la República Dominicana, una de las zonas culturalmente más diversas del país, famosa por los merengues de Juan Luis Guerra... Luego, a los 4 o 5 años mi familia se trasladó a San Cristóbal, en la entonces provincia de Trujillo, donde estuve hasta los 20 años. Ahí estudié en escuelas públicas.

Mi padre era campesino en Los Llanos y pasó a ser obrero en la fábrica de armas de San Cristóbal. A pesar de su nuevo trabajo, mi padre alquilaba parcelas para trabajar los fines de semana en el “conuco” (milpa). Jamás renunció a su vocación parcelaria. La fuerza de trabajo era la de él y sus dos hijos mayores. Quizás de ahí viene mi primer interés por el campo. Mi madre era ama de casa. Ambos alcanzaron apenas las primeras letras. Mis abuelos, en cambio, eran analfabetos. Soy el mayor de cinco hermanos: cuatro varones y una mujer. Mi familia era una familia pobre en un país pequeño y pobre. Y además, en la provincia, los servicios y las condiciones educativas eran muy precarios.

Estudié hasta el bachillerato en el Instituto Politécnico Loyola; el bachillerato era técnico y había sido fundado por el

mismo dictador Leónidas Trujillo. Me recibí de bachiller en Vapor y Refrigeración. Por supuesto, eso no tenía nada que ver con la formación humanística de izquierda que hice posteriormente con el grupo 14 de Junio, guerrillero y antiimperialista, formado en la lucha antitrujillista.

Obviamente, con ese bachillerato no podía ir a la universidad porque el mismo era técnico; por eso, dadas mis inquietudes sociales, decidí hacer simultáneamente el bachillerato en Humanidades. Así logré entrar a la universidad, que estaba a 30 kilómetros de ahí, la Universidad Autónoma de Santo Domingo, que cuando cayó Trujillo había ganado recién la autonomía.

En esa época empezó el paso desde una visión más o menos economicista hacia una más integral, que incluía una perspectiva de la identidad, de los sistemas tradicionales, que se abordaban de manera secundaria en el período anterior.

El transporte era caro y mis ingresos nulos, por lo que salía a la carretera para “hacer dedo” como único modo de ir a la universidad. La Facultad de Derecho ofrecía entonces prácticamente la única carrera en humanidades, pues no había Sociología o Antropología. Por eso entré a dicha facultad. Pero ese modo de estudiar era claramente insostenible. No podía hacerlo durante cinco años, ni por la dificultad o el costo del pasaje, ni por el de la comida.

Alain Badiou dice que ciertos “acontecimientos” determinan la vida. Para mí, lo que ocurrió a partir del 24 de abril de 1965 fue determinante. Ese día estalló una gran revuelta político-militar. En 1963 Juan Bosch fue elegido presidente de la República con un programa socialdemócrata muy avanzado para la época. Bosch buscó realizar un gobierno honesto y respetuoso de las libertades democráticas. Asimismo, intentó poner en práctica algunos cambios socioeconómicos. Acusado inmediatamente de comunista, siete meses después fue derrocado por la iglesia y la oligarquía, con la evidente instigación del gobierno estadounidense. Un año y medio después un grupo de militares progresistas, con el apoyo de parte de la policía nacional, se rebeló contra el régimen.

Lo que empezó como un golpe militar nacionalista se convirtió luego en una revuelta social, y a partir del 28 de abril, con la

invasión de 42 mil infantes de marina estadounidenses, en una guerra patria. Los insurgentes habían derrotado las columnas de tanques del ejército dominicano, en una desigual batalla que tuvo como punto crucial el puente sobre el río Ozama, que divide la capital. Asustado por este desenlace, el entonces presidente Johnson envió sus tropas a Santo Domingo.

Yo no pude estar en la revuelta inicial, pues me quedé bloqueado en mi pueblo. Ahí permanecí un par de semanas, atento a los acontecimientos. A la primera oportunidad, logré traspasar la línea de las tropas invasoras e ingresé a la zona insurgente. De inmediato ingresé como “soldado constitucionalista” en el Ejército Constitucionalista que se había conformado bajo el mando y liderazgo del coronel Francisco Caamaño Deñó. Después de ciertas vicisitudes, pasé a ser el primer ayudante del comandante de la Zona I insurgente, bajo el mando del teniente Sensión Silverio. La así llamada Revolución de Abril fue un evento revolucionario importante y cargado de enseñanzas. En su momento, definió tendencias y propuso un programa avanzado para América Latina. Décadas después, Fidel Castro volvió sobre el hecho e hizo una evaluación muy juiciosa de lo ocurrido en la isla en 1965¹. En lo personal, cambió radicalmente el curso de mi vida.

Aquella lucha, que costó miles de muertos en las filas de los revolucionarios, concluyó seis meses después mediante un acuerdo entre los ocupantes y los insurgentes, con la “mediación” de la OEA (parapeto de los Estados Unidos). Dicho acuerdo consistió en la desmovilización de los insurgentes, la designación de un presidente provisional (Héctor García Godoy) y la realización de elecciones. A estas se presentaron como candidatos presidenciales el escritor Juan Bosch y el hombre de Estados Unidos y la oligarquía local Joaquín Balaguer, quien había sido vicepresidente de Trujillo. Las elecciones se harían en las peores condiciones para los intereses nacionales: con la presencia de soldados de Estados Unidos en el país. Como era de esperarse, Balaguer resultó el ganador.

1 Fidel Castro expresó: “No tenemos derecho a olvidar a Francisco Caamaño, joven militar dominicano que durante meses combatió heroicamente contra 40 mil soldados de Estados Unidos que el presidente Johnson hizo desembarcar en República Dominicana en el año 1965 para impedir el regreso del presidente constitucional Juan Bosch. Su tenaz resistencia a los invasores al frente de un puñado de militares y civiles, que duró meses, constituye uno de los episodios revolucionarios más gloriosos que se han escrito en este hemisferio. Caamaño, después de una tregua que arrancó al imperio, volvió a su patria y entregó su vida combatiendo por la liberación de su pueblo”. Ver en *Cien horas con Fidel*, de Ignacio Ramonet (La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 2006), el capítulo 24, “El dramático rescate de Chávez”.

Empezó así una dictadura con fachada democrática, usando el mismo patrón de las dictaduras caribeñas y otras del continente. En ese momento pude retomar los estudios universitarios, al tiempo que me convertí en periodista y terminé siendo el escritor de una estación de radio que transmitía varias emisiones de un noticiero en cadena nacional. Por aquellos años, la radio era el medio de información por excelencia. Yo escribía el editorial y los comentarios. Eso me convirtió en blanco del gobierno balaguerista. La emisora fue tachada de izquierdista. Fui acusado de estar vinculado con grupos radicales de izquierda y de ser enemigo del gobierno.

En esto último no les faltaba razón. De 1966 a 1970, tres veces al día estaba haciendo críticas al gobierno. Al llegar al cuarto año las cosas estaban claras para mí: o iba a la tumba o al exilio. Un buen número de mis compañeros habían sido asesinados. Estaba incluido en una lista de periodistas bajo vigilancia. Juan Bolívar Díaz, director del programa noticioso y además mi primo, apenas sobrevivió a la detonación de una potente bomba colocada en su coche. Decidí poco antes que debía ausentarme por un tiempo.

El 19 de septiembre de 1970 tomé el avión rumbo a España. En la Universidad Complutense de Madrid existía un programa de estudios de América, dirigido por el profesor Alcina Frank, que me permitía obtener una primera formación antropológica. Gracias a contactos con sectores progresistas de la iglesia, pude obtener una pequeña beca del entonces Instituto de Cultura Hispánica (ahora Instituto Cervantes). Mi meta siguiente era Francia. Terminados los cursos en la Complutense planeaba ir a París para estudiar Antropología. En aquellos años comenzaba el auge del estructuralismo que estaba cimentando Claude Lévi-Strauss.

Yo estaba interesado en el estudio de los grupos africanos traídos por la fuerza a América Latina y el Caribe. En ese entonces, el teórico y más reconocido estudioso del tema era Roger Bastide, quien aceptó ser mi asesor de tesis en Francia, donde ya estaba instalada toda la diáspora revolucionaria de Latinoamérica. No me sentí a gusto en aquel ambiente lleno de sobresaltos y dificultades. En aquellas circunstancias, lo que menos podía hacerse era estudiar.

Estando en París, me escribió mi amigo Marcio Veloz Maggiolo (escritor y arqueólogo) diciéndome que había un programa de maestría en Antropología en México. Reflexioné que, de quedarme a estudiar en Francia, corría el riesgo de convertirme en un pedante estructuralista francés y alejarme de la problemática latinoamericana. Era una exageración. Lo cierto es que me convencí de que lo mejor era solicitar el ingreso a esa maestría mexicana que impulsaban

Guillermo Bonfil Batalla y Arturo Warman. Ahí comencé a estudiar los problemas del campesinado, y tangencialmente de los pueblos indígenas. Entonces los antropólogos estudiaban la cuestión agraria desde la perspectiva de la Revolución Mexicana. Mi trabajo como estudiante y tesista se movió a caballo entre los temas indígenas y la cuestión agraria en México.

GA: En esa década del setenta los campesinos se empezaron a ver como indígenas, como cuando el Primer Congreso Indigenista de San Cristóbal de las Casas de 1974, organizado conjuntamente por el gobierno de Luis Echeverría Álvarez, con su indigenismo integracionista, y la diócesis de San Cristóbal, dirigida por el obispo Samuel Ruiz, partidario de la Teología de la Liberación.

DP: Exacto. En ese momento se inició un giro hacia la problemática étnica. Fue gradual, pues el peso de las visiones economicistas era muy fuerte. Las investigaciones hasta entonces estaban muy centradas en lo campesino, lo que significa que aun cuando se estudiaba a los indígenas era desde la perspectiva de sus características campesinas: la producción, la comercialización, las relaciones asimétricas y cosas similares. Esto es, en el plano económico, dejando de lado la dimensión sociocultural. En esa época empezó el paso desde una visión más o menos economicista hacia una más integral, que incluía una perspectiva de la identidad, de los sistemas tradicionales, que se abordaban de manera secundaria en el período anterior.

Así, en suma, esta fue mi primera formación. Desde el estudio del derecho, pasé en España al estudio de la antropología. Pero mi formación realmente se consolidó en México, con el grupo que impulsó la crítica del viejo indigenismo integracionista, todavía en pleno auge. Era la política del Estado, diseñada para someter a los pueblos indígenas. El grupo que rechazaba el integracionismo fue conocido como los “antropólogos críticos”. A la generación que siguió, de la cual hice parte, nos tocó revisar e impugnar esa antropología crítica.

Para mí era más que evidente que aquella posición “crítica” del indigenismo integracionista era insuficiente, pues sólo ponía en cuestión las prácticas tradicionales, pero no iba al fondo de su complejidad ni veía claramente sus intereses dentro del gobierno. El etnicismo o etnopolitismo, como lo denominamos, se quedaba en la superficie y podía ser una postura apegada al sistema, como terminó ocurriendo.

GA: ¿Quiénes integraban el nuevo grupo crítico?

DP: Recuerdo a Javier Guerrero, Andrés Medina, Gilberto López y Rivas, Eckart Böege y a varios compañeros de la diáspora sudamericana. Yo era de los más jóvenes. Era un grupo cuya característica más notable consistía en su adhesión a una perspectiva marxista que sometía abiertamente a crítica a muchos tópicos de la ortodoxia vigente. Se intentaba aplicar el enfoque a los procesos latinoamericanos. Esto, con el tiempo, fue configurando la nueva propuesta sobre la problemática étnica, la formulación social, política, económica e incluso la solución institucional, que sería el planteamiento de la autonomía. En ese sentido, fuimos pioneros de esta noción socioantropológica y política.

Vimos la peculiaridad del proceso colonial y del proceso del siglo XIX que dividieron a Nicaragua en una Región del Pacífico, principalmente católica y de población blanca, y la Región del Atlántico, habitada por indígenas y grupos identitarios creados en la colonia.

Así, durante aproximadamente una década, en América Latina se discutió esta propuesta de autonomía, en contraposición al indigenismo, por las características de su población predominantemente indígena. Pero el epicentro del debate fue sin duda México, pues el resto de América Latina, en cierto sentido, se había convertido en un páramo debido a las dictaduras.

Con José Luis Najenson, un chileno que ahora está en Israel, que también participaba en el grupo por ahí de principios de los ochenta, y otros profesores iniciamos una especie de seminario abierto que se reunía en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, en la Ciudad de México, y ahí se formó esta corriente autonomista. Algunos llamaron “etnomarxista” a este grupo, y nosotros aceptamos el mote.

Se incluyó el análisis de los trabajos sobre temas étnicos y nacionales de los clásicos marxistas, como Lenin, Rosa Luxemburgo, Antonio Gramsci, etcétera, y el planteamiento estalinista y su crítica. Por ejemplo, algunos decían que el ensayo de Stalin sobre la cuestión nacional era válido, mientras que el sector mayoritario, en el que me incluía, sostenía que la visión de Stalin era rígida y empobrecedora de la sociedad, no permitía construir una visión adecuada de lo étnico-nacional y se prestaba a la manipulación. Veíamos que al hablar de “la autonomía de las Repúblicas”, había dejado de lado la crucial posición

de Lenin, quien decía que no se trataba de reconocer dicha autonomía sólo parcialmente, pues la posición de Stalin no llegaba a reconocer la autodeterminación, el derecho a constituirse como entidad propia e incluso el derecho a separarse.

La importancia del grupo que habíamos formado consistía en caracterizar de nuevo, desde la crítica al indigenismo y el etnicismo, a los pueblos indígenas y en tratar de ver qué proyecto podría encarnar las aspiraciones de esos pueblos. Teníamos que hacer una teoría nueva tomando en cuenta experiencias europeas, latinoamericanas, e incluso las de México, donde en los veinte algunos socialistas habían propuesto hacer algo novedoso, incluso en una perspectiva autonomista, con las experiencias de los pueblos yaqui. De ahí resultó una propuesta autonómica a fines de los setenta y principios de los ochenta.

Pero en esos años triunfó la Revolución Sandinista en Nicaragua que topó, a partir de 1981, con la realidad étnica nicaragüense. Hubo incompreensión mutua y, en consecuencia, un conflicto que escaló hasta el choque armado. Es decir, el dramático desencuentro del gobierno sandinista con los grupos misquitos, sumos, ramas, garífonas y con la población creóle (negra), que ocupaban la costa del Caribe de Nicaragua o Costa Atlántica.

Esos sectores o pueblos, en especial los misquitos, se opusieron a la política sandinista, y estos a su vez decían de aquellos que eran contrarrevolucionarios y proimperialistas. En parte, no dejaban de tener razón los sandinistas. Pero sólo en el sentido de que el gobierno norteamericano intentaba provocar o atizar una disidencia para destruir el proyecto de la Revolución Sandinista. También era cierto que había sectores de los misquitos que estaban aliados con Estados Unidos, pero no era justo verlos sólo como agentes del Departamento de Estado, porque eso implicaba negar que tenían reivindicaciones proautonómicas legítimas y que, en el marco de una revolución, se tenían que atender tales demandas.

En eso estaban cuando, a raíz del conflicto, se radicalizaron aún más los grupos indígenas. El sandinismo, en efecto, no reconoció esas demandas e incluso mandó a las fuerzas armadas contra algunas aldeas, lo que significó la creación de dos frentes contrarios al gobierno: el Frente Somocista –conocido como la *contra*–, y la rebelión armada de los misquitos y otros grupos contra el gobierno sandinista. La situación se fue complicando hasta identificar, erróneamente, como *contras* a ambos grupos.

En esa situación llegamos a Nicaragua invitados por el gobierno sandinista, en 1984, a hacer el balance de este problema y a hacer recomendaciones. Eso abrió nuevas posibilidades políticas y

científicas. Pudimos en efecto aplicar nuevas metodologías, como estudios de tipo regional para analizar las fuerzas en presencia. Vimos la peculiaridad del proceso colonial y del proceso del siglo XIX que dividieron a Nicaragua en una Región del Pacífico, principalmente católica y de población blanca, y la Región del Atlántico, habitada por indígenas y grupos identitarios creados en la colonia (como los creóles), que ya habían logrado una identidad propia.

Eso había que entenderlo, pues la Revolución Sandinista se había originado del lado del Pacífico y tenía poca experiencia con los indígenas (lo que, por cierto, contrastaba con la experiencia del propio Sandino) y por lo tanto dejó de lado la cuestión étnica, de las identidades, cuando se trataba de la mitad de la población del país.

Así fue nuestro trabajo en este contexto histórico, con estas fuerzas diferentes, para ver si estos indígenas eran *contras*. Nuestra conclusión fue que no eran tales. Que era un movimiento legítimo y que en el punto central no existía incompatibilidad con el proyecto revolucionario, de modo que de lo que se trataba era de encontrar la plataforma común a partir de la cual la lucha indígena fuera parte de la lucha revolucionaria sandinista. Esa plataforma era la autonomía.

A partir de esta experiencia pudimos perfeccionar el proyecto autonómico, ver los campos insuficientemente desarrollados, las tesis descartables, y desarrollar nueva metodología. De ahí surge esta propuesta de “autonomía regional” que, a diferencia de la anterior, que ponía énfasis en la escala comunal, ahora se ubicaba a escala regional, sin descartar los demás niveles.

Finalmente, el trabajo realizado coadyuvó en definir un programa de autonomía que sería parte de la definición constitucional de Nicaragua, vigente hasta hoy. De ese pacto surgió un sistema de control de los pueblos y comunidades étnicas sobre sus territorios y recursos, etcétera. La autonomía no era ya sólo una propuesta, sino un proyecto sociopolítico con posibilidades de realización en un proceso nacional.

Así en 1987 se logró una constitución aprobada por la Asamblea nicaragüense, que es como se llama al Congreso de Nicaragua, que incluyó los principios y derechos autonómicos. Al año siguiente se aprobó la Ley 28, que es el Estatuto de Autonomía de los pueblos indígenas y comunidades étnicas de Nicaragua, que luego sirvió como plataforma para la construcción institucional. En 1990, se eligieron e instalaron los consejos de gobierno regional en la Costa Atlántica, en sendas regiones con territorio claramente definidos.

En América Latina la autonomía se inició con los peores auspicios. O sea, con un régimen neoliberal que reemplazó en el poder al sandinismo (exactamente en los mismos comicios de 1990 en que se

eligieron también las autoridades de las regiones autónomas) y que externó su rechazo a la autonomía regional. Por ese entonces, la derecha nicaragüense hablaba, por ejemplo, de “la piñata”, como llamaba al reparto de bienes de ex somocistas, y decía que la más grande “piñata” había sido la Costa Atlántica, por haber reconocido la autonomía a los pueblos y haberle devuelto el control sobre sus bienes colectivos.

Luego vinieron otras experiencias, como la lucha revolucionaria en Guatemala en los ochenta. En particular, en ese proceso, con miembros de varias organizaciones enmarcadas en la Unión Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG), que buscaban implantar la autonomía de los pueblos indígenas. Ahí tomé contacto con Rigoberta Menchú y con otros exiliados guatemaltecos que llegaron a México. Se realizaron muchas tareas dentro y fuera de Guatemala, que no viene al caso detallar aquí, y ese proceso de debate y búsqueda autonomista aportó también su grano de arena para el perfeccionamiento del enfoque autonomista.

En Ecuador, en 1990, se realizó el Primer Encuentro Internacional Indígena, que se definió así por primera vez, y se suscribió la “Declaración de Quito”, que recogía la experiencia del levantamiento indígena de aquel año y proclamaba abiertamente su adhesión a un programa netamente autonomista. Y luego, años más tarde, se sucedieron, por ejemplo, las luchas de los mapuches, de los pueblos indios colombianos y el vigoroso proceso boliviano. Cada uno de ellos aportó lo suyo.

Estuve también en la última experiencia constituyente boliviana, en la que la propuesta era caracterizar la cuestión de los pueblos indígenas de los altos y las tierras bajas en la nueva constitución de forma más amplia y profunda que lo que se logró alcanzar en Nicaragua, pues ella permeaba todos los aspectos constitutivos en juego.

GA: Háblanos antes un poco de los acuerdos de San Andrés.

DP: La movilización reciente de los pueblos indígenas dibuja una secuencia que va desde la rebelión armada de los pueblos en Nicaragua, pasando por el ciclo de levantamientos en Ecuador (iniciado en 1990) que derribó varios presidentes, hasta la movilización en 1992 en ocasión del llamado 5º Centenario de la conquista española. Todo ello alcanzó una cima en 1994, con el levantamiento del EZLN en Chiapas, y obtuvo frutos notables en Bolivia con la nueva constitución del Estado. También en otros países apareció un movimiento autonomista más allá de lo académico, y en México surgió ya no sometido por el régimen priísta.

Ese 1992 marcaba el rechazo a lo que se celebraba como una epifanía, pero que los indígenas condenaron como un genocidio. En ese marco, los 500 años de resistencia incluyen primero solo a lo indígena, después agregan lo popular, y al final se habían convertido en movimiento indígena, negro y popular.

Luego, en 1994 irrumpe el levantamiento zapatista, con un proyecto nacional no lejano a proyectos anteriores, pero que en el curso de los meses siguientes se orienta hacia un movimiento autonómico, que era el que se había desarrollado durante el mismo proceso con cinco asambleas indígenas que habían constituido la Asamblea

“Cambiar el mundo sin tomar el poder”, a mi juicio, es un concepto que idealiza el solo momento de la resistencia y de la protesta, que, aunque esenciales, no bastan.

Nacional Indígena por la Autonomía (ANIPA) y se habían reunido en el Distrito Federal, luego en Oaxaca, después en territorio yaqui, posteriormente en Oaxaca y por último en Chiapas, con el movimiento revolucionario ya en curso. Ese planteamiento de la autonomía, en sus líneas centrales, es el que adoptan los zapatistas, no sólo el EZLN, sino el movimiento indígena que se adhiere al autonomismo y al neozapatismo chiapaneco.

Esta propuesta autonómica estuvo expuesta en los Acuerdos de San Andrés, pero no fue un triunfo total. Primero, porque aunque se lograron establecer poderes claros a nivel comunal, con lo cual las formas de gobiernos quedaron establecidas en el mismo nivel con obligaciones y derechos, la delegación gubernamental se negó en cambio a aceptar el carácter territorial, pues eso es otro nivel jurisdiccional. Pero al menos, por primera vez apareció en el artículo 2º el derecho a la autodeterminación y a la autonomía de los indígenas, aunque allí mismo se establecen candados que terminan por anular el sentido mismo de esos derechos.

Durante el proceso de negociación de los Acuerdos de San Andrés fui asesor del EZLN y fui uno de los pocos que estuvo presente en sus tres fases. A fin de cuentas tampoco se logró la autonomía comunal, que nosotros aceptábamos, pero pensando que si no se incluía

en un marco regional, tendría poco efecto en la transformación social favorable para los pueblos. El gobierno maniobró para que la autonomía quedara completamente diluida. No se logró lo que se preveía.

GA: Esto nos lleva a tus libros sobre el concepto de autonomía. Excluyes la sostenibilidad de la autonomía de municipios aislados y muchas veces pobrísimos, como lo has hecho siempre en tus debates con ciertas posiciones zapatistas. ¿Puede construirse realmente la autonomía en territorios exiguos, con recursos muy limitados, poblados sólo por indígenas y aislados del resto del país, como en las zonas zapatistas de Chiapas? ¿O dichas poblaciones, al comenzar a construir su autonomía, deben plantear en cambio, programáticamente, su extensión a toda la región de la que forman parte y al país mismo, como un derecho democrático esencial de toda la población, indígena, mestiza o blanca, urbana o rural?

DP: En efecto, tanto en mi asesoramiento a la ANIPA como en mi libro sobre autonomía y zapatismo, así como en mi intervención anterior en Nicaragua y la posterior en Bolivia, pienso que la autonomía sólo en el municipio o la comunidad o en un número reducido de ellas tendría efectos limitados. Para planificar mínimamente la utilización de los recursos –como el uso del agua de un mismo arroyo o río por varias comunidades, la eliminación de los residuos o, en fin, las propuestas descolonizadoras en materia social, económica y política– y para brindar servicios esenciales de salud, de educación, de transporte y otros semejantes, es necesario, por lo menos, una autonomía a escala regional, que pueda dar la base para construir desde abajo otro proyecto de país democrático y autogestionario. La autonomía a escala regional es una pieza estratégica, pero no excluye, sino que da consistencia vital a las autonomías en las demás escalas comunal, municipal, etcétera.

GA: En su interesante prólogo a uno de tus últimos libros (*Elogio de la diversidad*), el sociólogo cubano Julio César Guanche destaca, en otros importantes conceptos tuyos, tu idea de “tomar el mundo para cambiar el poder”, es decir, de construir a la vez poder alternativo y conciencia anticapitalista en las luchas sociales y democráticas para que el proceso mismo dé origen a relaciones de fuerzas tales que dificulten mucho la burocratización, el caudillismo, la separación entre “dirigentes” y “dirigidos”, y haga realmente posible el mandar obedeciendo, la construcción de la igualdad y la agonía del tipo de Estado capitalista, con o sin burguesía...

DP: “Cambiar el mundo sin tomar el poder”, a mi juicio, es un concepto que idealiza el solo momento de la resistencia y de la protesta, que, aunque esenciales, no bastan; implica el voluntarismo y presupone que un puñado de gente tiene ya decidido cómo será la sociedad futura. “Tomar el mundo para cambiar el poder”, en cambio, incita a la acción concreta para construir consenso y hegemonía, transformar el poder y eventualmente disolverlo tal y como lo conocemos. Debe ser construido colectivamente, en un proceso de luchas y es imprevisible salvo en líneas muy generales. El poder regional autonómico y las experiencias de autogestión son también las bases para la construcción de otro tipo democrático de relaciones estatales y administrativas, y para cambiar positivamente al sujeto colectivo del cambio.

GA: Una última pregunta. En *Elogio de la diversidad* ajustas cuentas teóricas con el liberalismo de Kant, de Rawls, con el multiculturalismo, que es utilizado por el capital contra los pueblos indígenas. Pero también previenes contra los peligros de una visión esencialista de dichos pueblos y contra la tendencia en sectores de la izquierda, que rechazan la universalidad de los conceptos liberales, a generalizar como “modelo” mundial determinadas visiones culturales de algunos pueblos indígenas, precisamente en un momento en que la mundialización coloca a los mismos ante grandes transformaciones económicas, sociales y culturales.

DP: Lo has sintetizado muy bien. Creo, en efecto, que el liberalismo excluyente, universalista e intolerante es una visión que debemos criticar a fondo. Pero debemos evitar al mismo tiempo incurrir en el relativismo fácil, en el particularismo estéril. Lo que propongo es que, justamente a partir de la particularidad que la lucha descubre como un contenido fértil, se propongan “universalizaciones” liberadoras para todos, sin visiones esencialistas. Esto requiere una visión crítica respecto al universalismo interesado de factura liberal, pero también respecto al relativismo etnicista que ve las culturas indígenas como entes invariables y supuestas depositarias de valores que pueden, sin más, ser generalizados. En realidad, el universo indígena ha cambiado históricamente con el cambio del mundo. Y de lo que se trata es de definir, a partir de la lucha, qué cambio de rumbo queremos simultáneamente para uno y para otro, porque son y han sido siempre una unidad en constante transformación.



PERSPECTIVAS



Por qué no Habermas: del engaño liberal a la democracia radical

Ricardo Sanín Restrepo

Resumen

Este artículo denuncia y expone las falacias de la teoría dialógica de Habermas como una fórmula para aniquilar el conflicto y la diferencia como constituciones esenciales de lo político, y regresar por la puerta de atrás a una imposición ciega de la razón como el nombre disfrazado del liberalismo occidental. Se demostrará que la síntesis entre el liberalismo y la democracia, y el poder constituyente y el constituido no sólo es imposible, sino además una maniobra ideológica que conduce a la homogeneización y la desaparición de la política. El propósito será entonces definir que la instancia de lo político y de la subjetividad política solamente se puede encontrar en una teoría política y

Abstract

This article exposes the fallacies imbedded in Habermas' dialogical theory as a way of obliterating conflict and difference as the core of politics, thus establishing a side track for the imposition of reason as the hidden name for Western liberalism. It will be shown that the project of synthesis between liberalism and democracy; and of constituent and constituted powers is not only impossible but an ideological spin that leads to homogenization and the annihilation of politics. Hence, I offer that the only authentic instance of the political and of political subjectivity can only be found in a political and normative theory that unties these knots and takes popular sovereignty at its face value.

CvE

Año IV
Nº 8
Segundo
Semestre
2012

normativa que desate estos nudos y
que tome la democracia en su valor
más radical y preciso.

Ricardo Sanín Restrepo

Miembro del Grupo de Investigación en
Teoría Jurídica y Teoría Política,
Facultad de Ciencias Jurídicas,
Universidad Javeriana.

*Member of the Research Group on Legal
Theory and Political Theory,
Faculty of Law, Universidad Javeriana.*

Palabras clave

1| Teoría dialógica 2| Democracia radical 3| Fenomenología de la cultura
4| Formas simbólicas 5| Agonismo 6| Conflicto 7| Multiculturalismo 8| Pueblo

Keywords

1| *Dialogical theory* 2| *Radical democracy* 3| *Phenomenology of culture* 4| *Symbolic forms* 5| *Agonism* 6| *Conflict* 7| *Multiculturalism* 8| *The People*

Cómo citar este artículo [Norma ISO 690]

SANÍN RESTREPO, Ricardo. Por qué no Habermas: del engaño liberal a la
democracia radical. *Crítica y Emancipación*, (8): 67-90, segundo semestre de 2012.

Por qué no Habermas: del engaño liberal a la democracia radical

CyE
Año IV
Nº 8
Segundo
Semestre
2012

Introducción

La pregunta es sencilla: ¿puede realmente una constitución inmersa en un intenso proyecto de globalización capitalista transformar una sociedad política nacional? Claramente la cuestión está dirigida a una generación que ha depositado toda su confianza en el derecho como herramienta primordial para lograr una auténtica justicia social, y que, de hecho, tiene entre sus manos logros significativos para seguir confiando en él. Sin embargo, ¿son estos triunfos duraderos? ¿Puede una constitución alterar los gigantescos equilibrios de poder mundial y los intereses que los determinan? ¿Cuál es la relación entre un capitalismo de casino, mundializado, desregulado, depredador, y las luchas locales por la equidad social? Por ejemplo, y ya esta pregunta es agónica: ¿puede la constitución pararse de frente ante el Consenso de Washington? ¿Ante un sistema jurídico de escala planetaria como el determinado desde la OMC y el Consejo de Seguridad de la ONU? Parece un fósforo prendido en una tormenta eléctrica. La sonrisa de un niño a punto de calcinarse en medio de las bombas inteligentes. Bombas de Wall Street, bombas atómicas, bombas de la colonialidad.

Estamos lidiando con dos discursos divergentes; de un lado, un esfuerzo titánico y sincero para concretar las promesas envueltas en una constitución nacional, por lograr mediante una combinación de estrategias de litigio y de activismo judicial los principios de igualdad y justicia social que encierra la constitución, todo dentro de un sistema definido de procesos, normas y conjuros legales. Pero este esfuerzo se estrella de frente con el mundo como campo minado, donde estos discursos ya fueron destruidos por unas prácticas contundentes y despiadadas, por un sistema financiero inconmensurable que define lo jurídico como su apéndice preformativo, donde las grandes corporaciones deshacen el derecho nacional e internacional desbordadas hacia la implantación total y sin concesiones de la libertad de mercado.

En fin, ¿cuántas acciones de amparo se necesitan para frenar el capitalismo? ¿Qué más oscurantismo que creer que la palabra

(de la constitución) es el mensaje? ¿Qué más narcisismo y desvarío infantil que creer que nueve personas interpretando un texto sagrado local cambiarán una realidad poseída por un sistema que se edifica en la codicia? Por supuesto, el mensaje es que la lucha por la justicia social debe continuar; la pregunta es acerca de la capacidad que posee un discurso constitucional nacional para concretarla.

En contravía del liberalismo

Creo que la respuesta a este interrogante se encuentra en una dirección teórica minoritaria en nuestro ambiente jurídico doméstico, que radica esencialmente en tomarse la democracia en serio, en su aspecto constitutivo y más radical, es decir, la democracia como lugar abierto al conflicto, cuyo esquema ético primordial sea el pueblo como protagonista de lo político. Por eso, y sin entrar en gran detalle sobre las diversas facetas teóricas que actualmente definen la democracia, resulta importante destacar que el funcionamiento de nuestra jurisprudencia y doctrina está imbuido casi por completo en una visión teórica hegemónica hoy en el mundo; me refiero a la democracia como deliberación, específicamente la vertiente de vena habermasiana. Nuestra élite jurídica ha optado por un amasijo entre la teoría dialógica o de deliberación y el llamado neoconstitucionalismo, que en su aspecto social más relevante no es sino un espejo de la anterior. Si bien en este artículo no tocaré los aspectos centrales del neoconstitucionalismo, sí creo urgente someter a una profunda crítica el modelo teórico imperante de la democracia, que es la democracia como un proceso deliberativo dentro de una comunidad dialógica que concreta un consenso racional, o, en pocas palabras, la teoría dialógica de Jürgen Habermas (1996a, 1998). Con toda sinceridad, considero que la teoría dialógica es tan desencajada y absurda para nuestra realidad política colonial y marginal que, de no ser porque goza de un inmenso prestigio global, no merecería tenerse en cuenta. Pero son precisamente ese prestigio global y su intensa aplicación en nuestras prácticas políticas y legales los que nos deberían alarmar y servir como primer rastro de sospecha sobre su sustrato ideológico particular, que el mismo Habermas anuncia con increíble arrogancia cuando afirma que el primer mundo (Occidente) debería servir como meridiano del presente, como medida de todos los demás mundos, que deberían someter sus avances y desarrollos a la regla de éste (Habermas, 1995). Luego de desenmascarar la teoría deliberativa, intentaré, brevemente, poner sobre la mesa una visión alterna sobre la democracia.

Teoría deliberativa y sus componentes

Habermas pretende como esfuerzo fundamental conciliar los dos extremos en tensión de las democracias liberales: de un lado, la versión predominante de la democracia en nuestra época, el liberalismo, que podemos definir a grandes rasgos a partir de un eje axiomático que articula Estado constitucional de derecho y su subsecuente definición judicial, defensa de los derechos humanos, división de las ramas del poder público, y del otro libertad individual proyectada a la propiedad privada y a la libertad de mercado, lo que Constant llamaba la democracia de los antiguos, es decir, la democracia como igualdad y soberanía popu-

CyE

Año IV
Nº 8
Segundo
Semestre
2012

*¿Cuántas acciones de amparo
se necesitan para frenar el
capitalismo?*

lar (Habermas, 1995: 112). Puesto en una cápsula, se trata de conciliar los extremos en conflicto, libertad e igualdad por un lado, y derechos humanos y soberanía popular por otro, donde Habermas identifica el obstáculo más peligroso que se debe superar para poder finalmente concretar una auténtica democracia liberal (Habermas, 1996a: 24).

Esquema básico de la razón deliberativa

Para autores como Amartya Sen, resulta evidente que existe una línea histórica directa en Occidente, un afán permanente, casi desesperado, que identifica con lo que llama *teorías institucionales trascendentes*, constante que se puede rastrear desde Hobbes, pasando por Locke y Kant, hasta llegar a su renacer en autores como Rawls, Nozick, Dworkin y Habermas, es decir, que es netamente moderna (Sen, 2009: i-viii). Lo que distingue a este institucionalismo trascendente es la necesidad de reducir la divergencia, la multiplicidad del mundo, a partir de su colapso a la unidad, edificando instituciones justas. Es la ciencia para curar el mundo, para aplacar la naturaleza, la primera y más temible naturaleza, la humana. Una ciencia del derecho para contener la geografía desmesurada de las pasiones humanas y someter al uno, el Estado, la inmensa multiplicidad de mundos nuevos que, como el nuestro americano, asoman su lado oscuro, “salvajismo”, como permanente

amenaza de destrucción de la nueva arquitectura geométrica europea. Se trata, al final, de enjear la diversidad para poder amaestrarla como campos subordinados de la razón; de reducir la abundancia, el desorden, la multiplicidad a la armonía y la unidad, pero tras esta armonía se esconde la exclusión como consecuencia de un proyecto ideológico de homogeneización cultural y política. Un gigante con garras de acero que aniquila la diferencia.

El primer paso del institucionalismo trascendente consiste en observar un modelo de justicia perfecto –claramente ese modelo de justicia es otro nombre del liberalismo–, que identifica la naturaleza de lo justo con lo racional en términos científicos. A partir del modelo nacen, como de un útero virginal, las instituciones que conducen lógicamente a la obtención de los valores matrices que aplican en todo tiempo y lugar, independientemente de la sociedad a la que conciernen. Así, más bien, lo social es su efecto, su consecuencia primaria, la sociedad que nace de la perfección del arreglo institucional es entonces una sociedad perfecta (Sen, 2009: 14-20). El contractualismo, en sus diversas versiones, se funda en una aspiración común: ser la respuesta al caos que reinaría en una sociedad libre. El resultado ha sido el desarrollo incesante de teorías de la justicia que se centran en la identificación trascendental de instituciones ideales.

La similitud entre teorías diversas como las de Rawls y Habermas es la imperiosa necesidad de la existencia de un procedimiento que anule el conflicto entre diferentes puntos de vista, que aplaque hasta hacer desaparecer la violencia propia de la conflictividad de la diferencia, un procedimiento neutral con respecto a cualquier tipología de valores, un método para alcanzar decisiones públicas que conduce necesariamente a un consenso que, al ser alcanzado de manera racional, se ve blindado entonces por una moralidad totalizante, inexorable e indiscutible. A esto se refiere Habermas precisamente cuando afirma la necesidad de moralizar la política ahuyentando el fantasma de la “razón instrumental” (Mouffe, 2000: 90).

Como tributario de dicha tradición, Habermas ha construido su teoría de la deliberación. El núcleo duro de la teoría se dirige a establecer un consenso racional basado en principios universales; de este modo, a través de una deliberación racional se puede alcanzar una decisión unánime que refleje plenamente el interés de todos (Habermas, 1998). El reclamo del modelo deliberativo sobre la necesidad de recuperar el aspecto moral de la democracia depende plenamente de la utilización a rajatabla del procedimiento; de este modo, un consenso es clasificado como moral cuando obedece plenamente a las pautas del proceso.

Lo importante para el funcionamiento correcto del proceso es que los participantes abandonen sus intereses particulares para que su discurso pueda coincidir con el “ser” racional universal (Habermas, 1996b), objetividad que funciona como índice inseparable de la formación de un consenso racional. Ahora bien, el consenso debe ser dado entre personas racionales o, en sus términos, razonables (Habermas, 1995; 1998).

El modelo deliberativo, como estructura, intenta cerrar la brecha entre racionalidad y legitimidad cuando define reglas generales de acción y arreglos institucionales cuya validez depende íntegramente de que las consecuencias que se deriven de su aplicación sean aceptadas por todos los partícipes del diálogo. Los requisitos del diálogo son apertura, transparencia, igualdad, no coerción y unanimidad. El propósito, además del consenso, es concretar nuestro *ser racional* dentro del discurso, es decir, la epifanía del discurso es que hallemos al final del túnel nuestro ser racional, sin fisuras y en perfecta unanimidad con los otros seres de la misma especie racional.

Racionalidad y objetividad como eliminación de lo político

Hoy vivimos un mundo narrado desde el epicentro del capitalismo liberal, que consiste en la desaparición de líneas ideológicas; un mundo postpolítico cuya agonía depende de la puesta en marcha de soluciones técnicas prefabricadas en el cerebro de un liberalismo autónomo y liberado de odiosas particularidades y disensos políticos.

El primer y mayúsculo defecto de la teoría dialógica es que destierra el conflicto como elemento constitutivo de la política (Mouffe, 2000). Pero el derecho como despolitización del conflicto es la operación constante en Occidente; desde la escolástica, pasando por la colonización y la ilustración hasta llegar al multiculturalismo posmoderno, su función ha sido sujetar el conflicto a intensas zonas de codificación, para luego reducirlo a un problema de simple tolerancia cultural, algo “dado” insuperable, donde la diferencia y la asimetría no son tratadas como problemas de inequidad, injusticia u opresión (Žižek, 2001), sino como normalizaciones controladas por superesquemas como el modelo deliberativo habermasiano.

La eliminación del antagonismo y del conflicto no es un efecto colateral de la teoría dialógica; por el contrario, es su aspiración máxima. Para la teoría deliberativa, una sociedad bien ordenada es aquella donde la política como conflicto ha sido eliminada; las disonancias entre individuos concernientes a concepciones religiosas drásticas, por ejemplo, deberán ser relegadas al ámbito privado, cuando no íntimo, para no perturbar el “discurso ideal” (Habermas, 1998).

Los conflictos acerca de la ordenación social o económica que surjan serán resueltos pacíficamente a partir de la aplicación del marco trascendente de la discusión pública, que se da invocando los principios discursivos que todos aceptamos (Mouffe, 2000: 82) y, créanlo o no, no estamos hablando de *1984* de Orwell, sino de la teoría democrática prevalente en el mundo. Pues bien, lo irónico es que si yo disiento del consenso o del procedimiento, la respuesta de la democracia es que mi error está ubicado en el nivel lógico; significa que soy irracional y debo ser reconducido por los cauces de la razón, lo cual en términos políticos agonistas implica que verdades como la opresión, la discriminación o el racismo son tenidas en cuenta sólo si se pueden articular como unidades racionales por dentro de una normatividad preestablecida y, por consiguiente, apolítica. Como veremos más adelante, el conflicto y el antagonismo son los presupuestos *sine quibus non* para la existencia de la política, y la única política que asume el conflicto y el antagonismo como su fundamento es la democracia.

Retirada la capa insidiosa de la eliminación del conflicto, la teoría dialógica presupone un orden sistemático o un *adentro*, donde todos estamos incluidos, lo cual no significa otra cosa que la anulación del pluralismo en su nombre, o una versión flácida de pluralismo sin antagonismo, donde debemos renunciar a las diferencias para que subsista el diálogo libre e imparcial, donde *transparente* implica la aniquilación misma del antagonismo. Pero es una anulación falsa, que funciona en el nivel empírico pero no en el simbólico. Se trata de una monumental ficción donde el mundo predialógico, el mundo real, está plagado de abismos relacionales y sociales, de tradiciones en contrapunto bélico, de gigantescas asimetrías económicas y zonas de exclusión racial. Sin embargo, para entrar en la mansión del diálogo, ese mundo debe abandonar en el umbral su insatisfacción y su malestar, sus luchas y derrotas, todo para alcanzar un diálogo desideologizado y sin antagonismos, lo que resulta en un desplazamiento fraudulento de lo político a una zona de no-ser, de la no-acción, donde la concurrencia de razón y situación ideal del discurso se encargan de suprimir lo político como la zona de máxima intensidad del discurso. Habermas toma un sujeto ya definido y formado, un individuo cosechado por fuera de la sociedad como un autómatas que domina el lenguaje antes que el lenguaje sea siquiera social, parte del punto simulado según el cual el sujeto ya está fabricado para la acción política, ya viene predeterminado; en otras palabras, el momento político es un trasfondo que ya fue y dejó de existir (Mouffe, 2000: 93).

Siguiendo a autores como Derrida (1994) y Mouffe y Laclau (1985), es preciso saber que toda objetividad social es ya producto de

un acto previo de poder que funciona como una línea exclusionaria, que define un adentro y un afuera donde toda identidad es contingente a esa decisión primera. La objetividad o lo objetivo solamente pueden provenir de un acto de poder que es definido en el lenguaje; ese acto de poder es la decisión sobre lo indecible, y esa decisión es por tanto 100% política, un acto de valoración que no posee más marco trascendente que la violencia en su forma más pura. De allí que podamos contestar sin hesitación alguna que existe una usurpación del poder constituyente y, por tanto, un borramiento de la democracia cuando la teoría dialógica afirma que la objetividad social es neutra, que es

***Se trata de enjear la diversidad
para amaestrarla como campos
subordinados de la razón.***

consecuencia lógica del cumplimiento de un proceso racional que conduce a un consenso. Si la democracia en su sustrato más radical es el poder del pueblo para decidir sobre el poder mismo, hay en la teoría dialógica una substracción evidente de este poder, pues no sólo lo despolitiza, sino que lo traslada a otro momento cuya configuración no es democrática: el momento de decisión sobre qué cuenta como discurso ideal y qué cuenta como principios que deben conducir dicho discurso es una decisión política como jamás verán alguna, pues no sólo define los principios, sino que determina desde una exterioridad política y supuestamente objetiva quién cuenta como parte del pueblo, donde el pueblo depende de la racionalidad de sus miembros y de su inclusión desde afuera y no de su decisión primera.

Pues bien, para Habermas el consenso debe ser dado entre personas racionales o razonables, pero dentro de su propia configuración lógica. Sólo cuenta como persona razonable quien adhiera desde el inicio a los fundamentos del liberalismo (Habermas, 1998), lo que produce que la teoría sufra de una patología especial de circularidad y esto la haga extremadamente excluyente. La diferencia entre razonable y no razonable es entonces una línea de demarcación excluyente y, por tanto, íntima al ejercicio del poder político y no un simple requerimiento empírico. En términos netamente lógicos, el consenso

alcanzado es correcto sí y sólo sí se aceptan las premisas reducidas del liberalismo como idea regulativa, como esquema que controla internamente la diversidad de posibilidades atadas a un desenlace. Se trata entonces de formalismo en su sentido más lato, que se despliega en algo como esto: el consenso, para que sea moralmente válido, debe seguir un proceso que está basado en unos principios como idea regulativa, y sólo se puede alcanzar mediante la intervención de dialogantes razonables, pero cuenta como razonable quien se adhiera desde el principio a la validez de la idea regulativa del proceso, aunque ésta es simplemente la cara enmascarada del liberalismo, pues si no se suscriben sus valores, el proceso y el consenso carecen de sentido, ya que serían irrazonables.

En conclusión, la irracionalidad para Habermas significa todo lo que es diferente, reduce a una sola forma simbólica todas las constelaciones de creatividad e imaginación política y cultural que no sean liberales (Lindahl, 2010: 8). Su objetivo es establecer un vínculo que amarre los principios liberales a la democracia encontrando un consenso que satisfaga tanto la racionalidad, entendida como los valores liberales, y la legitimidad, comprendida como soberanía popular (Mouffe, 2000: 87), pero termina subyugando la soberanía popular a la racionalidad como su simple apéndice, o mejor, estableciendo que el requisito fundamental de la soberanía popular es la racionalidad. Cuando identifica una cosa con la otra, además de ser un gesto lógico imposible, degrada la soberanía popular hasta hacerla inexistente.

Igualdad y consenso como erradicación de la democracia

La otra tensión radical que trata de superar Habermas es la disonancia entre una forma particular de libertad, la libertad del liberalismo condensada en la propiedad privada de la tradición kantiana de los derechos naturales como pertenecientes a un sujeto autónomo que se fabrica fuera de lo social, con la igualdad como aspiración de la democracia radical y basada en la soberanía popular.

Nuevamente, los elementos que para Habermas garantizan la igualdad son tanto los principios que debe concretar la situación ideal del diálogo como sus condiciones (transparencia, imparcialidad, etcétera). Pongámoslo de una manera familiar. La constitución de 1991 concreta el valor de la igualdad como valor y principio en una fórmula clásica: “todos somos iguales”. La condición constitucional no altera de manera alguna las inequidades que históricamente han persistido y que definen nuestra realidad social; de este modo, la igualdad aplica para el terrateniente y el desposeído, el magnate transnacional y el desplazado en idénticas condiciones, como una condición de arranque, como igualdad de oportunidades, dentro de oportunidades

inalteradas históricamente, lo cual es inequitativo, y sus subproductos, como la misma igualdad de oportunidades, carecen de sentido, pues la constitución no ha deshecho la desigualdad histórica que permanece y puede antes bien intensificarse con la cláusula. Por lo tanto, el hecho de la igualdad racional o de razonabilidad no elimina las asimetrías sociales y económicas, que antes bien suprimen como condición de la idealidad del discurso. Claro, se puede contestar desde el constitucionalismo tradicional que esa igualdad es una aspiración y que junto con el ejercicio de otras cláusulas constitucionales fija un derrotero para Estado y sociedad; eso es claro y es un argumento válido para otras discusiones. Sin embargo, tensiones internas, como por ejemplo entre el derecho a la igualdad y la fuerza de tracción de instituciones libertarias expandidas por todo el cuerpo de la constitución (libertad privada, etcétera), jamás podrán ser resueltas presuponiendo la simetría y erradicando el conflicto, sino todo lo contrario, asumiendo la realidad de las asimetrías, los usos del derecho que pretenden ahondarlas o contenerlas y asumiendo que el conflicto es la partícula elemental de lo político.

Precisamente lo que pretende hacer la teoría dialógica es anular ficticiamente las asimetrías y el conflicto, trazando un punto cartesiano cero donde lo histórico se desvanece y es absorbido por presunciones de igualdad y simetría entre los dialogantes como condiciones que realmente no existen, en un mundo en el que el conflicto no ha sido erradicado, sino que, antes bien, se intensifica. Lo que logra este giro dialógico es que problemas densamente políticos como la desigualdad y las asimetrías sociales se aborden por fuera de su contenido político, como meras formas del discurso, donde por arte de magia la desigualdad ha desaparecido. Con esto se acentúan y se profundizan los problemas de desigualdad, pues no pueden ser integrados al discurso como conflictos de opresión y exclusión, sino como teoremas dentro de un estadio falaz de igualdad discursiva. Como veremos, el efecto que tiene la negación dialógica es que cuando los problemas como la desigualdad social broten con toda su carga explosiva, lo hagan por fuera de lo normativo, como violencia insensata, como lo Real incontenible, como actos de terror que no pueden ser involucrados al diálogo, y por tanto sólo se pueden contestar con terror. Esta negación fundamental de la teoría dialógica no sólo frustra la posibilidad de oposición a la opresión y a la desigualdad, sino que, peor, la traslada a un ámbito no normativo donde estalla como las formas modernas del terror.

El problema de la teoría dialógica es precisamente que da por sentada la imparcialidad como comienzo del momento político (Habermas 1998: 146), cuando ciertamente en el acto de aspirar a la imparcialidad y el consenso es donde se evidencia el antagonismo y

por ende la creación y el proyecto de lo político, esencialmente en una democracia. Lo que Habermas defiende como pluralismo y apertura en su teoría están confinados exclusivamente a que no haya fronteras a los límites de los contenidos sobre los cuales se puede deliberar. El único límite está establecido por los constreñimientos de lo que significa una *situación ideal del discurso* que automáticamente eliminará las posiciones que no se inscriban dentro del acuerdo moral de los participantes (Mouffe, 2000: 97). La imparcialidad cuando meramente se *supone* constituye un elemento regulador, es decir, no es discutible y por tanto se convierte en un elemento metadiscursivo, con lo cual se inhibe su sustrato político, es una base por fuera de discusión y, al no ser creada políticamente, no admite ninguna intervención posterior sobre bases de validez o legitimidad (Lindahl, 2010). La democracia radical comienza un paso bastante anterior, la preocupación no es cómo deliberan sujetos libres e iguales en una situación ideal del discurso, sino cómo se puede llegar a discutir sobre la libertad y la igualdad en realidades antagónicas y desiguales. Nuevamente, lo que se evidencia es que el racionalismo se brinca una etapa fundamental, la de la formación de sujetos políticos, que debe darse a través de su propia acción política, e invierte la política para frustrarla (Mouffe, 2000: 98).

El primer requisito de un verdadero diálogo debe ser presuponer la asimetría y la parcialidad, si no, la historia particular de los dialogantes es ecualizada de una manera artificiosa, y es aquí donde podemos concluir que la gran preocupación subyacente de Habermas es forzar fraudulentamente la decisión de unos pocos, de una élite, en nombre de la colectividad, del común. Se trata así de una usurpación del espacio colectivo.

La razón dialógica y la opción ideológica del lenguaje

Otra faceta de incompletitud de la teoría dialógica la explora la filósofa belga Chantal Mouffe en su obra *La paradoja democrática*. Allí demuestra la fragilidad de los postulados analíticos de neutralidad del proceso en Habermas. Mouffe afirma que no es posible derivar postulados morales neutros de una filosofía del lenguaje, ya que no existe nada en la naturaleza del lenguaje que permita establecer, ante cualquier auditorio, en cualquier tiempo, la superioridad de la democracia liberal (Mouffe, 2000: 72-87).

Siguiendo al Wittgenstein de las *investigaciones filosóficas*, Mouffe acierta al demostrar que para que exista un acuerdo en las opiniones, primero debe haber otro en el lenguaje a utilizarse, y que en el fondo, toda coincidencia de opiniones es un pacto sobre las formas de

vida que subyacen a las mismas (Mouffe, 2000: 79). Wittgenstein sostiene que suscribir un acuerdo alrededor de un término (libertad) no es suficiente, sino que se requiere coincidir sobre la forma en que se usa dicho término. Así, la aceptación de una forma particular de discurso jamás es neutra o apolítica, siempre involucra un juicio de valor, y el procedimiento nunca está exento de una carga ideológica, ya que no puede simplemente erradicarse de su construcción, pues es constitutiva del mismo. Lo que se descubre en la base de la tipología de diálogo propuesto por Habermas es que disfraza lo sustancial y lo hace pasar como procedimiento; nos pone enfrente un procedimiento, a prime-

El primer y mayúsculo defecto de la teoría dialógica es que destierra el conflicto como elemento constitutivo de la política.

ra vista inofensivo, recubierto por un manto neutro de imparcialidad, cuando lo que realmente palpita en las bases de su apuesta política es una opción ideológica cruda y particular como cualquiera otra, pero enmascarada con el prurito de neutralidad.

Ahora, para que el dispositivo dialógico funcione correctamente, resulta necesario que las visiones éticas divergentes sean relegadas a la vida privada, pues la moralidad se encuentra estrictamente sellada a la neutralidad del procedimiento que garantiza un consenso universal; de esta manera, los verdaderos problemas políticos son anulados, y con ellos, el pluralismo sufre la misma suerte: ¿cómo puede haber pluralismo cuando las opciones éticas están confinadas a lo privado, por fuera del discurso público? Sin embargo, no creo que el problema sea, como lo percibe Mouffe, un esfuerzo esmerado por parte de Habermas para cerrar la brecha entre igualdad y libertad que fracasa finalmente; el problema es que Habermas privilegia o rescata una forma antidemocrática, pues pertenece sólo a las elites racionales, y hemos visto que racionalidad en términos habermasianos no es otra cosa que una suscripción ciega al proyecto liberal. Con ello, la esfera de lo discutible se cierra sobre sus mismos postulados, y se demuestra el gran vacío de la teoría cuando uno quiere discutir sobre su viabilidad, pues el esquema del diálogo sólo admitiría que se discutiera sobre

la viabilidad de su teoría dentro de su esquema discursivo, es decir que es lógicamente reticente a la crítica. Así, mientras que posiciones religiosas, políticas, estéticas, constitucionales deben ser discutidas racionalmente, la razón sólo admite discusión dentro de su misma cáscara, dentro de la razón misma. De manera que su eslogan “todo es discutible” realmente oculta un “todo es discutible mientras no discutamos sobre los principios liberales que informan y saturan el discurso racional”, y de este modo, todo cuestionamiento del poder, que es el oxígeno de la democracia, la primera actitud del ser demócrata, se convierte en un ejercicio privado y desconectado del lenguaje y sus posibilidades transformadoras.

Postpolítica

El multiculturalismo y pluralismo liberal intentan a toda costa integrar la diferencia radical como anomalía, como una innovación controlada, donde ya existe una predefinición desde el sistema de lo que cuenta como información relevante; lo jurídico determina cuáles son las circunstancias que permiten la aparición de la sorpresa, de lo que cuenta como nuevo y lo que no (Christodoulidis, 2007). El derecho reactiva intensamente los territorios conocidos, establece los patrones que pueden ser alterados, fija de manera selectiva las oportunidades de cambio. Los contextos sociales, culturales se determinan desde el derecho; el derecho no es contextual: el contexto es creado jurídicamente.

El multiculturalismo y el pluralismo como reingeniería del liberalismo llevan su lastre totalitario, pues implican la reducción de verdaderos conflictos políticos a simples problemas de adecuación textual, a meros problemas de admisión asimilativa de la diferencia; se trata del trabamiento o clausura de la democracia que bloquea las oportunidades de contestación, de la imposición directa de límites de lo que es jurídicamente negociable. Se determina desde adentro quién y qué se incluye dentro del diálogo. El proceso sólo puede derivar en consenso; no se permite salirse de los protocolos del derecho y se anula de cuajo la posibilidad de intentar un diálogo estratégico o de resistencia (Christodoulidis, 2007). El consenso siempre es consenso dentro de una forma de comunicación particular, siempre entre sujetos que existen precisamente en la medida en que pueden pronunciarse y asumen las dimensiones y consecuencias del diálogo. Como sostiene Gayatri Spivak (1988: 24), el consenso es la cancelación de la democracia mediante la estructuración de las cualificaciones de quién y cómo puede intervenir en el discurso. En otras palabras, se admite la discusión sí y sólo sí se presuponen reglas discursivas impuestas unilateralmente.

Slavoj Žižek llama a este proyecto asimilativo liberal postpolítico, y aquí se encuentra la fórmula por excelencia de dene-gación de lo político. La postpolítica posmoderna ya no se limita a re-primir lo político tratando de contenerlo y de apaciguar “*los retornos de lo reprimido*”, de unificar artificialmente un mundo partido por las diferencias a partir de la lógica de adentro y afuera, del civilizado y el bárbaro o el hombre racional y el disidente, sino que lo forcluye psicóti-camente al incluir falsamente a las minorías extirpando de la inclusión cualquier dominio político que establece la diferencia (Žižek, 2001).

La postpolítica supone la colaboración de un circuito ce-rrado de tecnócratas ilustrados (economistas, sociólogos, obviamente abogados) y multiculturalistas liberales, donde se pretende reducir el conflicto político a una negociación de intereses, a una *centro radical* di-ría Giddens, para llevarlo luego a un consenso universal, subrayando la necesidad de abandonar las antiguas divisiones ideológicas y enfrentar nuevas cuestiones utilizando el saber experto necesario y una delibe-ración libre que tome en cuenta las necesidades y demandas concretas de la gente (Žižek, 2001; Brown, 2010).

Del otro lado están las minorías, desplazados, LGBT, ne-gros, indigentes, indígenas, musulmanes cada vez más impedidos para politizar su situación.

Lo que este procedimiento tolerante imposibilita es el ges-to de la politización propiamente dicha: “Estos violentos pasajes ates-tiguan algún antagonismo subyacente que ya no puede ser formulado-simbolizado en términos propiamente políticos” (Žižek, 2001: 217), evita elevar metafóricamente el agravio, y lo político se encuentra for-cluido y disfrazado tras la máscara de la negociación.

El abismo constituyente

El reto que no ha asumido el constitucionalismo es tomarse la demo-cracia en serio. Por lo tanto, esto depende inicialmente de la sinceridad y profundidad con las que uno aborde los dramas del mundo, y fi-nalmente descansa en nuestra construcción de lo que entendemos por democracia, a sabiendas de que todo problema metodológico es en el fondo un problema ideológico.

La democracia radical asume el desafío de pensar la dife-rencia y la multiplicidad desde el abismo democrático y no desde los derechos humanos, desde el poder constituyente y no desde el constitu-cionalismo libertario, pues la aniquilación del conflicto es el elemento vertebral, tanto del constitucionalismo como de las diferentes variacio-nes de multiculturalismo liberal, que debemos superar si realmente que-remos estar en presencia de una auténtica democracia en la diferencia.

La pregunta entonces no es qué reprime la política, sino qué es reprimido de la política por el derecho y las técnicas deliberativas; el objetivo es restituir el conflicto como orden del ser de la política.

Es aquí donde resuena con toda su problemática el cortocircuito entre el liberalismo, cuyas instituciones aspiran al orden y uniformidad como valor central, y las categorías difusas como la democracia y la multiplicidad, como experiencias traumáticas e inacabadas. El proyecto liberal termina siempre retrayéndose al orden de los órdenes: el Estado y el constitucionalismo, y por más vanguardista que sea, estará siempre estancado en una mera teoría del Estado. Por ello, Partha Chatterjee (2006) afirma que, según el constitucionalismo, la sociedad sólo puede ser comprendida en relación con el Estado y de acuerdo con una teoría general del derecho.

El poder constituyente escapa a toda posibilidad de ser entendido dentro de las formas normales del ordenamiento jurídico; su forma es incongruente con el orden, y en la medida en que establece él mismo el orden, no puede ser comprendido dentro del orden mismo. La tradición constitucional liberal, al encontrarse con este escollo monumental, confunde poder constituido con constituyente, y colapsa el origen en la consecuencia, lo político en lo jurídico, la multiplicidad en la unidad. Este extravío le permite al liberalismo mantener la fachada de relación y consistencia dentro de los términos del orden jurídico instituido, un complejo cerrado dentro de su propia lógica, pues el poder constituyente reta frontalmente los fundamentos mismos del orden (Sanín, 2009). Mientras que el poder constituyente en su nuda presencia es incomprensible y escapa a los cauces de la normalidad, el poder constituido encaja a la perfección dentro de la lógica interna del orden, pues es su propio reflejo. Así resulta mucho más fácil disolver o convertir el constituyente dentro del espacio representacional del constituido (Badiou, 2003).

La democracia es una amenaza constante al poder constituido. No se trata de una enumeración aritmética o de un proceso que nos permita determinar un bloque visible de actos, objetos y presencias; por el contrario, el constituyente es el sujeto creador de esos actos, objetos y presencias (Wall, 2009).

En el poder constituyente está implícita la idea de que el pasado ya no puede explicar el presente y que solamente el futuro lo podrá hacer; el poder constituyente posee una relación singular con el tiempo, pues crea su propia temporalidad, su propia historia y lenguaje. El constitucionalismo es la protección de una temporalidad inerte, vasalla de la historia, y el constitucionalista, su narrador inanimado. El lugar del poder constituyente es pues el lugar de la crisis, la crisis

manifestada en la imposibilidad de síntesis histórica entre poder constituyente y poder constituido (Agamben, 2011: 4).

El sueño liberal del Estado al servicio de la sociedad se convierte en la pesadilla de lo social al servicio del Estado y el Estado como control de la desmesura de lo democrático.

Fenomenología de la cultura y formas simbólicas

Ahora bien, una ruta prometedora para romper el nudo falaz del pluralismo y multiculturalismo liberal es acudir a las formas simbólicas anunciadas por Ernst Cassirer y actualizadas en la obra de Drucilla

***Toda objetividad social es ya
producto de un acto previo de poder.***

Cornell y Kenneth Panfilio (2010), que deriva en una fenomenología cercana al proyecto decolonial.

Siguiendo a Cornell y Panfilio, una forma simbólica como concepto compacto e indivisible involucra una forma particular percibida en relación con el todo simbólico. Una transformación de la realidad donde el sistema simbólico implica que el ser humano no habita una realidad única y definida por una palabra maestra (razón), sino que crea constantemente nuevas dimensiones de la realidad (Cornell y Panfilio, 2010). En otras palabras, el ser humano vive y comprende el mundo siendo parte de un inmenso circuito de formas del lenguaje que, desde múltiples campos a partir de los que se crean sentidos de vida, se apropian de realidades que son nombradas de manera diversa y muchas veces antagónicas; es decir que palabras como *razón* son el resultado de numerosas pugnas históricas para apropiarse y darle contenido a la palabra, donde la palabra no deviene de sí, sino de redes superpuestas del lenguaje.

El positivismo y el realismo se aferran a la idea de que la filosofía todavía consiste en lo que *es* o lo que *debe ser* a partir de lo que está *dado* como inexorable. Cornell y Panfilio, como Kant, arguyen que sólo podemos estudiar formas de juicio, pero añaden que esas formas de juicio siempre están mediadas por la multiplicidad de

formas simbólicas desde donde bombardeamos la realidad para construir sentidos de vida.

Para la fenomenología de la cultura, los objetos matemáticos no son ni más altos ni más puros que la objetividad que permite el mito, el folclore o el arte; se trata simplemente de diversas formas simbólicas. Realmente lo que se ha elevado al lugar del mito es la persistencia hegemónica de un mundo y unas relaciones de poder aparentemente naturales que se encumbran a un lugar inalcanzable. Son formas simbólicas que excluyen y pretenden abarcar la totalidad objetiva y esconden su auténtica naturaleza de ser un mero juicio en una malla de juicios similares.

Cornell y Panfilio siguen la *Crítica de la razón pura* cuando afirman que no existe sujeto o conciencia como presencia que no sea realmente sujeto de algo y conciencia de algún objeto. Dicha conciencia es siempre la elaboración a través de formas simbólicas, a partir de un material ya dado pero que es transformado constantemente a sabiendas de que no hay forma de regresar a la cosa en sí, pues los fenómenos tal como se nos presentan ya son edificaciones de formas simbólicas previas. Pero además, la intermediación constante de otras subjetividades que elaboran formas simbólicas es la forma de aparición de lo político.

La fenomenología de la cultura es entonces el estudio de los fenómenos dados a nosotros por formas simbólicas y su presencia ante nosotros, bien sea por el mito, por la historia o por las matemáticas. La clave en Cornell y Panfilio es que si bien, como asegura Kant, cada símbolo y su forma aparecen solamente en el tiempo y en el espacio y la imaginación trascendental es indispensable para su conexión, para estos autores cada material simbólico puede ser reelaborado constantemente. Así, mientras que la síntesis kantiana privilegia ciertas zonas del conocimiento, tales como la matemática, la ciencia y más tarde la biología, en la fenomenología cultural se trata de confecciones simbólicas que aspiran a la objetividad sin ningún tipo de jerarquías entre ellas, ningún punto central o de privilegio hegemónico que defina un discurso como ordenador de todos los discursos.

La fenomenología nos invita a desarrollar retratos precisos y a tematizar la vida cotidiana. El racismo y el colonialismo son fenómenos cotidianos y como tal son aspectos normales de la vida moderna. Bajo condiciones extremas, los seres humanos encuentran formas de vivir bajo condiciones normales “*como si*”. La costumbre de lo ordinario llega a un punto donde distorsiona la realidad: en el caso del racismo, a un grupo de personas se les permite vivir una vida ordinaria bajo condiciones ordinarias, mientras que a los otros grupos se les exige vivir

bajo condiciones extraordinarias. La mala fe institucional invisibiliza esas condiciones extraordinarias e impone como norma la falsa noción de condiciones compartidas de normalidad (Gordon, 2006).

Finalmente, la decadencia disciplinar se demuestra cuando se condena a otras disciplinas por el mero hecho de no ser la propia.

El universo simbólico está marcado por la existencia de objetos actuales y objetos posibles; lo posible incluyendo, claro está, la posibilidad utópica, que contradice la aquiescencia pasiva de reconocer la realidad y habitarla inmóvilmente. Al no existir ninguna jerarquía entre formas simbólicas, no existe ninguna jerarquía entre seres humanos que representen, por ejemplo, una forma superior de la razón y el pensamiento. Este es el plurinacionalismo al que se refieren las constituciones como la boliviana y la ecuatoriana.

Como afirman Nancy (2000) y el filósofo francés Jacques Rancière (2001), estar en común es la única realidad, el mundo al que llegamos en el universo simbólico no es reductible a una capacidad individual única, ese sería el lugar de Dios. Entonces, lejos de caer en el intento fallido de Habermas de salvar a la razón de su uso instrumental y desarrollar un concepto de razón enraizado en la pragmática universal del discurso, donde lo negociable ya está definido de antemano y se desplaza la aparición del sujeto a la pertenencia de un discurso determinado sin su participación, las formas simbólicas no despolitizan, sino que, antes bien, intensifican el conflicto como formación de lo político.

La fenomenología, al demostrar que no existe la cosa en sí, significa que la única forma de entender la historia es si se la dota de un *telos* y aquí está el giro radical: todas las formas simbólicas apuntan a un horizonte de posibilidades inherentes al ideal regulativo que las definen como formas de conocimiento. En toda forma simbólica existe una perspectiva del *yo*, pero en cada cadena de formas simbólicas siempre hay múltiples perspectivas de otros *yo* singulares que se expresan de maneras diversas y que provienen de la misma libertad de juzgar, por lo que la perspectiva del *yo* es auténtica en la medida en que proviene de la libertad absoluta de juzgar, pero es siempre singular en permanente unión u oposición a diversas formas simbólicas que provienen de la misma facultad de juzgar. De otra manera, la historia sería estática o circular y quedaríamos atrapados en la prisión de lo dado. En palabras de Pettit, “así como existe una perspectiva personal que sólo está disponible cuando hablamos del *yo*, también hay una perspectiva singular disponible únicamente cuando hablamos de *Nosotros*” (Rancière, 2006).

La versatilidad de las formas simbólicas nos permite abstraer las relaciones entre objetos, de manera que sólo las relaciones

perviven como foco de la simbolización. No vivimos en un universo físico, sino en un universo simbólico; el lenguaje, el mito son partes de este universo, son tejidos diversos que trenzan la red simbólica.

Siguiendo a Žižek (2009), la naturaleza realmente es una segunda naturaleza, tenemos taponada cualquier posibilidad de regresar a la cosa en sí, a la naturaleza abierta y dispuesta. La naturaleza, específicamente la política, está tendida en amplios campos simbólicos, definida por imágenes artísticas, rituales, metáforas que sólo adquieren sentido en la caja de resonancia de las formas simbólicas, pero precisamente la ausencia o imposibilidad de volver a una primera naturaleza o al mito del paraíso perdido es lo que nos permite que nuestra experiencia pueda constantemente reelaborarse y crear nuevas formas simbólicas.

Dentro del marco de aplicabilidad universal, cualquier objeto que denotemos con una palabra sólo puede experimentarse, inicialmente, a la luz de toda una experiencia de mundo revelado en un lenguaje preexistente. Cornell y Panfilio retienen el núcleo kantiano conforme al cual la conciencia es el mantenimiento de múltiples contextos de la experiencia como una unidad, pero para ellos esta unidad sintética no la alcanzamos exclusivamente a partir de la imaginación trascendental, pues las imágenes de la imaginación están siempre mediadas por formas simbólicas. De esa manera, llegamos a la conclusión de que los seres humanos son simbólicos y no racionales y la conciencia sólo es posible a partir de un universo simbólico compartido.

Lo anterior demuestra que el propósito de la filosofía no es la búsqueda del origen o fundamento primero sino las consecuencias últimas de la acción. Pensar es la primera acción; renunciar al dominio de la realidad, la primera teoría.

La democracia radical o la democracia como única política

Para Rancière, internamente el demócrata es el enemigo, y la Comisión Trilateral marcó la tendencia hace tres décadas (Rancière, 2006: 46). En la democracia, los don nadie, los sin título que tratan de involucrarse directamente en los asuntos públicos y elevan cada vez más la intensidad de las demandas populares se convierten en una amenaza directa a la riqueza de los países poderosos, por ello la Comisión retorna a los pilares estructurales de Adam Smith, donde la democracia debe significar el gobierno rígido y permanente sobre el deseo democrático.

La democracia en su ontología más radical significa el poder del pueblo, y en esta medida podemos sostener que la democracia es la única y auténtica base que hace pensable la política. Así, el *asno*

democrático o el séptimo título platónico son realmente el lugar paradójico, el vacío de donde surge la verdadera política.

La diferencia radical y determinante entre la democracia y cualquier otro sistema de atribución y designación del poder se halla en que en la democracia el sujeto está marcado por una división trascendental y única; el presupuesto de la democracia es que el sujeto político es tanto gobernante como gobernado (Rancière, 2001). Ahora, no existe sujeto previo a la política; la política, como antagonismo, es el lugar donde se asoma y se crea el sujeto, es la relación política interna entre sujetos el momento de inicio de la política. Exclusivamente en

Lo que pretende la teoría dialógica es anular ficticiamente las asimetrías y el conflicto trazando un punto cartesiano cero donde lo histórico se desvanece.

la democracia, gobernar (*archein*) y ser gobernado (*archestai*) recaen sobre el mismo sujeto. Es la interjección entre estos dos términos contradictorios lo que da forma y textura al sujeto (Rancière, 2001); la democracia desaparece en un soplo cuando esta relación es desechada y el *archein* es sustituido por una entidad teórica como el Estado o la ilusión de un proceso deliberativo neutro.

Mientras que en la oligarquía, la aristocracia o el absolutismo los sujetos políticos se definen desde el lugar de enunciación de quien gobierna, la subjetividad en la democracia está atrapada en esta relación múltiple y compleja. La democracia es precisamente la ruptura de la lógica de la enunciación de arriba hacia abajo o jerárquica. *Demos-arche* es la paradoja de la conjunción no presente en *oligarchia*. Mientras que en los primeros tipos de distribución del poder político quien gobierna define la posición y situación de los sujetos gobernados, en la democracia, como lo explica Rancière (2001), el sujeto se define a sí mismo a partir de su lugar central en la actividad política. La democracia no sólo es el rompimiento de la lógica de separación absoluta entre gobernante y gobernado, sino también la ruptura de la idea según la cual todo tipo de distribución de poder significa un modelo preexistente; en otras palabras: existe una disposición previa o requerimiento natural para poder gobernar.

La democracia es precisamente la anulación de las condiciones para gobernar; es el gobierno de aquellos que carecen de cualidades o disposiciones para gobernar. Lo propuesto por la ortodoxia liberal es justamente el regreso de las condiciones a través de la imposición de jerarquías del conocimiento evidentes en su dominio en la economía, la administración y el derecho (Legendre, 2008). El populacho no puede gobernar; necesitamos unos amos, sabios que nos digan desde su infalibilidad ilustrada cómo ser, cómo actuar y quiénes somos.

Mientras que las otras formas de distribución del poder político dependen para su existencia de procedimientos para llenar el lugar vacío de las cualificaciones “*de los sabios sobre los ignorantes, de los ricos sobre los pobres, de los poderosos sobre los débiles*”, respondiendo todas ellas, según la tradición platónica, a una distribución natural de las diferencias –que ya vienen establecidas por un marco universal y necesario–, la democracia perfora dicha lógica, pues implica la especie faltante de cualificaciones para gobernar. El sujeto político esencial es precisamente el que carece de cualidades para el *archein* (Rancière, 2001).

El pueblo es precisamente esa parte, el faltante de las cualificaciones naturales, y por tanto sólo la democracia puede entenderse como política, pues mientras en la oligarquía o en la aristocracia el antagonismo ya fue definido por características naturales y lo que sigue es simplemente la adecuación del modelo a la realidad, la democracia es el lugar mismo donde el antagonismo no se ha resuelto, es una acción excepcional y constitutiva del sujeto.

Pero es precisamente esa falta de cualificación la que se convierte en el único requisito para ejercer la democracia y constituir entonces la categoría de pueblo.

La conclusión es entonces que el *demos* designa precisamente la categoría de personas que no son tenidas en cuenta en las otras formas de gobierno; el residuo que las excluye de cualquier tipo de inclusión; los que son invisibles e inaudibles para los gobernantes; los que no caben en los códigos férreos del discurso ideal y su distribución de intereses y deseos. El que habla cuando se supone debe callar, el que se moviliza cuando se supone se debe quedar quieto. El fundamento de la democracia es el disenso y no el consenso. Los consensos son prefabricados; el disenso no es la confrontación entre intereses y opiniones, sino la manifestación de la distancia que existe entre lo sensible y su enunciación, que hace colisionar los mundos; es la distancia insalvable entre poder constituido y poder constituyente.

Bibliografía

- Agamben, Giorgio 2011 “Democracy in what state?” en Agamben, Giorgio et al. *Democracy in what state?* (Nueva York: University of Columbia Press).
- Badiou, Alain 2003 *Infinite thought: truth and the return to philosophy* (Londres: Continuum).
- Brown, Wendy 2010 *Walled states, waning sovereignty* (Cambridge: MIT Press).
- Chatterjee, Partha 2006 *Reflections on popular politics in most of the world* (Nueva York: Columbia University Press).
- Christodoulidis, Emiliós 2007 “Against substitution: the constitutional thinking of dissensus” en Loughlin, Martin y Walker, Neil (eds.) *The paradox of constitutionalism: constituent power and constitutional form* (Oxford: Oxford University Press).
- Cornell, Drucilla y Panfilio, Kenneth 2010 *Symbolic forms for a new humanity* (Oxford: Oxford University Press).
- Derrida, Jacques 1994 *Spectres of Marx* (Londres: Routledge).
- Gordon, Lewis Ricardo 2006 *Disciplinary decadence, living thought in trying times* (Londres: Paradigm Publishers).
- Habermas, Jürgen 1995 “Reconciliation through the public use of reason: remarks on John Rawls’s political liberalism” en *The Journal of Philosophy* (Nueva York) Vol. 92.
- Habermas, Jürgen 1996a “Three normative models of democracy” en Benhabib, Seyla (ed.) *Contesting the boundaries of the political* (Princeton: Princeton University Press).
- Habermas, Jürgen 1996b “Struggles of recognition in the democratic state” en Taylor, Charles et al. *Multiculturalism: examining the politics of recognition* (Princeton: Princeton University Press).
- Habermas, Jürgen 1998 *Between facts and norms, contributions to a discourse, theory of law and democracy* (Cambridge: MIT Press).
- Legendre, Pierre 2008 *Dominium mundi, el imperio del management* (Buenos Aires: Nómadas).
- Lindahl, Hans 2010 “Recognition as domination” en Walker, Neil; Tierney, Stephen y Shaw, Jo (eds.) *Europe’s constitutional mosaic* (Oxford: Hart Publishers).
- Mouffe, Chantal 2000 *The democratic paradox* (Londres: Verso).
- Mouffe, Chantal y Laclau, Ernesto 1985 *Hegemony and socialist strategy* (Londres: Verso).
- Nancy, Jean-Luc 2000 *Being singular plural* (California: Stanford University Press).
- Negri, Antonio 1999 *Insurgencias* (Minneapolis: University of Minnesota Press).
- Rancière, Jacques 2001 *Ten theses on politics* (Baltimore: John Hopkins University Press).
- Rancière, Jacques 2006 *Odio a la democracia* (Buenos Aires: Nómadas).
- Sanín, Ricardo 2009 *Teoría crítica constitucional: rescatando la democracia del liberalismo* (Bogotá/Buenos Aires: Javeriana/Ibañez/Depalma).
- Sen, Amartya 2009 *The idea of justice* (Cambridge: The Belknap Press/Harvard University Press).
- Spivak, Gayatri 1988 *Marxism and the interpretation of culture* (Londres: McMillan).
- Wall, Illan 2009 “Without model or warranty: rethinking constituent power with human rights” Tesis de Doctorado, Birkbeck College, Londres.

CyE

Año IV
Nº 8
Segundo
Semestre
2012

Žižek, Slavoj 2001 *El espinoso sujeto* (Buenos Aires: Editorial Paidós).

Žižek, Slavoj 2009 “The people and beyond, Slavoj Žižek & Ricardo Sanín”, disponible en Critical Legal Think <www.criticallegalthinking.com> octubre.

Postfacio a *Lenin*

Georg Lukács

Resumen

Con este texto, escrito en 1967, Lukács se propone rescatar la personalidad de Lenin de los escombros del período estalinista. Sin abandonar los conceptos expresados en 1924, en medio de los debates por la sucesión del líder soviético, el filósofo marxista destaca la originalidad teórica y política de Lenin por encima de la diversidad entre las circunstancias y polémicas de los años veinte y las posteriores.

Abstract

With this text, written in 1967, Lukács strives to rescue the personality of Lenin from the debris of the Stalinist period. Without abandoning the concepts expressed in 1924, in the midst of debates about the succession of the Soviet leader, the Marxist philosopher emphasizes the political and theoretical originality of Lenin above the diversity among the circumstances and controversy of the '20s and the subsequent decades.

CvE

Año IV
Nº 8
Segundo
Semestre
2012

Georg Lukács

Se lo considera uno de los principales escritores marxistas del siglo XX, abarcando campos diversos como la filosofía, la sociología, la estética y la crítica literaria. Tuvo una activa labor intelectual y política. Entre sus principales obras se encuentra *Historia y conciencia de clase*. Nació en Budapest en 1885 y murió en la misma ciudad en 1971.

It is considered one of the most important Marxist writers of the XX Century. His work covered diverse fields, such as philosophy, sociology, aesthetics and critical literary theory. He had an active intellectual and political involvement. Among his main works it could be mentioned History and Class Consciousness. He was born in Budapest in 1885 and died in the same city in 1971.

Palabras clave

1| Socialismo 2| Leninismo 3| Estalinismo 4| Internacional Comunista

Keywords

1| Socialism 2| Leninism 3| Stalinism 4| International Communist

Cómo citar este artículo [Norma ISO 690]

LUKÁCS, Georg. Postfacio a *Lenin. Crítica y Emancipación*, (8): 91-107, segundo semestre de 2012.

Sobre el Postfacio de Lukács

CyE
Año IV
Nº 8
Segundo
Semestre
2012

Las breves observaciones que expongo nunca tuvieron la pretensión de tratar a fondo la teoría y la práctica de Lenin. Tan sólo intentan mostrar, en sus grandes líneas, la conexión entre la teoría y la práctica de Lenin, partiendo de la convicción de que justamente ese nexo no está presente en toda su claridad en la conciencia de numerosos comunistas. Un estudio real de todos estos problemas sobrepasaría el sólo cuadro de estas páginas, y no disponemos para tal fin de documentos, sobre todo en el caso de los que no tienen acceso a la obra completa de Lenin, sino a través de traducciones. La historia de Lenin debe situarse nuevamente en el contexto histórico de los últimos treinta o cuarenta años transcurridos.

Esperemos que un estudio correcto de este período no haya de hacerse esperar demasiado. El autor de estas observaciones tiene también una profunda conciencia de la dificultad que radica en vulgarizar cualquier cosa antes de que el tema vulgarizado haya sido tratado con todo el rigor científico requerido. Por tal motivo no hemos intentado aquí presentar la totalidad de los problemas que han ocupado la vida de Lenin, ni la sucesión histórica precisa de su aparición. La elección de esos problemas y la forma en que se siguen y se desprenden los unos de los otros, nos han sido dictadas tan sólo por la perspectiva y la ilusión de presentarlos en un conjunto tan nítido como sea posible. No es necesario decir que la elección de las citas ha seguido esta perspectiva y no la indicada por la precisión cronológica.

Con esas palabras, Lukács presentaba su *Lenin*, en febrero de 1924, todavía bajo el impacto de la muerte del líder soviético. La publicación de este Postfacio –más de cuarenta años después– pretende llamar la atención sobre este fértil análisis de Lenin, así como contraponerse a la fácil tendencia a enterrar sus obras con el coro del “fin del socialismo” y otros afines.

CyE

Año IV

Nº 8

Segundo

Semestre

2012

En ese texto Lukács rescata aspectos que considera duros en la obra de Lenin, separándolos de otros que tienen raíces en la década de 1920, y los intensos debates de aquel momento.

Que su lectura invite al estudio de la obra de Lukács sobre Lenin, de poca circulación, pero de gran riqueza y actualidad.

Emir Sader

Postfacio a *Lenin*¹

CyE
Año IV
Nº 8
Segundo
Semestre
2012

Este pequeño libro fue escrito inmediatamente después de la muerte de Lenin, sin trabajo preparatorio alguno, a partir de la necesidad espontánea –que entonces me pareció esencial– de captar en forma teórica el centro de la personalidad intelectual de Lenin. De ahí el subtítulo: “Sobre la coherencia de su pensamiento”. El mismo apunta al hecho de que, para mí, no se trataba de reproducir el sistema objetivo, teórico de Lenin, sino de representar las fuerzas motrices, de carácter objetivo y subjetivo, que han hecho posible esa sistematización, la encarnación de tales fuerzas en la persona y en las acciones de Lenin. Tampoco se pensó en modo alguno en realizar la tentativa de descomponer esta unidad dinámica de manera extensivamente plena en su vida, en su obra.

El interés actual –relativamente considerable– por escritos de esta índole se encuentra, ante todo, condicionado por la época. Desde que se inició la crítica marxista del período estalinista, ha surgido también un interés por las tendencias opositoras de los años veinte. Esto es comprensible, aunque –considerado desde un punto de vista teórico objetivo– a menudo resulta exagerado. Pues por muy errada que haya sido la solución aportada por Lenin y sus partidarios para la crisis de la revolución que se desarrollaba en aquella época, no puede tratarse de que en aquel entonces alguien hubiera podido ofrecer un análisis, una perspectiva capaz de indicar una orientación teórica también para los problemas de las fases ulteriores. Quien quiera contribuir hoy fructíferamente con el renacimiento del marxismo debe considerar los años veinte de manera puramente histórica, como un período definitivamente pasado del movimiento obrero revolucionario; sólo así puede aprovechar adecuadamente las experiencias y enseñanzas de aquella época para la fase actual, esencialmente nueva. Precisamente

GEORG LUKACS

1 Este postfacio –escrito en Budapest, en enero de 1967– fue extractado de la edición argentina de *Lenin-Marx*, traducida por Karen Saban y Miguel Vedda, editada en Buenos Aires por Editorial Gorla en el año 2005.

la figura de Lenin, tal como suele suceder con los grandes hombres, ha encarnado a su época de tal modo que los resultados, ante todo el mérito de sus declaraciones y acciones, aún pueden poseer una determinada actualidad incluso bajo circunstancias en gran medida diversas.

Este escrito es un producto puro de mediados de los años veinte. Como documento acerca de cómo un sector entonces nada insignificante del marxismo ha visto la personalidad y la misión de Lenin y su lugar en el curso de los acontecimientos mundiales, seguramente no carece de interés. Pero no hay que perder de vista que los razonamientos estaban determinados por las opiniones de aquella época –incluyendo las ilusiones y las exageraciones– mucho más que la obra teórica del propio Lenin. Ya la primera oración muestra esta determinación temporal: “El materialismo histórico es la teoría de la revolución proletaria”. Indudablemente, se ha expresado con ello una importante determinación del materialismo histórico. Pero, de manera igualmente indudable, no se expresó el carácter único, *la* determinación de su esencia. Y Lenin, para quien la actualidad de la revolución proletaria constituía el parámetro de su pensamiento y de su *praxis*, habría protestado de la manera más apasionada contra la tentativa de simplificar y reducir la riqueza metódica y de contenidos del materialismo histórico mediante una “definición” tal.

Una crítica según el espíritu de Lenin podría aplicarse a muchos pasajes de este pequeño libro. Me contento con indicar meramente la justificación y dirección de una crítica tal, pues espero que aquellos lectores que piensan con sensatez asumirán espontáneamente una distancia crítica. Lo que sí me parece importante es subrayar en qué punto mi posición –inspirada en la obra de Lenin– arribó a resultados que, en cuanto factores de oposición al estalinismo, también hoy siguen conservando una cierta justificación metodológica; se trata de resultados en los que, pues, la fidelidad del autor a la persona y la obra de Lenin no condujo, en aquel entonces, en una dirección errada. En algunas constataciones sobre la conducta de Lenin a menudo se encuentra, en efecto, tácitamente una crítica acertada al posterior desarrollo estaliniano; crítica que entonces sólo comenzaba a expresarse de manera velada, episódica, en la conducción de la Internacional Comunista por parte de Sinoviev². Pensemos en el creciente anquilosamiento de todos



2 Gregori S. Sinoviev (1883-1936); desde 1901, socialdemócrata; desde 1903, bolchevique. Trabajó en colaboración con Lenin. Entre 1917 y 1927 trabajó en el departamento de política; entre 1916-1926 fue presidente del comité ejecutivo del Komintern. Después de la Revolución de Octubre, presidente del Sóviet de Leningrado. Durante la enfermedad de Lenin y después de la muerte de este,

Guerra Mundial (“cuán grande es el misterio en medio del cual la guerra es engendrada”) extendiéndolas a las futuras guerras imperialistas; pero el futuro ha producido un cuadro totalmente diferente.

He mencionado algunos ejemplos de esta clase, justamente con el propósito de exponer la auténtica peculiaridad de Lenin, que no posee nada, absolutamente nada en común con el ideal burocrático de una estalinista estatua de infalibilidad. Obviamente que una caracterización de la auténtica grandeza de Lenin se encuentra ya muy alejada de este libro. Este se halla mucho más condicionado por la época que su objeto. En sus últimos años de vida, Lenin previó en forma incomparablemente más clara que esta biografía suya el inminente cierre del período iniciado en 1917.

Sin embargo, en este libro aparece, de cuando en cuando, una intuición de la verdadera fisonomía intelectual de Lenin, y en las siguientes exposiciones querríamos partir de este sondeo, en aquel entonces ciego, en busca de la verdad. Se sostenía aquí que Lenin no era ningún especialista en economía, como lo eran, entre sus contemporáneos, Hilferding y, ante todo, Rosa Luxemburgo. Pero, a la hora de juzgar el período como totalidad, Lenin fue muy superior a ellos. Esta “superioridad de Lenin –y esta es una hazaña teórica sin igual– consiste en que fue capaz de *enlazar completa y concretamente la teoría económica del imperialismo con todas las cuestiones políticas del presente*, y hacer de la estructura económica de la nueva fase un parámetro para todas las acciones concretas en un entorno tan decisivo”. Esto lo han percibido muchos de sus contemporáneos, de ahí que hayan hablado tanto –enemigos y partidarios– acerca de su destreza táctica, de su destreza en el plano de la *Realpolitik*. Pero con ello no se ha llegado ni de lejos al centro de la cuestión. Se trata, antes bien, de una “*superioridad puramente teórica al juzgar el proceso total*”. Esta superioridad era, en Lenin, teóricamente profunda y ricamente fundada. Su así llamada *Realpolitik* no era nunca la de un hombre práctico y empirista, sino la culminación de una conducta esencialmente teórica. En él siempre culminaba únicamente en la captación del ser-así sociohistórico de la situación respectiva en que era preciso actuar. Para el marxista Lenin, “*el análisis concreto de la situación concreta* no es lo opuesto a la teoría ‘pura’, sino que, por el contrario, *es el punto culminante de la teoría genuina*, el punto en que la teoría se cumple auténticamente, en que –por eso mismo– se convierte en *praxis*”. Podría afirmarse sin exageración que la última de las “Tesis sobre Feuerbach” de Marx, según la cual los filósofos se han limitado a interpretar el mundo de distintos modos, pero de lo que se trata es de transformarlo, ha encontrado su encarnación más adecuada en la persona y la obra de Lenin. Marx ha expresado esta exigencia y la ha

realizado en el campo de la teoría. Ha proporcionado una interpretación de la realidad social, como base teórica adecuada para transformar esa realidad. Pero sólo en Lenin esta esencia teórico-práctica de la nueva cosmovisión se convirtió –sin superación ni desconsideración de la teoría– en figura activa dentro de la realidad histórica.

Por cierto que en este escrito se encuentra sólo un tímido punto de partida para el conocimiento de la verdadera peculiaridad de Lenin. Falta la cimentación profunda y ampliamente fundada en el plano teórico; también la imagen de Lenin como tipo humano. Aquí, todo esto sólo puede ser aludido. En la cadena de sublevaciones democráti-

Es ineludible tener en vista, con claridad crítica, la diversidad que existe entre el período en que vivimos y el de los años veinte.

cas de la modernidad, el tipo del líder revolucionario aparece siempre polarizado: figuras como las de Danton y Robespierre encarnan en la realidad y en la gran literatura (por ejemplo, en Georg Büchner³) los dos polos; incluso los grandes oradores populares de la revolución obrera, como Lassalle y Trotsky, muestran ciertos rasgos dantonianos.

Sólo a partir de Lenin aparece algo totalmente nuevo, un *tertium datur*⁴ frente a los dos extremos. Lenin posee, hasta en sus reacciones nerviosas espontáneas, la fidelidad a los principios de los viejos grandes ascetas de la revolución, sin verse afectado, en cuanto al carácter, ni siquiera por una sombra de ascetismo. Posee alegría vital, humor; disfruta de todo lo que le puede ofrecer la vida, desde la caza y la pesca y el juego de ajedrez hasta la lectura de Pushkin y Tolstoi, hasta la entrega a los seres humanos reales. Esta fidelidad a los principios puede

3 Büchner, Georg (1813-1837): dramaturgo y narrador alemán, autor de obras como *Dantons rod* (La muerte de Danton) (1835) y *Woyzeck* (1837). Lukács escribió un conocido artículo sobre Büchner, “Der faschistisch verfälschte und der wirkliche, Georg Büchner” (“Georg Büchner, el falseado por el fascismo y el auténtico” en *Realistas alemanes del siglo XIX*, trad.: Jacobo Muñoz, Grijalbo, Barcelona, 1970, pp. 69-93).

4 La tercera instancia superadora frente a dos extremos mutuamente excluyentes.

intensificarse, durante la guerra civil, hasta la dura inflexibilidad, pero se mantiene libre de odio. Lenin combate contra las instituciones –y, naturalmente, contra los hombres que las representan–, de ser necesario, hasta la plena aniquilación. Pero considera dicho combate como una necesidad humanamente deplorable, inevitablemente objetiva, a la cual no puede sustraerse de ningún modo –en la situación concretamente dada– como Gorki apuntó sus palabras muy características después de escuchar la *Appassionata* de Beethoven:

No conozco nada más bello que la *Appassionata*, y podría escucharla todos los días. ¡Una música maravillosa, ya no humana! Pienso siempre, con un orgullo acaso ingenuamente infantil: ¡qué bueno que existan hombres que puedan crear tal maravilla! Luego entrecerró los ojos, sonrió y añadió, contrariado: “Pero no puedo escuchar música con demasiada frecuencia. Actúa sobre los nervios, uno querría decir tonterías y acariciar la cabeza de hombres que viven en un sucio infierno, y que a pesar de todo pueden crear semejante belleza. Pero hoy no hay que acariciarle la cabeza a nadie; de lo contrario, a uno le cortarían la mano de un mordisco. Hay que golpear las cabezas, golpearlas despiadadamente, aun cuando, en lo ideal, estemos en contra de toda violencia contra el hombre. Hum, hum, nuestro oficio es infernalmente arduo”.

Incluso frente a una declaración tan espontáneamente sentimental de Lenin debe resultar claro que aquí no tiene lugar un embate de sus instintos orientado en contra de su “modo de vida”, sino que él también aquí sigue estrictamente sus imperativos, trabajados ideológicamente. Décadas antes de este episodio, el joven Lenin escribió artículos polémicos contra los *naródniki* y contra sus críticos marxistas legalistas. En un análisis sobre estos, muestra su objetivismo al demostrar “la necesidad de una serie dada de hechos”, y el peligro, de allí derivado, de “adoptar el punto de vista de un apologeta de esos hechos”. La única salida le parece la mayor coherencia del marxismo a la hora de captar la realidad objetiva, el descubrimiento de los auténticos fundamentos sociales en los hechos mismos. La superioridad del marxista sobre el mero objetivista consiste en esta coherencia: el marxismo “desarrolla su objetivismo en forma más profunda y plena”. Sólo de esta intensificada objetividad se deriva lo que Lenin llama partidismo: “en cada evaluación de un acontecimiento, adoptar directa y abiertamente el punto de vista de un determinado grupo social”. Así, la toma de posición subjetiva siempre surge de la realidad objetiva, para regresar a esta.

Esto puede suscitar conflictos si las contradicciones de la realidad se intensifican hasta convertirse en antítesis que se excluyen

mutuamente, Y todo hombre enfrentado con tales conflictos debe dirimirlos dentro de sí. Pero constituye una diferencia de principio que entren en conflicto dos convicciones y sentimientos fundados en la realidad, en las relaciones del individuo, o que el hombre en conflicto tenga que experimentar que está puesta en riesgo su existencia humana interna. Esto último no ocurre en Lenin. Hamlet le dice a Horacio, como supremo elogio: “*Benditos sean / los que tienen la sangre y el juicio tan bien equilibrados / que no son flauta para que los dedos de la Fortuna / elijan el agujero que les plazca*”⁵. La sangre y el juicio: tanto su contraposición como su unidad sólo en cuanto fundamento inmediato y universal de la existencia humana proceden de la esfera biológica. Desplegados ya en dirección a lo concreto, ambos expresan su ser social: la armonía o disonancia de su posición frente al instante histórico y, sin duda, tanto teórica como prácticamente. Sangre y juicio se mezclan en Lenin de manera adecuada, ya que su conocimiento acerca de la sociedad estaba orientado en cada instante hacia la actuación socialmente necesaria precisamente en esa coyuntura, ya que su *praxis* siempre era la consecuencia necesaria de la suma y del sistema de los conocimientos verdaderos hasta entonces reunidos.

De ahí que Lenin no conozca nada que pueda en lo más mínimo parecer una muestra de egolatría; ningún éxito lo envanece, ningún fracaso lo abate. Niega que pueda haber situaciones ante las cuales el hombre no esté en condiciones de reaccionar en forma práctica. Se cuenta entre los grandes hombres que –precisamente, en la *praxis* vital– consiguieron mucho, lo más esencial. Sin embargo, o precisamente por ello, difícilmente haya alguien que haya reflexionado en forma tan sobria y tan desprovista de patetismo sobre las fallas posibles y reales: “Inteligente no es aquel que no comete ninguna falla. No existen ni pueden existir hombres tales. Inteligente es aquel que no comete ninguna falla demasiado esencial, o que sabe corregirla rápidamente, con facilidad”. Esta concepción sumamente prosaica acerca de la destreza en la acción expresa más adecuadamente su posición esencial que cualquier confesión cargada de patetismo. Su vida es actuación constante, una lucha ininterrumpida en un mundo en el cual, según su convicción más profunda, no existe ninguna situación sin salida, ni para él ni para el oponente. De ahí que, en su caso, valga, como hilo conductor de la vida, lo siguiente: hay que estar siempre equipado y dispuesto para la acción, para la acción correcta.



5 Shakespeare, W. 2004 *Hamlet* (Buenos Aires: Colihue) 111, 2, pág. 79. Traducción, notas e introducción de Rolando Costa Picazo.

La sobria sencillez de Lenin ha tenido, pues, un efecto arrebatador sobre las masas. Nuevamente, en contraposición con los anteriores tipos de grandes revolucionarios, es un tribuno popular sin parangón, que no se encuentra afectado ni por la sombra de lo retórico (pensemos también aquí en Lassalle y Trotsky). En la vida privada y en la pública, Lenin ha sentido una honda repulsión frente a toda palabrería, frente a toda afectación, frente a todo lo exagerado. Pero, a su vez, es significativo que también este rechazo político-humano hacia todo lo exorbitante reciba en él una fundamentación filosófica objetiva: “Pues toda verdad [...] cuando se la exagera, cuando se superan los límites de su validez real, puede convertirse en un absurdo, e incluso tiene que convertirse inevitablemente, bajo tales circunstancias, en un absurdo”.

Esto significa que aun las categorías filosóficas más universales no poseían nunca para él una universalidad contemplativamente abstracta, sino que a cada instante estaban disponibles como vehículo para la *praxis*, para su preparación teórica. Cuando, en el debate sobre el sindicalismo, combatió la posición mediadora, ecléctica, de Bujarin, se apoyó en la categoría de totalidad. Es profundamente característico el modo en que Lenin aplica esta categoría filosófica: “Para conocer auténticamente un objeto, hay que captar e investigar todas sus facetas, todos los contextos y ‘mediaciones’. Nunca conseguiremos esto plenamente; la exigencia de totalidad, no obstante, nos preservará de las fallas y del estancamiento”. Es instructivo ver cómo una categoría filosófica abstracta –complementada a través de las reservas epistemológicas respecto de su aplicabilidad– sirve aquí puramente como imperativo para la *praxis* correcta.

Una plasticidad aun mayor adquiere esta conducta de Lenin, si ello es posible, en las discusiones sobre la paz de Brest-Litovsk⁶. Hoy es un lugar común decir que él tenía razón, en términos de *Realpolitik*, frente a los comunistas de izquierda, que sobre una base internacionalista proponían el apoyo a la sublevación alemana en ciernes, propiciando una guerra revolucionaria, y estaban dispuestos a poner en riesgo la existencia de la república rusa de los consejos. Esta *praxis* correcta se basaba sin embargo, en el caso de Lenin, en un análisis



6 Firmado entre la Rusia bolchevique y los Imperios Centrales, fue el primero de los tratados que pusieron fin a la Gran Guerra. Pese a que Trotsky trató de prolongar al máximo las negociaciones, el ataque alemán en febrero de 1918 desarmó las tropas de la Rusia soviética. Lenin, para poder hacer frente al Ejército Blanco en la guerra civil, tuvo que ordenar la aceptación de las durísimas condiciones alemanas. La derrota alemana en noviembre anuló este tratado, y se creó una situación de vacío en toda la antigua franja occidental del imperio zarista. Finalmente los bolcheviques consiguieron recuperar algunos de los territorios a los que habían tenido que renunciar en Brest-Litovsk.

teóricamente profundo del ser así en el proceso total de desarrollo de la revolución. La prioridad de la revolución mundial frente a todos los acontecimientos individuales, dice, es una verdad genuina (y, por ende, práctica), “si no se deja de tener en cuenta el largo y arduo camino hacia el pleno triunfo del socialismo”. Pero, considerando el ser así teórico en la situación concreta de entonces, agrega: “Toda verdad abstracta se convierte en palabrería cuando se aplica a una situación *concreta cualquiera*”. La verdad, como fundamento de la *praxis*, y el palabrerío revolucionario, se diferencian entre sí según se adecuen o no teóricamente al ser así de la situación revolucionaria necesaria y posible en

***Su vida es actuación constante, una
lucha ininterrumpida en un mundo
en el cual, según su convicción
más profunda, no existe ninguna
situación sin salida, ni para él ni
para el oponente.***

cada momento. El sentimiento más sublime, la entrega más abnegada, se convierte en palabrería si la esencia teórica de la situación (su ser así) no permite ninguna *praxis* genuinamente revolucionaria. No tiene por qué ser necesariamente exitosa. En la primera revolución, después de la derrota de la sublevación armada de Moscú, Lenin combate apasionadamente el punto de vista de Plejánov, según el cual “no tendrían que haber tomado las armas”, ya que aun esta derrota favorecía el proceso total. Toda analogía, toda confusión entre lo abstracto y lo concreto, entre lo histórico-universal y lo actual, conduce al palabrerío; así la comparación entre la Francia de 1792-1793 y la Rusia de 1918, que a menudo apareció en el debate de Brest. De igual modo, a los comunistas alemanes, que después del golpe de Kapp (1920) formularon tesis muy inteligentes y autocríticas como líneas directrices para el caso de una eventual repetición del hecho, Lenin les habría preguntado: ¿cómo saben que la reacción alemana va a repetirlo?

Para poder actuar de esta manera, la vida de Lenin se convirtió en un proceso de ininterrumpido aprendizaje. Después del estallido de la guerra en 1914, y una vez superadas diversas aventuras policiales, se trasladó a Suiza; una vez instalado allí, consideró que su primera tarea consistía en aprovechar adecuadamente estas “vacaciones” y estudiar la *Lógica* de Hegel. Después de los acontecimientos de

julio de 1917, mientras vivía ilegalmente en casa de un trabajador, escuchó a este elogiar el pan antes del almuerzo: “Ellos’ evidentemente no se atreven ahora a dar un pan de mala calidad”. Lenin se sintió sorprendido y admirado por esta “valoración clasista de los días de julio”. Piensa en los propios análisis complicados de estos acontecimientos, y de las tareas derivadas de tales análisis: “No había pensado en el pan, yo, un hombre que no había conocido la indigencia [...]. A aquello que está en la base de todo, a la lucha de clases por el pan, el pensamiento llega a través del análisis político, haciendo un desvío inusualmente complicado e intrincado”. Así aprende Lenin, durante su vida, siempre y en todas partes; se trate de la *Lógica* de Hegel o del juicio de un trabajador acerca del pan.

El aprendizaje permanente, el hecho de dejarse instruir siempre de nuevo por la realidad, es un rasgo esencial de la prioridad absoluta de la *praxis* en el modo de conducirse de Lenin. Ya esto, pero especialmente el modo de aprender, abre un abismo insalvable entre él y todos los empiristas y promotores de la *Realpolitik*. Pues no solo en términos polémico-pedagógicos recuerda Lenin la totalidad en cuanto fundamento y parámetro. Se impone a sí mismo exigencias mucho más estrictas que a sus más apreciados compañeros de lucha. Universalidad, totalidad y unicidad concreta son determinaciones decisivas de la realidad en la que es posible y preciso actuar; la medida de la proximidad de su conocimiento fundamenta, pues, la genuina efectividad de toda *praxis*.

Naturalmente, la historia puede producir situaciones que contradicen las teorías conocidas hasta el momento. Pueden generarse situaciones que hacen imposible una acción de acuerdo con los principios –verdaderos y reconocidos como tales–. Ya antes de octubre de 1917 previó Lenin, por ejemplo, en forma correcta, que en la Rusia económicamente atrasada sería ineludible una forma de transición como la de la ulterior Nueva Política Económica. La guerra civil y las intervenciones obligaron sin embargo a los soviets a adoptar el así llamado comunismo de guerra. Lenin se amoldaba a la necesidad de lo fáctico, sin renunciar a su convicción teórica. Llevó adelante todo lo relacionado con el “comunismo de guerra” –tal como lo exigía la situación– en la medida de lo posible sin reconocer ni por un instante al comunismo de guerra –a diferencia de la mayoría de sus contemporáneos– como genuina forma de transición al socialismo, con la firme decisión de retornar a la línea teóricamente correcta de la Nueva Política Económica en cuanto concluyesen la guerra civil y la intervención. En ambos casos, no fue ni un empirista ni un dogmático, sino un teórico de la *praxis*, un practicante de la teoría.

Así como *¿Qué hacer?* es un título simbólico para toda la actividad de Lenin en cuanto escritor, así también la idea fundamental, en el plano teórico, de esta obra es una síntesis anticipada de toda su visión del mundo. Sostiene que la lucha de clases espontánea que supone la huelga, aun la huelga bien y rigurosamente organizada, sólo realiza en el proletariado algunos gérmenes de la conciencia de clase. Falta aún “el conocimiento de la irreconciliable contraposición entre sus intereses (los de los trabajadores, G.L.). Y todo el régimen político y social contemporáneo”. Una vez más es la totalidad la que proporciona la dirección correcta para la conciencia de clase orientada a la *praxis* transformadora: sin orientación a la totalidad, no puede haber una *praxis* históricamente genuina. Pero el conocimiento de la totalidad no es espontáneo. Siempre debe ser traído “desde afuera”, es decir, les debe ser proporcionado teóricamente a los sujetos que actúan.

La supremacía dominante de la *praxis* sólo puede ser realizada, pues, sobre la base de una teoría orientada hacia la captación del todo. La totalidad del ser objetivamente desplegada, pues, tal como sabe con precisión Lenin, es infinita; de ahí que no pueda ser comprendida en forma adecuada. Así es que, a partir de la infinitud del conocimiento y a partir del imperativo siempre actual de la acción correcta inmediata, parece surgir un *circulus vitiosus*⁷. Lo abstracto teóricamente insoluble puede –como en el nudo gordiano⁸– ser cortado en la *praxis*. La única espada que es apropiada para ello es un comportamiento humano que sólo puede ser designado apropiadamente, una vez más, con palabras de Shakespeare: “sólo importa estar prevenido”⁹. Cuenta entre los rasgos fructíferos más característicos de Lenin que este nunca ha cesado de extraer de la realidad una enseñanza teórica, y al mismo

7 Círculo vicioso.

8 Cuatro siglos antes del nacimiento de Alejandro Magno, un oráculo anunció en Frigia que un día verían llegar por la Puerta del Este a su verdadero rey, y que podrían reconocerlo porque, al atravesar la puerta, un cuervo se apoyaría en su carro. Tiempo después, un pastor llamado Gordias se dirigía a la ciudad y, al pasar por la mencionada puerta, un cuervo se apoyó en el yugo de su carro de bueyes. Los ciudadanos aclamaron rey a Gordias. Cuando intentaron quitar el yugo que unía los bueyes a la carreta del soberano, descubrieron que era imposible deshacer el nudo de la correa de cuero que lo sujetaba al timón. El oráculo entonces predijo que quien lograra desatar el nudo sería el dominador de toda Asia. Alejandro Magno –que conocía la leyenda– llegado desde la ciudad de Gordión, se dirigió al templo de Zeus, donde le mostraron el yugo con el nudo intacto. Intentó deshacerlo. Una y otra vez. Buscó un cabo de donde tirar, un hueco entre la ligazón, un punto débil en el endurecido cuero, pero el nudo resistía todos sus intentos. Con la paciencia ya agotada, y convencido de que un nudo no habría de detener sus conquistas, desenvainó la espada y cortó el nudo.

⁹ *Hamlet*, V, 2, pág. 157.

tiempo siempre estaba preparado para actuar. Esto define un atributo llamativo, aparentemente paradójico de su comportamiento teórico: no ha considerado nunca su aprendizaje de la realidad como algo terminado, pero lo adquirido de ese modo se encontraba en él siempre ordenado y configurado de tal manera que la actuación era posible para él en cualquier instante.

Tuve la suerte de asistir a uno de esos numerosos instantes de Lenin. Fue en 1921. La delegación checa en el III Congreso de la Internacional Comunista estaba sesionando. Las cuestiones eran sumamente complicadas; las opiniones, incompatibles. Súbitamente, entró Lenin. Todos le pidieron que expresara su opinión acerca de los problemas checos. Se negó a hacerlo; había intentado estudiar concienzudamente el material, pero entre tanto se le habían presentado asuntos de Estado tan urgentes que sólo había ojeado superficialmente los dos periódicos que llevaba consigo, metidos en el bolsillo del saco. Sólo después de múltiples pedidos se declaró dispuesto cuando menos a comunicar sus impresiones sobre los dos números del periódico. Entonces Lenin los sacó del bolsillo, y empezó su análisis totalmente asistemático, improvisado, comenzando con el editorial y terminando con las novedades del día. Y este esbozo trazado sin preparación previa fue el análisis más profundo sobre la situación de entonces en Checoslovaquia y sobre las tareas del Partido Comunista.

Obviamente, Lenin –como hombre dispuesto y constante–, en esta interrelación entre teoría y *praxis*, siempre se decidió a favor de la prioridad de la *praxis*. Lo hizo en forma manifiesta en el final de su principal obra teórica del primer período revolucionario, *El Estado y la revolución*. Lo escribió en el refugio ilegal después de los días de julio, y no pudo ya concluir el último capítulo, sobre las experiencias de las revoluciones de 1905 y 1917; el desarrollo de la revolución no lo permitió.

En el postfacio, Lenin escribió: “Es más agradable y provechoso participar de las ‘experiencias de la revolución’ que escribir sobre ellas”. Esto está dicho con la más honda sinceridad. Sabemos que siempre se esforzaba para retomar el trabajo inconcluso. Del curso de los acontecimientos, y no de él, dependió que no pudiera hacerlo.

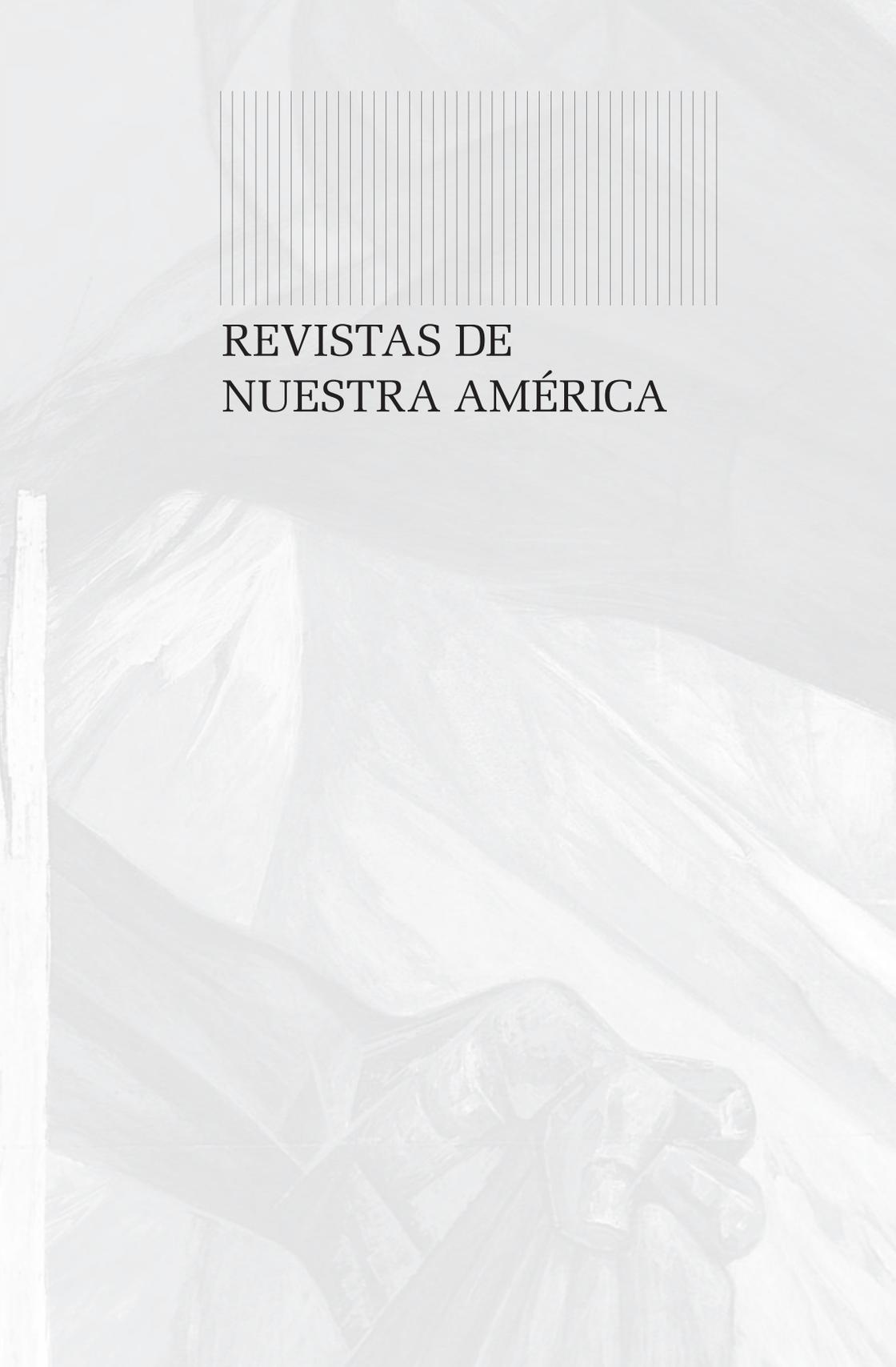
Un cambio importante en el comportamiento humano durante el último siglo es que el ideal del “sabio” estoico-epicúreo influyó sobre nuestras perspectivas ético-político-sociales mucho más que el aristotelismo. Esta influencia significó, al mismo tiempo, una transformación interior: el componente activo-práctico en este tipo de modelo se ha intensificado más allá de la antigüedad. La disposición permanente de Lenin es la última etapa de este desarrollo, la más alta

e importante alcanzada hasta el momento. El hecho de que –en vista de que la manipulación devora la *praxis* y la desideologización devora la teoría– este ideal no goce hoy de alto prestigio entre la mayoría de los “especialistas”, representa tan sólo un episodio dentro de la marcha de la historia universal. Rebasando la importancia de sus acciones y obras, en cuanto encarnación de la constante disposición para actuar, la figura de Lenin representa un valor imposible de erradicar: un nuevo tipo de comportamiento ejemplar frente a la realidad.

CyE
Año IV
Nº 8
Segundo
Semestre
2012



REVISTAS DE
NUESTRA AMÉRICA



Coyoacán: una revista inusual

Alejandro Gálvez Cansino

Resumen

El autor recorre los 18 números de *Coyoacán. Revista Marxista Latinoamericana*, que se publicaron en México desde finales de 1977 hasta mediados de 1985, donde se registraron las luchas y los debates teóricos y políticos de esos años, tanto en América Latina como en el resto del mundo. El pensamiento crítico de reconocidos intelectuales revolucionarios y socialistas transitó por las páginas de la revista, abordando los múltiples temas que concitaban un interés teórico práctico de la época, desde la crisis de la deuda a la Revolución Sandinista, pasando por el fordismo y los procesos del trabajo, las dictaduras latinoamericanas y las diversas transiciones democráticas, hasta las rebeliones obreras en Polonia

Abstract

The author covers the 18 numbers of Coyoacán. Latin American Marxist Journal, that were published in Mexico since the end of 1977 to mid-1985, in which the theoretical and political debates and argues of these years were registered, both in Latin America and in the rest of the world. The critical thought of renowned intellectual revolutionaries and Socialists travel through the pages of the journal, tackling the multiple topics that that incited the theoretical and practical interest of that time, from the crisis of the debt to the Sandinist Revolution, fordism and work processes, Latin American dictatorships and the diverse democratic transitions, to the workers rebellions in Poland and Eastern Europe

CyE

Año IV
Nº 8
Segundo
Semestre
2012

y la Europa del Este que preanuncia- | *that preannounced the outcome of the*
ban el desenlace de la Guerra Fría. | *Cold War.*

Alejandro Gálvez Cansino

Profesor investigador de la Universidad
Autónoma Metropolitana, unidad
Xochimilco, México.

*Professor researcher at the Autonomous
Metropolitan University, Xochimilco unit,
Mexico.*

Palabras clave

1| Marxismo 2| Trotskismo 3| Organizaciones obreras 4| Procesos del trabajo
5| Dictaduras latinoamericanas

Keywords

1| *Marxism* 2| *Trotskyism* 3| *Labour organizations* 4| *Work processes*
5| *Latin American dictatorships*

Cómo citar este artículo [Norma ISO 690]

GÁLVEZ CANSINO, Alejandro. *Coyoacán: una revista inusual. Crítica y
Emancipación*, (8): 111-128, segundo semestre de 2012.

Coyoacán: una revista inusual

CyE
Año IV
Nº 8
Segundo
Semestre
2012

Entre las múltiples publicaciones marxistas que aparecieron en México a partir de los años sesenta del siglo pasado, *Coyoacán. Revista Marxista Latinoamericana* se distinguió por la difusión de los análisis que se apoyaban en la ley del desarrollo desigual y combinado al nivel de las ideas. Ellos afirmaban que el marxismo real, histórico, reflejaba desigualdades y divisiones entre sectores y países, derivadas de las “luchas de los explotados entre países avanzados y países atrasados, entre regiones industriales y regiones campesinas, entre trabajo intelectual y trabajo manual”. Su proyecto era sin duda ambicioso, ya que se propusieron “contribuir [...] a la tarea de superar en una síntesis esa separación de la teoría marxista de países industriales y países atrasados y, más profundamente aún, entre marxismo teórico y organización obrera –o, para decirlo con una expresión teóricamente imperfecta pero gráfica, entre ‘marxismo intelectual’ y ‘marxismo obrero’–”.

Al volver a la lectura de la colección de 18 números publicados por la Editorial El Caballito, en México, entre el último trimestre de 1977 y el primer semestre de 1985, se puede corroborar que su objetivo fue alcanzado, al tiempo que su compromiso con la clase obrera, la vanguardia campesina y los intelectuales revolucionarios de América Latina se encuentra en cada uno de sus números, editoriales y artículos. Además, paralelamente, sus animadores publicaron tres Cuadernos de Coyoacán: *Perfiles de revolucionarios*, de Leon Trotsky, *Sobre el nuevo capital financiero árabe e iraní*, de Ernest Mandel y S. Jaber, y *La trayectoria del maoísmo*, de Roland Lew.

La iniciativa original de la revista partió de dos militantes del movimiento obrero: Guillermo Almeyra y Adolfo Gilly, que buscaban impulsar una corriente de ideas que brotara de la experiencia y lucha de los campesinos y trabajadores en sus comunidades, empresas agrícolas, minas y fábricas, y en los “centros de vida, discusión y organización”, y de sus relaciones con las clases dominantes del capitalismo en el subcontinente, y reivindicaban la experiencia de los forjadores iniciales del marxismo latinoamericano (José Carlos Mariátegui, Julio Mella,

Luis Emilio Recabarren) y español, así como sus propias tradiciones y experiencias teóricas y organizativas, que consideraban “el punto de vista del proletariado de los países atrasados, del cual la clase obrera latinoamericana, en cuyo seno nos hemos educado, constituye uno de los destacamentos más maduros y representativos”. A través de la revista, pretendían “continuar, depurar, perfeccionar y extender un método de análisis específico del marxismo revolucionario, construido y conquistado en el estudio teórico y la práctica de partido, y probado bajo el fuego severo de la lucha de clases” de América Latina y el mundo.

Su militancia la habían desarrollado en la corriente que impulsó Leon Trotsky con la Cuarta Internacional y su “Programa de Transición”, redactado en su exilio mexicano en la localidad de Coyoacán. Asimismo, consideraban que los escritos de Trotsky sobre España y América Latina eran fundamentales, ya que en ellos el soviético había logrado realizar análisis teóricos y revolucionarios que permitieron vincular la experiencia más avanzada de la clase obrera mundial con las luchas de las clases trabajadoras españolas y latinoamericanas. “En Coyoacán se inició, por esa combinación extraordinaria cuyo secreto hay que buscarlo en la profundidad de la Revolución Mexicana, una nueva época del marxismo latinoamericano”, afirmaban.

Los redactores de la revista buscaron hacer converger a colaboradores de varias corrientes del marxismo que luchaban por los objetivos y la concepción revolucionaria del mismo, para contribuir a la elaboración del “programa, construir la organización y conquistar la autonomía de la clase obrera en la lucha por el socialismo”.

A los promotores de la iniciativa se sumaron el editor Manuel López Gallo y, en el Consejo de Redacción, Arturo Anguiano, mexicano; Jordi Dauder, catalán; Alberto Di Franco, argentino; C. D. Estrada (Gabriel Labat), uruguayo; Roberto Iriarte, mexicano; Michael Löwy, franco-brasileño; Rodolfo F. Peña, mexicano, y Oscar René Vargas, nicaragüense, en un primer momento, y se incorporaron después Miguel Antonio Bernal, panameño; Jeffrey Bortz, estadounidense; Alejandra Cárdenas y Francisco Colmenares, mexicanos; Ángel Fanjul, argentino; Carlos Ferra, Jaime Galeaza y Félix Hoyo, mexicanos; Gilberto Mathias, brasileño; Antonio Moscato, italiano; Hiram Núñez, Rosario Ortiz y Ricardo Pascoe, mexicanos; el historiador argentino Alberto Pla, y Ricardo Sánchez, Iris Santacruz y Francisca Urías, mexicanos.

Coyoacán difundió estudios fundamentales para entender la fase depresiva de la onda larga del capitalismo iniciada en 1968, que se expresó en el proceso de desaceleración de la economía y la consecuente caída de la tasa de ganancia, intercalada por ciclos industriales

cortos de expansión poco sostenida, y que tuvo su manifestación en las crisis de sobreproducción de valores de cambio y sobreacumulación de capital, que fueron más agudas en las naciones capitalistas desarrolladas de 1970-1971 y de 1974-1975, así como en la recesión generalizada de 1980-1982, la minirrecesión de 1985 y la ocurrida al principiarse los noventa (en Estados Unidos en 1990-1991 y en Europa occidental en 1992-1993). Dichas crisis estuvieron combinadas con una inflación permanente, ya que con la extensión del crédito se permitía seguir vendiendo mercancías durante esos momentos de “agudización dramática de la normalidad burguesa”, como señalaba Elmar Altvater.

***Coyoacán difundió estudios
fundamentales para entender la
fase depresiva de la onda larga del
capitalismo iniciada en 1968.***

Aunque en el marco de la onda larga, no hubo sincronización cíclica entre la crisis que azotó a las naciones avanzadas y a las rezagadas del capitalismo, pues algunas de estas últimas continuaron creciendo –en los años sesenta la tasa de crecimiento del Producto Interno Bruto de los países rezagados sobrepasó la de los países industrializados–, como Argentina, Brasil y México, las agrupadas en la OPEP, así como Corea del Sur, la India y Taiwán; empero en 1977 su tasa de crecimiento medio inició una caída brusca que las alejó de la alcanzada por los países desarrollados, lo que agravó su situación cuando estalló la crisis de 1980. La mayoría de las naciones rezagadas fueron sacudidas de manera brutal y duradera, provocando que muchas de ellas, endeudadas (habían contraído préstamos al 5 o 6% y vieron saltar las tasas de interés a comienzos de los ochenta al 15%), con inflaciones incontroladas y sus modelos de acumulación de industrialización por sustitución de importaciones agotados, sufrieran una disminución del crecimiento o estancamiento por más de una década, y registraran un retroceso absoluto del producto per cápita.

Esas terribles experiencias exacerbaban todas las contradicciones del capitalismo, en un proceso de mundialización imperialista, con el consecutivo crecimiento del mercado mundial y el papel creciente de las actividades financieras especulativas, que con elevados

tipos de interés provocaron una enorme transferencia de capitales de los países rezagados a los imperialistas, lo que ocasionó la crisis mexicana de 1982 y el control del país por parte del Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM), que le impusieron “planes de ajuste estructural” que dieron lugar a un retroceso histórico. Enseguida se aplicaron medidas semejantes a todo un conjunto de países deudores de América Latina y otras regiones del planeta.

La tasa de ganancia de las empresas de los países imperialistas experimentó una baja continua durante la primera fase de la onda descendente, a pesar de la reducción de los salarios, la precarización de la vida del mundo del trabajo, la subcontratación y el desempleo masivo, que pasó de 10 millones de trabajadores en 1970 a 30 millones en 1980 (derivado también de la desindustrialización parcial en los países imperialistas y la relocalización de algunas plantas de las empresas transnacionales en el Tercer Mundo, la creciente inflación que diluía los aumentos salariales, etcétera). Todo esto originó la resistencia exitosa de los trabajadores a los intentos de los capitalistas de hacerles “pagar la crisis en los primeros años de la crisis” de 1974-1975. Empero, en una segunda fase de la onda recesiva, el paro laboral se tornó creciente y la combatividad sindical atenuada, pues se debilitó la capacidad de negociación de los trabajadores, quienes tuvieron que aceptar la rebaja salarial y los despidos progresivos, que sumaban 40 millones de personas sin trabajo en los países industrializados en 1985. Agreguemos que la clase dominante logró aplicaciones parciales de nuevas tecnologías, que alcanzaron tasas de productividad del trabajo más elevadas a partir de 1982.

En las naciones imperialistas anglosajonas, ante el fracaso del keynesianismo, decidieron cambiar de política económica y adoptaron el “monetarismo”, de corte neoliberal, con el que se estrechó el crédito, se dismanteló la legislación social, se cerraron o privatizaron empresas públicas y se aplicó la austeridad del gasto público. Dicha política económica, que ya se había experimentado en Chile bajo Pinochet, la comenzaron a emplear los gobiernos de Estados Unidos y Gran Bretaña buscando restablecer ganancias e inversiones, y pronto se impuso al resto de las naciones capitalistas del mundo. A pesar de ello, la recesión y las quiebras de empresas se multiplicaron, por lo que la experiencia monetarista tuvo que frenarse en el verano de 1982 al borde de la catástrofe; no obstante, el neoliberalismo se conservó como orientación en adelante. Todos estos temas fueron puntualmente abordados en *Coyoacán*, en estudios teóricos o de coyuntura económica, por Ernest Mandel, Elmar Altvater, Alberto J. Pla, Folker Fröbel, Jungen Heinrich y Otto Kreye.

En lo que se refiere a la crisis económica de la Unión Soviética y el bloque de países de Europa del Este, también sufrieron descensos de la tasa de crecimiento a partir de la segunda mitad de los años setenta, como resultado de la subproducción de valores de uso, que los encaminó al estancamiento y al desastre, con sus consecuentes protestas sociales. La más significativa, antes de la caída de los gobiernos comunistas, fue la protagonizada por los trabajadores de Polonia, organizados en el sindicato autónomo *Solidarność*, que protestaron por el aumento de los precios de los insumos de primera necesidad al tiempo que exigían la igualdad social y avanzaban en una acción sustentada en consejos de fábrica y asambleas, donde se deliberaba, decidía y controlaba la actividad de sus delegados frente a la burocracia dominante.

En Polonia la situación se había tornado incontrolable, ya que los descensos de la producción material en 1979 fueron de 2%, en 1980 de 4% y en 1981 de 14%, derivados de la escasez de toda clase de mercancías, lo que provocó una desorganización de toda la planta productiva que condujo al estancamiento. En esas circunstancias, se desarrolló una movilización contestataria de la población trabajadora que se cristalizó en la construcción del sindicato *Solidarność*, que agrupó a toda la clase obrera polaca, parando y tomando todas las empresas, y constituyendo un poder paralelo al Estado. Empero, su desafío político a la burocracia estatal no condujo a su derrocamiento. Por ello, la burocracia polaca, con el respaldo del Kremlin, decidió frenar la acción independiente del proletariado mediante un golpe de Estado el 13 de diciembre de 1981. La autoorganización sindical, la formación de consejos, la autogestión de las empresas realizada por la clase obrera polaca y la construcción del frente único de clase que representó su organización resultaron insuficientes para vencer a la casta burocrática, que le negaba las libertades democráticas elementales, la oprimía e imponía la “austeridad” aumentando las desigualdades sociales. La inexistencia de una dirección política socialista de los trabajadores que ganara a la mayoría para organizar la revolución política contra la burocracia usurpadora produjo la derrota de la población trabajadora. Guillermo Almeyra realizó la interpretación teórica de la crisis polaca y de aquellas jornadas de lucha de 1980-1981 en *Coyoacán* junto con Cyril Smulga y Henryk Szlajfer (Nº 10, 11 y 14). Además, *Coyoacán* publicó artículos de Ernest Mandel sobre la crisis de Europa del Este y de Polonia, a los que se agregaron su “Diez tesis sobre las sociedades de transición” y el artículo de C. D. Estrada “Sobre la economía de transición” (en los Nº 3, 10 y 14), mientras que de Perry Anderson la revista editó su disertación “La interpretación de Trotsky sobre el stalinismo” (Nº 16).

El curso de la revolución de las naciones sometidas al coloniaje o semicolonaje después de la Segunda Guerra Mundial en África, América Latina y Asia fue factor de alarma constante para el imperalismo, que veía en los movimientos nacionalistas que luchaban por la independencia de sus pueblos un factor de riesgo mayor que el propio movimiento comunista organizado bajo control de la Unión Soviética. Los reveses en los tres continentes no sólo afectaron a los imperios coloniales europeos, sino que desequilibraron el orden pactado para la posguerra entre las potencias vencedoras, ya que algunos procesos revolucionarios desembocaron en resultados anticapitalistas, como los de Argelia, Cuba y China.

En tanto, en Europa del Este, la burocracia soviética que se mostró impotente frente a la rebeldía de la Yugoslavia dirigida por Tito fue despiadada en la represión en contra de la Revolución Húngara de 1956. Cuando se desató la oleada revolucionaria de 1968, se puso en jaque todo el orden mundial de la posguerra. Los acontecimientos que protagonizaron los trabajadores y los jóvenes en Alemania Federal, Argentina, Brasil, Checoslovaquia, Francia, España, Italia, México, Estados Unidos, Japón y Vietnam, entre otros, tuvieron respuestas represivas, ya que los dos sistemas dominantes durante la posguerra trataron de bloquear todo cambio social radical en sus esferas de influencia. El capitalismo y sus aliados de los países de América Latina lograron frenar a los obreros en Europa occidental o resistir el movimiento que se oponía a la guerra en Estados Unidos, e impusieron gobiernos militares en contra de los trabajadores en Chile, Uruguay, Bolivia, Argentina, etcétera, pero fueron vencidos por los pueblos en Indochina, Irán, Angola, Mozambique y Guinea Bissau, así como en Nicaragua. La burocracia soviética aplastó la Primavera de Praga, apoyó el golpe de Estado contra la revolución en Polonia, y al invadir Afganistán, en apoyo a sus aliados que tomaron el poder, sufrió una derrota mayúscula.

La mayoría de los trabajos que se publicaron en *Coyoacán* giraron en torno al curso de la revolución en Latinoamérica, realizando estudios sobre la situación de la clase obrera en las diversas naciones, su cuantía y peso social; las condiciones para lograr su organización y autonomía política, mediante comités de fábricas, sindicatos y partidos de clase; la evolución de su conciencia de clase sobre la necesidad de un programa anticapitalista para conquistar metas cada vez más elevadas en sus luchas; la difusión del control obrero en sus condiciones laborales y en los procesos de trabajo, y en la neutralización de las innovaciones tecnológicas y la denuncia de la alienación y explotación en la relación del capital; y el aliento a sus luchas para mejorar su situación impulsando sus acciones: huelgas de sector o generales, y el avance en

tales circunstancias a la autogestión de las empresas y de la sociedad en su conjunto. Para los redactores de la revista, esa ardua empresa sólo podía concretarse con la intervención de sus organizaciones de vanguardia, asegurando la transición de la subjetividad nacionalista o reformista de la mayoría de la clase trabajadora a su conciencia socialista, a fin de “imponer su hegemonía en la lucha nacional contra el imperialismo y asegurar su dirección en la futura reorganización socialista de los países del continente”.

Asimismo, consideraban que con los golpes de Estado de los militares en Sudamérica se cerraba una fase de crecimiento

La mayoría de los trabajos que se publicaron en Coyoacán giraron en torno al curso de la revolución en Latinoamérica.

económico que había transformado a una serie de naciones en semin-dustrializadas, basada en gobiernos con alianzas entre la burguesía nacional y el proletariado, y que si se quería desafiar a las fuerzas del capital, no bastaban las experiencias reformistas, que se habían mostrado incapaces del tránsito pacífico al socialismo, como lo revelaba la experiencia de la Unidad Popular en Chile, ni tampoco las experiencias ultraizquierdistas, descolgadas de la participación consciente de las mayorías trabajadoras, fueran asalariados del campo y la ciudad o campesinos. Por tanto, afirmaban que era el momento de organizar a la clase obrera latinoamericana por su programa socialista, cuestión compleja dado el nivel de su conciencia real en cada país, en cada zona, en cada rama de la producción. De ahí que consideraban que correspondía a los marxistas revolucionarios que trabajaban en el seno del proletariado establecer las consignas políticas y organizativas que les permitieran avanzar de sus demandas democráticas y nacionales a sus demandas anticapitalistas. Se debía formular un programa que contemplara la lucha por las demandas económicas de los trabajadores junto con las de transformación social, y avanzar en la transición de la conciencia nacionalista (o reformista) de la clase trabajadora hacia la conciencia socialista organizada en partido. También pensaban que la separación del proletariado de la conciencia nacional burguesa debía

transitar por la democratización de sus sindicatos y partidos para lograr su independencia del Estado y de la burguesía.

El ciclo de desarrollo capitalista que se cerró en América Latina en la década del setenta no tenía solución para los redactores de *Coyoacán* en la esfera económica, y menos en el momento en que sus clases dominantes habían optado por la dictadura con ayuda del imperialismo en toda una serie de naciones, y tampoco para enfrentar la coyuntura recesiva del capital. Al respecto afirmaban: “El factor determinante en el estallido de las crisis sociales que ha llevado a las dictaduras policíaco-militares del sur del continente no ha sido emergencia de un ‘nuevo modelo de acumulación capitalista’ debido a la combinación del desarrollo ya alcanzado con la crisis capitalista y la revolución tecnológica, como sostienen diversas interpretaciones economicistas del marxismo. Es la resistencia de la clase obrera a la reorganización de la economía capitalista latinoamericana a expensas de sus conquistas y posiciones sociales la que ha desatado la crisis social. Sin esa resistencia, sin ese elemento ‘no elástico’, la reorganización hubiera pasado imponiendo en frío la desocupación, la disminución de los salarios y la reducción global del fondo de consumo de las masas para aumentar de acuerdo a las necesidades el fondo de acumulación capitalista”. De ahí que el conflicto de las clases trabajadoras con el bloque de poder burgués y el imperialismo adquiriría un carácter anticapitalista, pues la lucha que darían los trabajadores, que era nacional y antiimperialista, debía transitar necesariamente hacia la expropiación al capitalismo, como había sucedido en Cuba. Por ello, no es casual que los artículos de la revista trataran una y otra vez la naturaleza del conflicto entre el capital y el trabajo, y de las organizaciones necesarias para proveer seguridad a los trabajadores, ya fuera en las naciones más industrializadas de América Latina o en los países de Centroamérica, donde la lucha de clases tenía su expresión más alta en aquellos años.

En cuanto a las experiencias revolucionarias de las masas, no dejaban de someterlas a la crítica, analizando aquellas que se habían interrumpido en su avance o habían sido derrotadas, pero sobre todo las que se encontraban en marcha para trascender a sus tareas nacionales y democráticas y contribuir en el avance hacia sus tareas socialistas, mediante el transcrescimiento necesario de la conciencia histórica de la clase obrera, de acuerdo con la fórmula de Marx y Trotsky de la revolución permanente, “que designa el nudo problemático entre acontecimiento e historia, entre ruptura y continuidad, entre el instante de la acción y la duración del proceso”, como escribió Daniel Bensaid. Los títulos de algunos de sus editoriales son elocuentes: “El nuevo curso de la revolución de América Latina”,

“Problemas actuales de la revolución en Centroamérica”, “Hacia una nueva fase: organización obrera, lucha armada y programa socialista en América Latina”, “La centroamericanización de la revolución” o “Frentes y partidos en América Latina”, entre otros.

La especificidad del proletariado en Argentina antes, durante y después de la dictadura fue motivo de análisis minuciosos por autores que trabajaron en sus filas durante muchos años. Su organización, conciencia de clase y combatividad en sus jornadas insurreccionales entre 1969 y 1972 y la ola de huelgas “salvajes” estalladas por las coordinadoras interfabriles entre junio y julio de 1975 culminaron en la huelga general de 48 horas que obligó a la burocracia de la Confederación General del Trabajo a sumarse al conflicto contra el tope de aumento salarial decretado por el gobierno y la patronal. Como el gobierno peronista no pudo contener la resistencia de los trabajadores (esa “guerrilla industrial”, como la calificó el dirigente de la Unión Cívica Radical Ricardo Balbín), el imperialismo y las clases dominantes de Argentina instrumentaron el golpe de Estado. Esa dictadura militar de 1976-1983 utilizó métodos represivos semejantes a los empleados por el régimen nazi en Alemania en contra de la clase trabajadora. Lo ocurrido en Argentina “no fue una guerra contra el ‘extremismo’ o los ‘guerrilleros’ [...] sino ante todo y sobre todo una guerra contra la organización de base de los trabajadores, contra su poder social en el lugar de trabajo, que no podía ser absorbido o controlado por las mediaciones de los partidos políticos y las mediaciones de las direcciones sindicales. Ese intento tuvo éxito en comprimir brutalmente el salario durante un largo período, pero fracasó en destruir las raíces de la organización obrera, que están en la conciencia y en las tradiciones de los trabajadores, desde donde vuelven a resurgir cuando su propia crisis obliga a las fuerzas armadas a replegarse y a ceder el poder”, resumía Adolfo Gilly en su último artículo en *Coyoacán*.

La brutal experiencia de la sociedad argentina durante la dictadura fue abordada en términos clasistas con amplitud y detalle, así como los efectos en cada clase en particular, haciendo consideraciones sobre el proceso de recomposición y reorganización del proletariado, los cambios en la economía y la política, en los escritos “La larga marcha de la clase obrera argentina”, de Adolfo Gilly (Nº 1); “El comienzo de un cambio”, de Guillermo Almeyra (Nº 2); “Los consejos de fábrica: Argentina, Bolivia e Italia” (Nº 5), de Adolfo Gilly; “El movimiento sindical en Brasil y Argentina: estudio comparativo”, de Ronald Munck (Nº 7/8); “La clase obrera en la Argentina de hoy”, de Guillermo Almeyra (Nº 9); “Alternativa para la clase obrera argentina:

peronismo o socialismo”, de Alberto Pla (Nº 11); “Argentina: Viola, la institucionalidad de la dictadura”, de Ángel Fanjul (Nº 11); “Argentina: la huelga de Villa Constitución”, de Bernardo Gallitelli (Nº 14); “Después de las Malvinas”, de varios autores; “Argentina: solución nacional y plan obrero”, de Guillermo Almeyra, y “El diciembre caliente”, de Adolfo Gilly (en el Nº 15 los tres últimos), “Argentina después de la dictadura” (Nº 16) y “La anomalía argentina” (Nº 17/18).

Por lo que se refiere a Brasil, el golpe de Estado de marzo de 1964, que impuso una dictadura militar que igualmente se encargó de reprimir toda organización popular, ilegalizando a los sindicatos obreros, ligas campesinas y organizaciones estudiantiles, persiguiendo, encarcelando, torturando y asesinando activistas, fue motivo de estudio y seguimiento por los colaboradores de *Coyoacán*. Hubo quienes consideraron que, a diferencia de las dictaduras implantadas en Uruguay y Argentina, que subieron al poder después de que la clase obrera, a través de dos grandes huelgas generales –en 1973 y 1975, respectivamente–, planteara de hecho la cuestión del poder, aunque el proletariado de ambas naciones careciera de partido y de dirección de clase, en Brasil, con la temprana dictadura militar de marzo de 1964, lo que se propuso el ejército, con el aval de las clases dominantes y el imperialismo, al derrocar el gobierno nacionalista burgués de João Goulart era conservar intacta la propiedad de la tierra para la oligarquía, pues su política “amenazaba abrir las puertas [...] a una reforma agraria y una guerra campesina larvada o abierta que en las condiciones brasileñas habría significado el desencadenamiento de una dinámica revolucionaria que habría terminado por arrastrar consigo la estabilidad del sistema capitalista”. Los militares se propusieron modernizar desde arriba, al dar entrada a las empresas transnacionales e intensificar los ritmos de producción con nuevas tecnologías, para convertir a Brasil en un país semindustrializado y dependiente de la transferencia tecnológica. La caída de los salarios, la sobreexplotación y la precarización de la vida de los trabajadores corrieron aparejadas con la concentración de la riqueza de las clases dominantes nacionales en alianza con los capitalistas extranjeros. La resistencia a la dictadura, en un principio, se realizó por organizaciones guerrilleras, y más tarde, por el proletariado y los campesinos. En la década del setenta, con el crecimiento de la clase obrera brasileña, sobre todo de la rama metalúrgica de la zona industrial de San Pablo, millares de trabajadores se organizaron en consejos de empresa y sindicatos, que se confederaron más tarde en la Central Única de Trabajadores, y lograron detener la ofensiva patronal y la congelación de los salarios impuesta por la dictadura militar por más de

tres lustros, y después conquistar su autonomía política al constituir en 1980 el Partido de los Trabajadores, con el cual contribuyeron a la movilización popular para transitar de la dictadura a la democracia y ocupar cada vez más un papel relevante en los siguientes comicios políticos. Muchas páginas de *Coyoacán* se dedicaron al estudio de la industrialización brasileña, su peculiar acumulación de capital llamada de “tercera demanda”, basada en la producción de bienes de consumo corrientes, en una primera etapa, y durables, más adelante (con intervención del Estado en los sectores de industria pesada y energéticos), que favoreció la distribución de ingresos en las clases

***México fue la tercera nación
estudiada con amplitud por los
colaboradores de Coyoacán.***

medias, la burguesía y los terratenientes, y excluyó a los trabajadores industriales y agrarios. El crecimiento era una realidad, pero la mayoría de la población quedó excluida de los beneficios. La deuda externa del país contraída por la dictadura de su estado sobredesarrollado, que benefició a las clases dominantes, significó, junto con los “ajustes estructurales”, miseria, hambre y muerte para los sectores más vulnerables. El economista Alain Lipietz dejó el siguiente testimonio aterrador de lo sucedido en aquellos años: “Cuando Brasil renunció, en 1987, a la congelación de precios que había permitido un significativo aumento del poder adquisitivo de los pobres, pero que también había comprometido su capacidad de reembolsar la deuda, se pudo ver en unas cuantas semanas cómo familias enteras dejaban su casa, incapaces de pagar el alquiler, e iban a hacinarse en campamentos de barracas que aumentaban a ojos vistas. Cinco años antes, la recesión estadounidense había frenado también el impulso exportador de Brasil. En el mismo momento, la sequía azotaba al Nordeste. Agarrada por el cuello por sus deudores, y antes que comprometer por poco el bienestar material de las clases dominantes, la dictadura brasileña no quiso hacer disponibles los recursos para socorrer a los nordestinos. Hubo más de un millón de muertos. He visto a los moribundos arrastrarse hasta el centro de Recife. ¡Eso es el ajuste!”.

Los artículos sobre Brasil aparecieron en el siguiente orden: “La declinación de la dictadura brasileña”, de C. D. Estrada (Nº 2); “Las huelgas en Perú y Brasil”, editorial; “La oposición sindical en el resurgimiento del proletariado brasileño”, de Francisco Leal; “Nuevas formas de organización obrera en Brasil”, de Oposición Sindical (los tres en el Nº 4); “Notas sobre la clase obrera brasileña”, de Tullo Vigevani (Nº 6); “Sindicatos, comisiones de fábrica y reorganización del movimiento obrero en Brasil”, también de Tullo Vigevani, y el muy completo artículo de Ronald Munck ya mencionado en el párrafo sobre Argentina (los dos en el Nº 7/8); “Los obreros del automóvil y la clase obrera en Brasil”, de John Humphrey (Nº 9); “Un nuevo capítulo en la historia del movimiento obrero brasileño: el Partido de los Trabajadores 1979-1980”, Michael Löwy (Nº 11); y “Brasil: el PT ante las elecciones y el problema de la unificación sindical”, de Daniel Jebrac (Nº 12).

México fue la tercera nación estudiada con amplitud por los colaboradores de *Coyoacán*. Al haber transitado cuarenta años de nación semicolonial hacia su carácter de semindustrializada mediante un régimen de acumulación excluyente, su gobierno se había alterado significativamente, en la medida en que el país entraba en crisis. En 1977 Gilly sostenía que “las condiciones nacionales y mundiales que hicieron posible el equilibrio inestable del régimen estatal mexicano llegan a su fin. Esto no significa automáticamente el fin del bonapartismo *sui generis* de los gobiernos de la burguesía mexicana”. El gobierno nacionalista burgués, con su política de crecimiento hacia adentro, se agotaba no sólo por las caídas de las tasas de crecimiento, sino porque no podía ofrecer más concesiones a las masas que lo habían apoyado, ni realizar un “nuevo pacto histórico”. Además, la creciente participación del imperialismo en la vida económica de la nación con sus empresas transnacionales había permitido el establecimiento de un polo burgués-imperialista con creciente peso en la vida política nacional, que presionaba a una transición del régimen bonapartista a otro de dominación abierta del capital. El régimen político surgido de la Revolución Mexicana estaba en su crepúsculo, aun con su reforma política. Y preveía algo muy importante: como consecuencia de la crisis capitalista y la derrota de Estados Unidos en Vietnam, la potencia imperial impulsaría una “zona de seguridad integrada en toda la parte norte del continente americano que se extendería hacia el norte y hacia el sur de sus fronteras terrestres y abarcando a Canadá por un lado y a México por el otro. Las reservas de petróleo mexicano [...] deben quedar en esa perspectiva dentro de las fronteras de seguridad de la fortaleza norteamericana [...]”, y agregaba que la potencia del Norte en su expansión buscaría integrar a su nuevo polo desarrollo industrial

de alta tecnología situado en el sur de su país, a las zonas industriales del norte y centro de México.

“La creación de esa zona de estabilidad capitalista en torno a la fortaleza norteamericana es una necesidad para la estrategia planetaria del imperialismo. Los planes del Fondo Monetario Internacional para México son, en última instancia, la expresión económica y la racionalización de esa necesidad”. Y esos planes del imperialismo buscaban dividir nuevamente a México “disolviendo su identidad nacional e incorporarlo a su sistema económico, cultural y militar a sus capas superiores, volviéndolas extrañas al país, a su tradición, a su pueblo y a su porvenir”. Finalmente, afirmaba que ningún grupo de la burguesía nacional podría contener esa ofensiva del imperialismo y sus socios nativos: “Ningún sector burgués es ya capaz de repetir, ni lejanamente, el equivalente de la expropiación petrolera de Cárdenas. Ningún Juárez moderno puede llevar al Cerro de las Campanas a los Maximilianos yanquis con sus actuales Miramón y Mejía. Sólo puede hacerlo el proletariado y su partido, en alianza con el campesinado y a la cabeza de toda la nación oprimida, ofendida, humillada y explotada por sus enemigos coaligados de afuera y de adentro” (“Once tesis sobre México: identidad nacional, hegemonía proletaria, revolución socialista”, Nº 1). A ese trabajo se sumaron dos ensayos fundamentales del autor: “Curva de salarios y conciencia obrera” y “La formación de la conciencia obrera en México” (publicados en los Nº 2 y 7/8), en los que abordó el estudio del salario de los trabajadores mexicanos en función de la organización de su conciencia de clase. Por su parte, el historiador Jeffrey Bortz, el sociólogo Ricardo Pascoe y Hugo Aboites, especialista en asuntos educativos, que además eran militantes sindicales, contribuyeron con estudios del salario de los trabajadores de México en relación con la acumulación de capital, que se convirtieron en referentes de la materia (“Salario obrero y acumulación de capital en México” en el Nº 2; “La determinación del salario en México” en el Nº 13; “El salario del educador en México, 1925-1982”, Nº 16; y “Salarios y ciclos largos en la economía mexicana”, Nº 17/18). Naturalmente, la evolución de la curva salarial en la década del setenta la explican los autores de *Coyoacán* no sólo por la ubicación de la clase obrera en la estructura productiva, sino también por su organización e independencia frente al Estado y la burocracia sindical a su servicio, que combatía toda insurgencia frente a la política laboral ordenada por el imperialismo a través del FMI. Por ejemplo, durante el gobierno de Luis Echeverría, para enfrentar las recesiones internacionales de 1971 y 1974 usaron las recetas de “apoyo a la demanda interna”, que condujeron a agravar la situación económica y todos los aumentos salariales se diluyeron por

la inflación y la devaluación del peso mexicano. Por el contrario, con el gobierno de José López Portillo se congelaron los aumentos salariales; se fijaron topes anuales con la aplicación de una política de austeridad que estuvo acompañada de una inflación incontrolada; se pulverizaron todas las conquistas salariales, y ocurrió la debacle de la acumulación de capital en 1982, con lo que la clase trabajadora enfrentó el desmantelamiento del salario indirecto y la desocupación creciente. El editorial “Crisis, austeridad y luchas de la clase obrera en América Latina” y el artículo de Arturo Anguiano “Austeridad capitalista y movimiento obrero en México”, así como los de Roberto Iriarte y Francisco Colmenares, dan cuenta de aquellos asuntos (Nº 2, 11, 14 y 17/18). Es importante señalar que este último autor siguió la transformación de la empresa estatal Petróleos Mexicanos en el eje de la acumulación de capital del país a partir del gobierno de López Portillo (1976-1982), pues su planta industrial se extendió por nuevas zonas de explotación recién descubiertos que convirtieron a México en uno de los principales productores de energéticos del mundo, pero tal expansión se hizo con financiamiento externo que en pocos años sería la causa de la crisis de deuda de 1982 (Nº 7/8, 9, 11 y 15). El autor recorre los 18 números de *Coyoacán. Revista Marxista Latinoamericana*, que se publicaron en México desde finales de 1977 a mediados de 1985, donde se registraron las luchas y los debates teóricos y políticos de esos años, tanto en América Latina como en el resto del mundo. El pensamiento crítico de reconocidos intelectuales revolucionarios y socialistas transitaron por las páginas de la revista abordando los múltiples temas que concitaban en interés teórico-práctico de la época, desde la crisis de la deuda a la Revolución Sandinista, pasando por el fordismo y los procesos del trabajo, las dictaduras latinoamericanas y las diversas transiciones democráticas, hasta las rebeliones obreras en Polonia y la Europa del Este que preanunciaban el desenlace de la Guerra Fría.

Con la “reestructuración” capitalista y los “ajustes estructurales” en México y otras partes de América Latina a partir de los setenta y los ochenta, se inició la modificación de los procesos de trabajo que, aunada a la política de austeridad, hizo crecer la precariedad y el paro. En las páginas de *Coyoacán* se destaca el artículo de Gilberto Mathias “Acumulación de capital, proceso de trabajo y nuevas formas de las luchas obreras en América Latina” (Nº 9), donde ponía en evidencia el lugar que ocupaban estas economías en la estructura capitalista mundial, en la que sus empresas productoras de bienes durables fueron equipadas sólo parcialmente con maquinaria moderna y equipos “aparentemente nuevos”, pero que en realidad ya habían sido desechados en los países imperialistas, lo que engendró una estructura

productiva heterogénea con nuevas formas de explotación del trabajo al capital en los países subdesarrollados. De tal manera que sólo algunas grandes empresas del sector dinámico fueron modernizadas, e incluso sólo algunas fases de la actividad en una unidad de producción modificaban las formas de organización y de explotación de la fuerza de trabajo, acentuando la heterogeneidad (en cuanto a niveles de calificación, remuneración y condiciones de trabajo) de las diferentes categorías de trabajadores, así como los modos de sumisión del trabajo, que originaron las formas que adquirieron las luchas en aquellos años. Otros trabajos en esas temáticas fueron: “Nueva industria y cambios en la clase obrera en México”, de Iris Santacruz (Nº 6); “Autonomía obrera y restauración empresarial: una experiencia de comités de fábrica”, de Augusto Urteaga; y “La agroindustria de tabacos de mexicanos: relaciones de producción y proceso de trabajo”, de Julio Bracho (Nº 9). Los estudios citados buscaban evaluar las nuevas tecnologías introducidas en los sistemas laborales y auxiliar a los trabajadores en sus luchas por el control de sus condiciones de trabajo, formando una escuela de socialismo para la “mano rebelde del trabajo”, tal como tituló Gilly el ensayo aparecido en el Nº 13 de *Coyoacán*. Y al contrario de lo que sostenía la escuela de la regulación del capital, que la salida de la depresión iría acompañada de nuevas tecnologías y daría paso a un nuevo “orden productivo”, ello resultó imposible imponerlo y así lo entendieron los colaboradores de la revista, ya que lo que comandaba la reestructuración fabril era la crisis capitalista y no era la reestructuración la que permitiría superar la depresión. “No hay ‘regulación’ previsible en función de una reorganización fundamental de los procesos del trabajo”, afirmaba Ernest Mandel, y agregaba que la crisis sólo se superaría cuando se quebrantara “la resistencia de las masas trabajadoras con una baja importante de sus niveles de vida y de organización y la de los pueblos del tercer mundo con su creciente superexplotación y llegar a reintegrar a los Estados obreros en el mercado mundial capitalista en un grado cualitativamente superior”.

Como finalmente las fuerzas del capitalismo se impusieron a las masas trabajadoras del mundo, quedan como testimonio de las acciones libertarias desarrolladas por los pueblos de Nicaragua, El Salvador, Guatemala, Irán, Afganistán, Irlanda, Guinea-Bissau y Mozambique los análisis de Oscar René Vargas, E. Canales, Salvador Arias, José Luis Morales, James Petras, Morris H. Morley, Ronald Munck, Guillermo Almeyra y Fred Halliday.

La revista *Coyoacán* fue considerada por el historiador del movimiento obrero y el socialismo en México Barry Carr como una de las dos mejores revistas marxistas publicadas en aquel país,

CyE

Año IV

Nº 8

Segundo

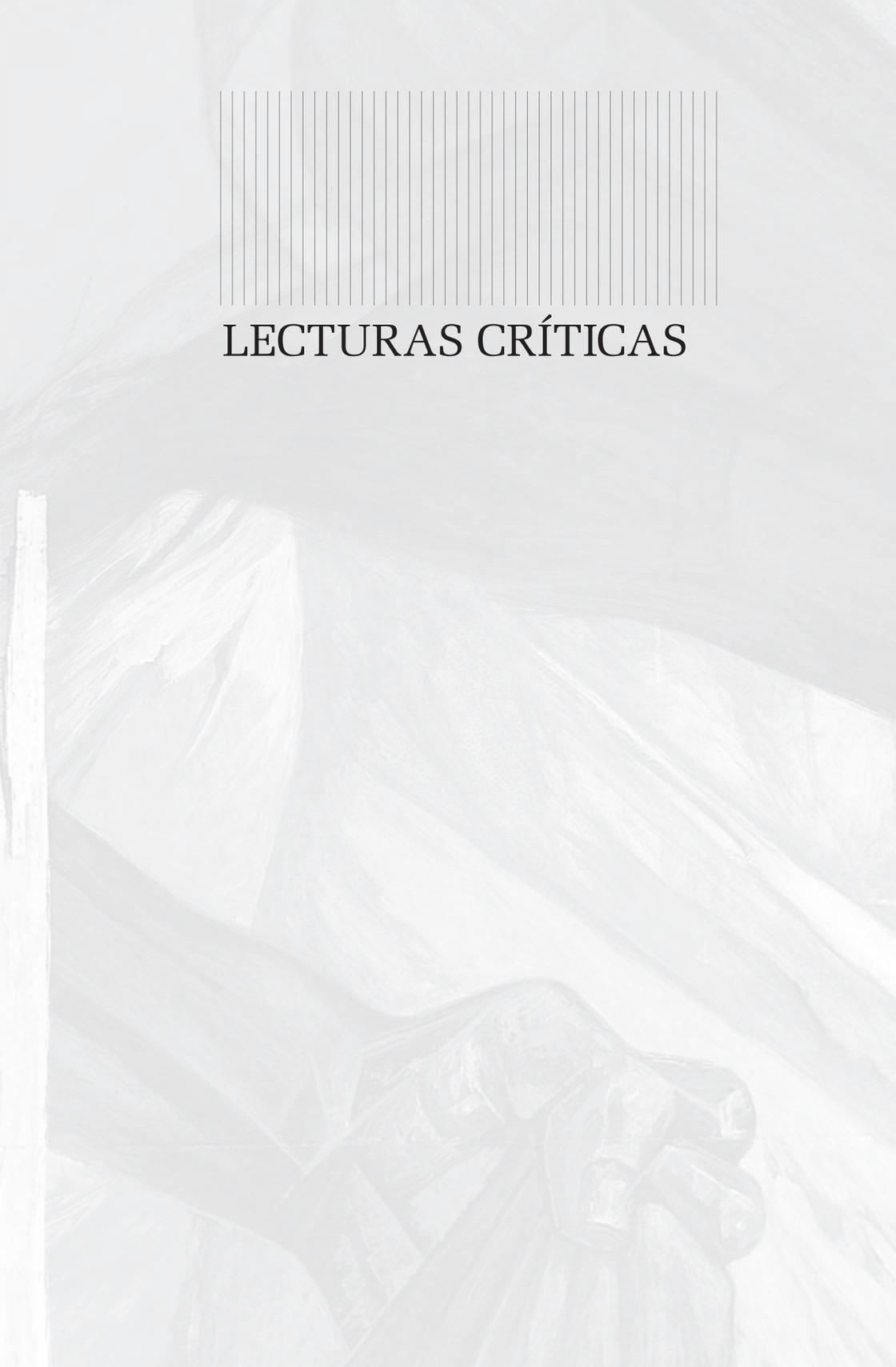
Semestre

2012

ya que recurría al pensamiento marxista, y en particular al de Leon Trotsky, sin dogmatismo y creativamente. Tenía como interlocutor principal a una amplia y desorganizada vanguardia revolucionaria que salió a la escena en los años en que se publicó en los países del subcontinente. Su contenido respondía a la dinámica revolucionaria que se extendía de sur a norte, aunque sus redactores nunca explicaron los motivos de su desaparición cuando ya había ganado el público al que se propusieron servir.



LECTURAS CRÍTICAS



Ideas, combate y legado

Sobre *El sastre de Ulm. El comunismo del siglo XX*, de Lucio Magri

Massimo Modonesi

Resumen

Massimo Modonesi, profesor en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), hace aquí una semblanza y una breve biografía política de Lucio Magri y destaca que *El sastre de Ulm* es el testamento político del escritor comunista italiano, recientemente fallecido.

Abstract

Massimo Modonesi, professor at the Autonomous National University of Mexico (UNAM), does here a portrait and a brief political biography of Lucio Magri and stresses that El sastre de Ulm is the political testament of the recently deceased Italian Communist writer.

CyE

Año IV
Nº 8
Segundo
Semestre
2012

Massimo Modonesi

Profesor titular y coordinador del Centro de Estudios Sociológicos, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (FCPyS) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Director de la revista OSAL (CLACSO).

Regular professor and coordinator of the Centre of Sociological Studies, Faculty of Political and Social Sciences (FCPyS), at the Autonomous National University of Mexico (UNAM). Director of the OSAL journal (CLACSO).

Palabras clave

1| Comunismo italiano 2| Marxismo 3| Movimiento obrero

Keywords

1| Italian Communism 2| Marxism 3| Labor movement

Cómo citar este artículo [Norma ISO 690]

MODONESI, Massimo. Ideas, combate y legado. Sobre *El sastrer de Ulm. El comunismo del siglo XX*, de Lucio Magri. *Crítica y Emancipación*, (8): 131-135, segundo semestre de 2012.

Ideas, combate y legado

Sobre *El sastre de Ulm. El comunismo del siglo XX*, de Lucio Magri¹

CyE
Año IV
Nº 8
Segundo
Semestre
2012

Más que comentar el libro –cuya lectura recomiendo ampliamente–, en esta breve reseña prefiero escribir sobre su autor, una figura sobresaliente de la izquierda comunista italiana y europea. Lucio Magri (1932-2011) nunca fue un académico, sino una de estas combinaciones de militante, dirigente e intelectual que han marcado la historia del marxismo y del movimiento obrero, y que, desgraciadamente, ya no son frecuentes en el panorama político. Su vida se entrecruzó con la historia de la izquierda comunista italiana de la segunda mitad del siglo XX, justamente el período que es analizado en el libro. Desde muy joven, en los años cincuenta, fue militante y dirigente del Partido Comunista Italiano (PCI) dirigido por Palmiro Togliatti hasta que, en 1969 –junto con Rossana Rossanda y Luigi Pintor, entre otros–, fundó el grupo de Il Manifesto, que fue expulsado del PCI por formular posturas críticas de izquierda inspiradas en la experiencia de la Primavera de Praga, el 68 y la Revolución Cultural china. A partir de esta ruptura, con sus compañeros de Il Manifesto formó un grupo político que editó una exitosa revista de debate hasta 1971, y posteriormente logró impulsar un cotidiano –ambos con el mismo nombre del grupo– que, sin dejar de definirse comunista, continúa actualmente, más de cuarenta años después, como el principal referente del periodismo de contrainformación en Italia. En 1974, Magri fundó y encabezó el Partido de Unidad Proletaria por el Comunismo (PDUP), y diez años después volvió a adherir al PCI, justo en el momento en que el secretario general Enrico Berlinguer optó por un giro a la izquierda haciendo autocrítica respecto a la política moderada del “compromiso histórico”. En 1991, a la hora de la disolución del PCI, Magri entrará a hacer parte del Partido de la Refundación Comunista (PRC), del cual salió en 1995 limitándose a intervenir en

MASSIMO MODONESI

1 Magri, Lucio 2011 *El sastre de Ulm. El comunismo del siglo XX* (Buenos Aires: CLACSO/Prometeo).

la política italiana por medio de artículos de opinión pero sin dejar de ser un punto de referencia intelectual y político.

Lucio Magri fue un personaje sobresaliente hasta el día de su muerte a finales de noviembre de 2011 cuando fue a Suiza a practicarse un “suicidio asistido”² con el argumento de que su ciclo de vida personal y política había terminado cuando la compañera de su vida había fallecido apenas unos años atrás y había terminado el libro que le había prometido concluir. Esta decisión controversial puso a Magri, ya muerto, una vez más en el centro de un debate ético y político. *Il Manifesto*, su cotidiano, tituló –con la tradicional ironía de sus primeras planas– “Lucio *in the sky*”, en alusión a la canción de los Beatles, a la calidad humana del hombre y, de paso, a la polémica sobre el suicidio asistido. El editorial de Valentino Parlato terminaba con una frase sentayochera: “*Continuons le combat*” (“Sigamos el combate”).

Pietro Ingrao, histórico dirigente del PCI, escribió, aludiendo al movimiento de Ocupa Wall Street que evocaba el principio del viejo topo: “Querido Lucio, queridísimo camarada de tantas luchas y tantas derrotas: ninguna derrota es definitiva, mientras los ecos de nuestras pasiones logren renacer en formas nuevas, inclusive frente al templo del capitalismo mundial”. Y en efecto, este es el sentido profundo del libro que aquí brevemente reseñamos y a cuya lectura invitamos. La metáfora del sastre de Ulm –retomada de Brecht– ilustra una idea de fondo, una forma de rescatar el sentido histórico del movimiento comunista del siglo XX sin desconocer su derrota: el sastre de Ulm quería construir un aparato que permitiese volar y murió en el intento, pero finalmente, gracias a esos empeños, los seres humanos pudieron volar. En este sentido, la moraleja apunta a la necesidad de sostener los movimientos revolucionarios, los cuales, aun en su utopía, aun sin lograr a veces ni plena ni parcialmente sus objetivos, consiguen reformas, impulsan a la humanidad a dar pasos adelante o, benjaminiamente, a jalar el freno de emergencia. Dicho de otra manera, los movimientos revolucionarios tienen un valor histórico en sí y, como el viejo topo, cavan y reaparecen.

Con estos lentes, a lo largo de un libro denso que articula en centros concéntricos la historia mundial, italiana y de las izquierdas, Magri aborda, con una mirada crítica pero interna, íntima, equilibrada y legitimadora, la historia del PCI, uno de los grandes protagonistas

2 En Suiza el suicidio asistido es legal desde 1918 y el código penal de 1937 castiga sólo a quienes apoyan o incitan a un suicidio “por motivos egoístas”, lo cual excluye a quienes lo hagan por motivos de solidaridad, compasión, etcétera.

colectivos del siglo comunista. Un ejemplo de lo filoso y lo equilibrado de la crítica puede encontrarse en este balance:

El sesentayocho mismo había inyectado en la sociedad elementos de antagonismo, pero había sembrado la idea de que un sistema social puede ser cambiado sin proyecto, organización o un poder alternativo, sino con movimientos espontáneos, intermitentes y contestatarios. La experiencia del compromiso histórico, por razones simétricas, había acelerado el proceso de homologación en la constitución material del partido.

***La metáfora del sastre de Ulm
–retomada de Brecht– ilustra
una idea de fondo, una forma de
rescatar el sentido histórico del
movimiento comunista del siglo XX
sin desconocer su derrota.***

Si bien la perspectiva de Magri tiende sistemáticamente a resaltar las contradicciones, intenta entender las razones profundas de los procesos y salva la intencionalidad de los protagonistas tanto colectivos como individuales³, evitando caer en la arrogancia y manteniendo siempre a la vista la dimensión histórica, política y estratégica de los procesos de toma de decisiones.

En conclusión, Magri culmina su intensa vida de intelectual militante con un libro que es un testamento político y, al mismo tiempo, una de las obras de balance más ambiciosas y logradas sobre la trayectoria de una de las experiencias comunistas más destacadas –tanto en su auge como en su caída– de la segunda mitad del siglo XX.

3 Dos de ellos destacan por ser los dos dirigentes históricos del PCI: Palmiro Togliatti y Enrico Berlinguer. De ambos, Magri muestra límites y alcances políticos. En particular de Berlinguer rescata no sólo la humanidad, sino la capacidad autocrítica y la intuición izquierdista de su último periodo antes de su muerte.

Lucio Magri y el comunismo del siglo XX

A propósito de
El sastre de Ulm

Guillermo Almeyra

Resumen

El autor reseña un libro que intenta, como su nombre lo indica, no sólo hacer un balance de lo que fue el Partido Comunista Italiano, el más grande del mundo occidental, sino también de todas las vicisitudes del movimiento comunista en el siglo pasado. La reseña sostiene que el enfoque –basado en las posiciones de las direcciones de la Unión Soviética y de los partidos comunistas– es erróneo, no tiene en cuenta las aspiraciones y las modificaciones de las llamadas “bases” y, además, justifica las políticas de Stalin y sus sucesores.

Abstract

The author reviews a book that tries, as its name suggests, only to do a balance of what was the Italian Communist Party, the largest in the western world, but also of all the vicissitudes of the communist movement in the last century. The review argues that the approach – based on the positions of the directions of the Soviet Union and of the Communist Parties – is erroneous, it does not take into account the aspirations and amendments to the so-called “bases” and, in addition, justifies the policies of Stalin and his successors.

CvE

Año IV
Nº 8
Segundo
Semestre
2012

Guillermo Almeyra

Historiador y politólogo, ex profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y del Posgrado en Desarrollo Rural de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), unidad Xochimilco, México DF.

Historian and political scientist, former professor of the Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) and of the Postgraduate course in Rural Development of the Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), Unidad Xochimilco, Mexico DF.

Palabras clave

1| Comunismo italiano 2| *Partigiani* 3| Gramscismo 4| Fascismo

Keywords

1| *Italian Communism* 2| *Partigiani* 3| *Gramscism* 4| *Fascism*

Cómo citar este artículo [Norma ISO 690]

ALMEYRA, Guillermo. Lucio Magri y el comunismo del siglo XX. A propósito de *El sastre de Ulm. Crítica y Emancipación*, (8): 137-146, segundo semestre de 2012.

Lucio Magri y el comunismo del siglo XX

A propósito de *El sastre de Ulm*

CyE
Año IV
Nº 8
Segundo
Semestre
2012

El sastre de Ulm. El comunismo del siglo XX. Hechos y reflexiones, editado por CLACSO con Prometeo y la Universidad de Buenos Aires (Facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias Sociales) en agosto de 2011, menos de dos años después de la publicación en Milán del original italiano, es el testamento sincero y pesimista de un militante comunista italiano, togliattiano y estalinista, al borde de la tumba. Lucio Magri, su autor, como hacían en la Antigüedad los filósofos desesperanzados de la Roma de la decadencia, apenas terminada su obra hizo que le quitaran la vida.

Esa sinceridad da a este libro su valor principal, pues permite ver directamente cómo se seleccionaban los cuadros principales del Partido Comunista Italiano (PCI), la psicología y la formación político-cultural de los dirigentes de la versión italiana del estalinismo, la mezcla de sentimientos revolucionarios anticapitalistas con concepciones nacionalistas, y una visión profundamente conservadora tanto del Partido como de la relación del mismo con los trabajadores, que caracterizó a algunos de los mejores dirigentes del PCI, como el propio Magri, Pietro Ingrao o Enrico Berlinguer. Es valioso sobre todo pues nos muestra sin velos, crudamente, el alejamiento del marxismo y de la historia del movimiento obrero que marcaban a personas que, sin embargo, poseían vastos intereses culturales que las situaban en las antípodas de los toscos e ignorantes burócratas soviéticos de su época.

Además, a pesar de que el resultado es decepcionantemente pobre, el libro tiene el valor de intentar hacer el balance de conjunto de una época y de las carencias y políticas que llevaron al derrumbe de la Unión Soviética y del llamado “socialismo real”, y, en particular, del mayor de los Partidos Comunistas del mundo capitalista –el PCI, que estalló cuando aún conservaba cerca de un tercio de los votos de los italianos y millones de afiliados, para pasar a ser primero un partido socialdemócrata (el Partido Democrático de Izquierda-PDS) y poco después, un partido social-liberal (el Partido Demócrata actual, cuyo modelo es el Partido Demócrata de Obama)–.

El título expresa cabalmente el contenido de la obra. En efecto, hace referencia a Bertold Brecht, quien relata que un sastre en Ulm creyó haber inventado un modo de volar, se arrojó desde una torre y murió aplastado. El dramaturgo alemán concluye que, pese a ese espantoso desenlace, el ser humano consiguió, sin embargo, volar... Magri, en cambio, se pregunta si el sastre, en el caso de haber sobrevivido, hubiese reintentado su experiencia y, principalmente, si ese fracaso aportó algo a la historia de la aviación. Por supuesto, determina que no, pues para él toda la historia del comunismo en el siglo XX es un siniestro y sangriento fracaso, y no aporta nada a la historia de la lucha de los trabajadores por su liberación social.

Pasé en Italia buena parte de mi vida adulta y de militante y escritor político (25 años, exactamente, desde el boom del Partido Comunista hasta su crisis y disolución), escribí muy a menudo en *Il Manifesto* y conocí a sus dirigentes, milité sucesivamente en dos partidos de la nueva izquierda (Democracia Proletaria y Refundación Comunista) con posiciones opuestas, a la vez, a las del PCI y a las de *Il Manifesto*, y mi tesis de doctorado por la Universidad París VIII lleva como título *La metamorfosis del comunismo italiano. Del PCI de Enrico Berlinguer al PDS*. Conozco pues, por haberla vivido, la materia de este libro y conozco a su autor, un hombre culto y un político honesto y “de raza”, formado en lo mejor del aparato togliattiano. Mi visión, como es obvio, no coincide con la de *El sastre de Ulm* y nunca coincidió con la de *Il Manifesto* ni con sus sucesivas direcciones y orientaciones, lo cual no quita mi apoyo y simpatía a esa experiencia político-periodística ni mi respeto por Magri, que tuvo una muerte consecuente con su trayectoria. No concuerdo por eso con la visión ditirámica de Perry Anderson en su sentida y bella nota¹ sobre la muerte de Lucio Magri ni, particularmente, con la afirmación de que este guió fielmente por las transformaciones que vivían los militantes de base del PCI y los obreros italianos, cosa, por otra parte, que el libro del propio Magri desmiente en multitud de trechos.

Por el contrario, el libro póstumo de este –muy lúcido y bien escrito, destinado a ser un testamento– tiene muchas partes buenas y es una excelente base para discutir ese período y el fenómeno del suicidio de un partido de masas, pero contiene un vicio fundamental, que a mi juicio impide comprender todo lo que, con verdadera pasión, el autor analiza en el PCI y en sus direcciones, desde Palmiro Togliatti hasta Enrico Berlinguer.

|||||

1 Anderson, Perry 2012 “Adiós a Magri” en *New Left Review* (Madrid: AKAL) Nº 72.

Magri, en efecto, ingresó en el PCI después de que Jruschov dio a conocer su famoso informe sobre Stalin y, como Togliatti, no aceptó el contenido del mismo. Se afilió también cuando tantos intelectuales se iban –por lo general, para caer en el pantano del Partido Socialista–, debido a la invasión de Hungría y la represión de los consejos obreros magyares. Lo hizo, creo, por su formación católica en una familia conservadora (el padre había sido un coronel fascista colonizador de Libia) que, por un lado, lo empujó a la rebelión contra su medio y a ponerse del lado de los oprimidos pero, por otro, le dio una visión en blanco y negro y vertical de la política. Además, no se incorporó a la

Magri, como los otros componentes del grupo dirigente de Il Manifesto, no se había formado políticamente junto a los trabajadores, [...] sino como la izquierda inteligente y honesta de un aparato burocrático, educado por Togliatti en el nacionalismo, el “italianocentrismo”, la autosuficiencia y el verticalismo.

base del Partido, sino al equipo de cuadros que Togliatti construía con jóvenes cultos y brillantes de familias acomodadas (como Berlinguer, o Rossana Rossanda y Magri mismo), que no tenían detrás de sí ni un pasado obrero, ni una vasta experiencia partidaria, ni la del radicalismo *partigliano*. Magri entró directamente a la burocracia del PCI, a su ala togliattiana, y allí se formó.

Ahora bien, aunque Magri lo niega en su libro, Togliatti –desde que abandonó a su suerte a su amigo y mentor Nikolai Bujarin, del ala derecha del Partido ruso– fue una pieza clave de Stalin y el aplicador en Italia del acuerdo de este con Winston Churchill, en Yalta, que intentó dividir las influencias en el Mediterráneo dando Grecia a los británicos e Italia a los Aliados. El reconocimiento de la monarquía que había sostenido a Mussolini con el Pacto de Salerno enterró al Partido Comunista de Gramsci y disolvió sus restos en la incorporación masiva de cientos de miles de trabajadores hasta hacía poco fascistas o sin partido a un nuevo partido de Stalin-Togliatti, sin vida política alguna y contrario a todo por lo que habían dado su vida los *partigliani*. Ese partido fue la pieza fundamental para la reconstrucción del Estado capitalista en Italia y para la inoculación masiva del nacionalismo chovinista vestido con ropaje “rojo” (la lucha por Trieste, el combate contra Tito).

Esa admiración por Stalin —a quien Magri justifica al ignorar su papel en la victoria de Hitler en Alemania, en la derrota de la Revolución China y Española, y en la confusión creada por el Pacto Germano-Soviético— así como por Togliatti aparece reiteradamente en el libro y acompañó a Magri toda su vida. Ese fue el lazo fortísimo que, a pesar de su ruptura con la dirección del PCI, lo mantuvo siempre a la sombra de ella, como una crítica interna-externa de la misma.

Una prueba de esta coincidencia fundamental de objetivos entre el autor y Togliatti y sus sucesores la advertimos en la página 141 de su libro, cuando se refiere a los acontecimientos polaco y húngaro de los años cincuenta, después de la muerte de Stalin, donde anota que fue “la gran ocasión que entonces, al rechazar una ruptura con la URSS, el PCI perdió para desbloquear la democracia italiana, evitar la perenne *conventio ad excludendum*, formar una gran fuerza socialdemócrata capaz de arrebatar el gobierno del país de las manos del monopolio democristiano”. Allí se encuentra toda la orientación principal de Togliatti y sus seguidores, que fue la base de la transformación del PCI, no en 1956, sino en los ochenta, en un partido socialdemócrata que pasó a ser, rápidamente, liberal socialista. Esto es, una visión nacionalista en la que los acontecimientos y la política mundial sólo sirven para acercarse a la ansiada incorporación al gobierno capitalista, aunque sea en coalición con la democracia cristiana. Es la visión de un partido de vocación socialdemócrata, para nada preocupado por el socialismo ni por el poder obrero y popular que permitirían comenzar a construirlo a partir de cambiar desde Italia la relación de fuerzas mundial entre las clases.

El problema reside en que Magri, como los otros componentes del grupo dirigente de *Il Manifesto*, no se había formado políticamente junto a los trabajadores, teniendo en cuenta sus intereses y sus opiniones, sino como la izquierda inteligente y honesta de un aparato burocrático, educado por Togliatti en el nacionalismo, el “italianocentrismo”, la autosuficiencia y el verticalismo. Esa izquierda, incluso después de la expulsión del PCI, mantenía su matriz estalinista-togliattiana. Por ejemplo, Magri escribe en la página 46 del libro que reseñamos sobre los llamados “errores” que condujeron al derrumbe de la Unión Soviética. Es decir, menciona la disolución del Partido Comunista Chino en el Kuomintang, el Pacto Molotov-Ribbentrop, la colectivización forzada del campo y la industrialización acelerada, el sectarismo frente a la socialdemocracia. Y agrega en su libro testamento que terminó en 2011: “De todos estos errores, Stalin no fue más responsable que sus oponentes”. Todos los escritos de Trotsky desde los años veinte sobre cada uno de esos “errores” y las batallas políticas de

la Oposición Internacional de Izquierda de la Internacional Comunista en torno a los mismos, a pesar de haber sido ampliamente publicados en Italia y en diversas lenguas europeas, son sencillamente ignorados.

Magri, como muchos otros, fue un estalinista de izquierda, consciente de la moderación de los Partidos Comunistas, que critica, pero cuya causa no comprende totalmente y atribuye a decisiones meramente nacionales. Formula, por ejemplo, en la página 49: “En Francia las conquistas sociales importantes y permanentes [se refiere a las de 1936, G.A.] fueron producto de un gran movimiento reivindicatorio desde abajo, sobre el que el PCF intervino ‘para que no se exagerara’. [...] [En España] los comunistas trataron de detener el impulso anárquico hacia la radicalización [...]. La crítica que se les puede hacer radica en que esa política estuvo encadenada sobre todo a una emergencia y no incidió profundamente en la estrategia a largo plazo”.

En la página 50, justifica el Pacto Molotov-Ribbentrop (que, recordemos, estuvo acompañado por la disolución y liquidación del Partido Comunista Polaco, la entrega a la Gestapo de los dirigentes del mismo, la división de Polonia entre la Unión Soviética y el hitle-rismo, y el desarme y la desmoralización de los militantes comunistas, tanto italianos como del resto del mundo, como Terracini, que fue expulsado por oponerse al mismo). Sostiene Magri que “la URSS refrendó el pacto de no agresión con Ribbentrop, con el fin de evitar convertirse en la única víctima aislada, para ganar tiempo y darle la vuelta al juego. Y los acontecimientos demostraron que tenía razón² [...]. El error, a lo sumo, fue arrastrar durante un año a los Partidos Comunistas a la teorización, absurda, de la guerra interimperialista [la traducción dice, por error, “antiimperialista”, G.A.] que empañó su compromiso antifascista y comprometió en parte la estima conquistada sobre el terreno”. En esta frase, Magri, dicho sea de paso, limita al antifascismo el carácter de la lucha desencadenada en Europa por Hitler, que en muchos lugares fue también anticapitalista, y en Asia, antiimperialista y no sólo antifascista...

Son muy interesantes las diferencias que Magri expone entre Togliatti y Gramsci, aunque justifica las tergiversaciones del

2 Stalin, recordemos contrariamente a lo que dice Magri, creía tanto en las virtudes de ese pacto de no agresión que no camufló la aviación de guerra (que fue destruida en el suelo por el ataque alemán) ni confió en las informaciones de su espía Sorge desde Japón y de desertores alemanes sobre la inminencia de un ataque alemán. La impreparación del ejército soviético le costó millones de víctimas y de prisioneros cuando la ofensiva alemana. Los Partidos Comunistas, por su parte, pensaron que la noticia de la invasión alemana era una provocación imperialista, y donde pudieron, así la denunciaron en su prensa.

segundo por el primero, a las que considera “inconscientes” (página 55). Recuerda que Togliatti, poco antes de su muerte, expresó que “en sustancia que los comunistas italianos tenemos una deuda con Gramsci, hemos construido copiosamente sobre él nuestra identidad y nuestra estrategia pero, para hacerlo así, lo hemos reducido a nuestra medida, a las necesidades de nuestra política, sacrificando lo que él pensaba ‘mucho más allá’” (página 54).

Más adelante (página 56) señala: “En suma, por lo menos al inicio, la herencia gramsciana se ofrecía y era aceptada como fundamento de una alternativa intermedia entre la ortodoxia leninista y la socialdemocracia clásica, más que como síntesis que superaba los límites de ambas posturas: el economicismo y el estalinismo”. Se debe notar nuevamente que, para Magri, el límite de la socialdemocracia es el economicismo –no su política de “médicos de cabecera del capital”, como dijo el socialdemócrata Leon Blum– y el del leninismo, el estalinismo, que fue el enterrador de las ideas de Lenin y de su partido.

Magri observa también los grandes procesos que ni el PCI, ni los expulsados con *Il Manifesto*, ni la izquierda interna en el aparato liderada por Pietro Ingrao supieron prever y analizar. Ellos son, además de las izquierdas en Europa oriental y los movimientos obreros, democratizadores, nada menos que el conflicto chino-soviético y la posibilidad de que de la Revolución Cultural emprendida por Mao surgiese un Termidor; la Revolución Cubana y los movimientos nacionalistas en los países dependientes³, en el plano internacional, pero también la caída abrupta del número de afiliados obreros y de miembros del PCI y de la Juventud Comunista precisamente en vísperas de grandes luchas, como las de 1968-1969, la creación de los consejos de delegados contra la voluntad de los dirigentes sindicales comunistas y socialistas, y la posibilidad de dar una base programática común al informe Nueva Izquierda (Magri fue secretario de una organización de ese tipo, el Partido de Unidad Proletaria por el Comunismo –PDUP–). Incluso poco antes de su muerte, en su libro, Magri sostiene (página 338) que “no era previsible” el gobierno de Gorbachov ni la disolución del Estado (Trotsky había señalado esa perspectiva ya en 1936, en *La revolución traicionada*; y sobre Gorbachov, el curso chino con Deng y sucesores, y la implosión yugoslava, había en la época decenas de libros y escritos periodísticos, entre ellos varios míos). Según él, tampoco “era previsible” que Europa siguiese el camino reaganiano, como si las

|||||

burguesías nacionales y los gobiernos socialdemócratas europeos estuviesen ausentes de la lógica del gran capital.

Quizás la frase de Magri que condensa su visión de la realidad, tomada del togliattismo, que mezclaba por partes iguales el estalinismo y la socialdemocracia, es la siguiente: después de sostener que una posición dura de la Unión Soviética contra la guerra de Irak y contra el armamentismo nuclear israelí “habría tenido en la ONU y sobre el terreno un peso que, por el contrario, faltó”, agrega que “lo que más me sorprende de todo esto es que Europa no se haya percatado de lo mucho que le convenía encontrar un interlocutor económico y

Para Magri, el límite de la socialdemocracia es el economicismo –no su política de “médicos de cabecera del capital”, como dijo el socialdemócrata Leon Blum–.

político en el Este, para no limitarse a un papel subalterno al nuevo imperio estadounidense, y que Gorbachov, por su parte, creyese, como dijo, poder convertir a Reagan a la línea de Roosevelt por medio del buen ejemplo” (página 380). Fuera del criterio de clase, en la primera década del siglo XXI, sigue viendo a Europa no como un conjunto de gobiernos capitalistas o imperialistas, sino como una unidad neutral y progresista que podría no temer a un Estado que seguía llamándose “soviético” y “socialista”, aunque no lo fuese, y viendo a Gorbachov como un comunista, aunque el mismo admirara la política de F.D. Roosevelt (el imperialista que prohibió en Puerto Rico hablar en castellano) como ejemplo de democracia...

Sin embargo, como hemos dicho, a pesar de su enfoque gravemente equivocado, *El sastrero de Ulm* es un libro útil, muy bien informado sobre la vida interna del PCI. Su mérito, insistimos, consiste en haber intentado hacer un balance de la evolución de ese partido y del comunismo en la posguerra. Su fracaso, pese a la sinceridad de su autor y a la abundancia de reflexiones valiosas, radica en haber trazado esa historia desde el punto de vista de los dirigentes y de los aparatos, no desde las evoluciones en la economía mundial e italiana, en la sociedad y en las clases trabajadoras ni, tampoco, desde el de la interrelación entre la propagación de ideas nacionalistas y conservadoras por el

Partido y la creciente despolitización de su base de masas, todo lo cual estaba presente, en germen, en la creación del “partido de nuevo tipo” togliattiano –el Partido Comunista Italiano–, que enterró el proyecto revolucionario e internacionalista del Partido Comunista de Italia de Gramsci (y de la mayoría, obrera, del Buró Político del PC d’I, Tresso, Blasco y Leonetti, expulsados en los años treinta por pedir una política de izquierda y no ser estalinistas).

El PCI sufrió primero grandes alteraciones con el boom capitalista posterior a la inmediata posguerra y las migraciones que el mismo produjo, vio a sus cuadros convertirse, inicialmente militantes, *partigiani* u obreros, en consejeros municipales, diputados, senadores, dirigentes de empresas cooperativas o estatales, y por último, no fue capaz de entender las transformaciones sociales y culturales producidas por la mundialización. Magri no se refiere a ese proceso, aunque señala algunos de sus efectos, como la caída de la militancia y la pérdida de afiliados del Partido. El profundo conservadurismo de la visión de Togliatti y de Stalin, correspondiente a otra época, su burocratismo y la imposibilidad de reformar el Partido debido a su carácter verticalista explican la corrosión paulatina de sus sostenes y su derrumbe final.

Para que reaparezca en Italia una izquierda nuevamente de masas y con una influencia cultural capaz de crear una contrahegemonía frente al pensamiento único neoliberal, antes que nada habrá que ajustar cuentas con el togliattismo, versión italiana del estalinismo, y habrá que redescubrir el núcleo revolucionario presente en el gramscismo.

Sobre Tras las huellas de un fantasma. La actualidad de Karl Marx, de Marcello Musto

Agustín Santella

Resumen

La reseña del profesor Santella nos indica un libro que presenta otro Marx que el difundido durante décadas y, al mismo tiempo, nos refiere la magna obra internacional que se está llevando a cabo para recuperar todos los escritos del gran pensador y luchador. El libro, que contiene ensayos de importantes estudiosos del tema, discute además algunos autores marxianos contemporáneos y publica, también, una interesante entrevista con Eric Hobsbawm.

Abstract

The review of professor Santella indicates us a book that presents another Marx that the widespread for decades and, at the same time, mentions to us the great international work that is being carried out to recover all the writings of the great thinker and a fighter. The book, which contains essays of important scholars of the topic, also discusses various contemporary Marxist authors and publishes, in addition, an interesting interview with Eric Hobsbawm.

CyE

Año IV
Nº 8
Segundo
Semestre
2012

Agustín Santella

Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA); investigador del CONICET en el Instituto de Investigaciones Gino Germani y profesor de la UBA. Miembro de la comisión directiva de la Asociación de Especialistas en Estudios del Trabajo de Argentina (ASET).

PhD in Social Sciences at Buenos Aires University (UBA); CONICET researcher at the Research Institute Gino Germani and professor at UBA. Member of the Managing Commission of the Specialists Association in Studies of the Work of Argentina (ASET).

Palabras clave

1| Historia 2| Socialismo 3| Marxismo 4| Economía política

Keywords

1| History 2| Socialism 3| Marxism 4| Political economy

Cómo citar este artículo [Norma ISO 690]

SANTELLA, Agustín. Sobre *Tras las huellas de un fantasma. La actualidad de Karl Marx, de Marcello Musto. Crítica y Emancipación*, (8): 147-153, segundo semestre de 2012.

Sobre *Tras las huellas de un fantasma. La actualidad de Karl Marx*, de Marcello Musto¹

CyE
Año IV
Nº 8
Segundo
Semestre
2012

“La nueva edición crítica de la obra de Marx y Engels sobre la que giran los ensayos incluidos nos permite reflexionar sobre un Marx libre de todo dogmatismo, de toda prevención ideológica, y abierto a la problemática viva de nuestro tiempo”, dice Gabriel Vargas Lozano en el prólogo. En la introducción, Marcello Musto muestra las maneras del redescubrimiento de Marx. El libro luego se divide en tres secciones, una histórica filológica (Neuhaus, Hubmann), otra sobre el estado empírico de las investigaciones marxistas en el mundo (Omura, Xiaoping, Musto, Almeyra) y otra sobre interpretaciones nuevas de Marx (Haug, Krätke, Reuten, Arthur, Dussel, Bidet, Musto), e incluye un exquisito apéndice en el que Marcello Musto entrevista a Hobsbawm.

En la primera parte, se muestra el sustrato material de la apertura de Marx. Este sustrato está representado por el enorme proyecto editorial de las obras completas de Marx y Engels, *MEGA*, por sus siglas en alemán (*Marx-Engels Gesamtausgabe*). El objetivo de este proyecto es publicar todos los registros escritos de ambos, no sólo obras terminadas, sino también borradores, anotaciones sobre otras obras, artículos periodísticos, notas de lectura, o correspondencia (se contaron “15 mil cartas a asociaciones, partidos y personas”, se dice en el prólogo al libro). Se debe recordar que la obra conocida actual de Marx y Engels se fue publicando progresivamente, todavía de manera inconclusa, a lo largo del siglo XX. Musto muestra en un cuadro los principales textos de Marx de acuerdo con el año de publicación. Quince de estas 38 obras principales fueron publicadas después de 1900.

Sabemos que los tomos II y III de *El Capital* fueron editados por Engels después de la muerte de Marx. Como demuestra Marcello Musto, mucha de la obra de Marx publicada posteriormente también sufrió o fue modelada según criterios ideológicos, teóricos y políticos que no



1 Musto, Marcello (coord.) 2011 *Tras las huellas de un fantasma. La actualidad de Karl Marx* (México DF: Siglo XXI).

eran los de Marx. Generalmente, estos criterios apuntaron a la propaganda y difusión, en un desarrollo de sistematización o codificación de un pensamiento creativo, crítico y que adoptaba fases o contradicciones propias de un proceso de investigación. Sin embargo, probablemente a partir de las primeras presentaciones sistemáticas de Engels, fue llegando al público masivo un Marx “granítico”, “todopoderoso”, lleno de respuestas más que preguntas, un marxismo sin dudas, con leyes objetivas que explican todo.

La filología es un método útil para esta perspectiva de lectura crítica de textos que habían sido leídos como cerrados en sí mismos. Como dice Manfred Neuhaus en su contribución, “el punto decisivo, se podría decir el retorno al paradigma editorial antiguo, es el principio de la genética del texto: el imperativo absoluto no es ya generar un texto que se acerque lo más posible a las intenciones del autor, sino documentar este texto en su génesis, o sea, desde el primer esbozo hasta la edición final” (p. 67). Esto debería interesar o relacionarse con la comprensión de un pensamiento en permanente construcción, basado antes en criterios de racionalidad autónoma que en principios de autoridad. El método científico crítico trasciende a su autor, ya que para que funcione es necesaria la comprensión crítica de sus practicantes. Entonces, la filología interesa para saber cómo llegó un autor a tales resultados, con tales fuentes y materiales, en tales contextos. Las *MEGA2* proveerán de estas fuentes no publicadas. Hubmann menciona algunos ejemplos. Recordemos que Marx construyó el concepto de fetichismo de la mercancía leyendo estudios histórico-religiosos como el de De Brosses, cuyo registro se encuentra en el volumen *MEGA IV/1*. Una profundización de la relación de las lecturas que hizo Marx con la génesis de su producción la realiza Musto en su capítulo “Marx en París”. El carácter dinámico de la investigación se resalta como hipótesis de lectura de estos documentos inéditos: “No homogéneos y muy lejos de presentar una conexión estrecha entre las partes, los manuscritos son, más bien, la expresión evidente de un pensamiento en continuo movimiento” (p. 125).

La génesis de los intentos de unas obras completas de Marx y Engels es una parte de la historia del marxismo como movimiento histórico. El primero fue hecho por Riazanov, luego desaparecido por el estalinismo (fueron las primeras *MEGA*). El segundo, más limitado, fue una edición de Alemania Oriental. Las *MEGA2* surgen de ex miembros de las academias del Partido Comunista de este país, en asociación con el Instituto Internacional de Historia Social (IISG) de Holanda (archivo donde se conserva gran parte de los originales de Marx, Engels, Kautsky, y tantos otros), y grupos académicos de distintas universidades (rusos, japoneses, alemanes). Partiendo de aquí, dice Neuhaus, “los tres deseos relacionados con la continuación de los

trabajos de la *MEGA*” eran la “despolitización, internacionalización y academización” (p. 71). Este punto es especialmente polémico.

Los capítulos de Omura y Xiaoping son extraños pero interesantes para los lectores latinoamericanos, ya que describen detallada y sintéticamente la expansión de la obra de Marx y Engels en Japón y China. Por ejemplo, Omura ofrece una mensuración sobre las investigaciones de *El Capital* en Japón, y grafica una importante actividad intelectual crítica basada en Marx. Más intrigante para nosotros latinoamericanos es el estado de la investigación marxiana en China, país que formalmente adhiere al comunismo incluso hoy. En su capítulo,

***La génesis de los intentos de
unas obras completas de Marx y
Engels es una parte de la historia
del marxismo como movimiento
histórico.***

Wei Xiaoping sostiene que la edición de las *MEGA2* ayudará a superar la versión dogmática del marxismo que se difundió en aquel país, y que comenzó a cambiar desde 1978 en China, al incorporar lecturas en los contextos del marxismo académico y el marxismo occidental. No obstante, sus conclusiones son ambiguas y sugieren la posibilidad de un Marx que avale las reformas capitalistas en aquel país.

El capítulo de Guillermo Almeyra trata sobre la difusión y recepción de Marx en América Latina y en Argentina, en particular. Esta difusión muestra los límites de una aplicación no crítica mencionada por los demás autores. Refiriéndose al “enviado de Marx” a la Argentina (el belga valón Raymond Wilmart), escribe que “el delegado de la AIT sin duda fue el primero que introdujo el pensamiento de Marx en América Latina, pero estuvo muy lejos de utilizarlo para hacer un análisis de la sociedad en la que estaba, ya que sus prejuicios eurocéntricos y su desconocimiento de las clases que conformaban la misma, así como de la historia de la lucha entre ellas, lo empujaron hacia el retorno al medio social con el que había roto cuando salió de su hogar convertido en blanquista” (p. 140).

Las conclusiones de Almeyra no sólo son interesantes, también son actuales para una concepción marxiana abierta. “En resumen, es lícito afirmar que Marx entra en América Latina tardíamente en la

obra de Mariátegui (cuyo marxismo viene de Gramsci vía Gobetti) y de pensadores como Bagú” (p. 145). “Para Mariátegui la liberación de los indígenas y la realización de las tareas democráticas, como la revolución agraria, no podían ser obra de una burguesía nacional debilísima, prácticamente inexistente, sino de una revolución proletaria y campesina que planteara el socialismo [...] Mientras que el discípulo de Marx Avé Lallemand se despreocupaba del sujeto de la revolución y veía a esta como el resultado del desarrollo y de las contradicciones en las fuerzas productivas, Mariátegui pone en primer plano al sujeto obrero y popular de la transformación revolucionaria y ve el triunfo socialista no como inevitable, sino como una tarea a realizar” (p. 144). La cuestión del sujeto obrero y popular latinoamericano se sigue discutiendo vivamente en las izquierdas de nuestro continente.

La tercera sección es la más teórica, metodológica y filosófica. Sin duda, mantiene el hilo general del libro en torno a una concepción no dogmática de la obra de Marx, y lo hace en la discusión e interpretación de las relaciones entre dialéctica y crítica de la economía política, en las relaciones entre Hegel y Marx, o con la filosofía en general. “La obra de Marx sigue siendo todavía hoy contemporánea, porque puede entenderse no como dogma, sino como un proyecto teórico-práctico abierto y de hecho como aportación crucial para la comprensión teórica del emergente capitalismo de alta tecnología” (Haug, p. 150). Podemos entender que los autores de esta sección coinciden en que el método de Marx apunta a una dialéctica más allá de Hegel, que no sólo la invierte, sino que la desplaza desde otra concepción.

Así, Haug cita a Bidet al escribir que “una lectura rigurosamente dialéctica sólo puede ser aquella que no lee el principio a la luz de lo que viene después” (p. 162). Esto viene a cuento de la genealogía del mismo pensamiento de Marx (sus etapas), pero fundamentalmente de su concepción de la dialéctica materialista. El desarrollo no tiene finalismo debido a que el movimiento de la contradicción no es una forma del concepto (que se conoce a sí mismo), sino de la práctica social. De las implicaciones puede mencionarse una crítica a entender la crítica de la economía política como dialéctica del capital como el sujeto. Esto podría sostenerse, según la línea hegeliana, suponiendo que la totalidad cognoscible está dada por el capital como sistema reproductivo. El desplazamiento materialista conduce a la práctica de la relación social del antagonismo, de por sí abierta tanto en la lógica como en la historia. El cierre hegeliano es la completitud del sistema de concepto a esencia, una lógica que se corresponde bien con la idea de que la historia racional es capitalista o técnico-productiva (nos referimos a que la visión tecnologicista supone el final de la historia en el principio).

Marcello Musto menciona a Michael Lebowitz y Moishe Postone como muestras destacadas de “interpretación general innovadora del pensamiento de Marx” (nota 74, p. 46). Ambos autores produjeron libros importantes de interpretación de las categorías de la crítica de la economía política marxiana, pero podemos afirmar que ejemplifican la dualidad señalada arriba entre una problemática centrada en la clase trabajadora o en el capitalismo como sujetos históricos. En *Más allá de El Capital*, Lebowitz señala críticamente la ausencia del libro del trabajo asalariado en *El Capital*. Esta ausencia es la falta de construcción de una economía política del trabajo, o de los trabajadores. El problema sería que *El Capital* no incorpora a la lucha de clases en su diseño expositivo.

Postone utilizó los *Grundrisse* para desarrollar la categoría de valor y de capital como conceptos socio-históricos, dando un paso más en la crítica de las categorías económicas. Aquí el capital se convierte en el sujeto de la historia, incluso como lógica abstracta temporal con independencia de la subjetividad de las clases antagónicas. La lectura de Postone afina bastante en variados aspectos, incluyendo la manera en que la lucha de clases modifica históricamente las formas del capital. El tiempo social abstracto de trabajo se convierte en la temporalidad histórica unidireccional, puede subvertirse pero mediante una socialidad general posibilitada por el desarrollo capitalista.

La perspectiva de Lebowitz, grosso modo, se acerca a quienes de distintas maneras pusieron a la lucha del trabajo y los trabajadores en el mecanismo histórico de cambio más relevante. En la actualidad, esta perspectiva a su vez insiste en la multidireccionalidad del proceso histórico. Dicho de otra manera, que la crisis del capitalismo como sistema histórico depende de la lucha subalterna que genera una nueva alternativa. La interpretación de la mayoría de los capítulos del libro en la sección que se titula “*El Capital: la crítica inconclusa*” abona esta perspectiva, o en todo caso la sección entera podría leerse desde esta dualidad. Esto es especialmente importante si se tiene en cuenta que el debate por la alternativa se ha acrecentado en el contexto de la crisis internacional. El pensamiento abierto goza de amplia difusión, pero muchas veces sin bases teóricas sustentables. Frente a ello, las interpretaciones marxistas ortodoxas se benefician de esta debilidad, pero insistiendo en que la estrategia revolucionaria “materialista” se sostiene por el conocimiento de las “leyes científicas objetivas”. Paradójicamente o no, este positivismo se ha combinado con cierto hegelianismo. Pero, como dice Arthur, “la crítica del capital es paralela a la crítica de Hegel” (p. 213).

Esta edición se terminó de imprimir
en septiembre de 2012 en Gráfica Laf SRL
Monteagudo 741 B1672AFO Provincia de Buenos Aires
Tirada 1.000 ejemplares

